

Reincarnation



Suzanne Weyn

Agradecimientos

Modradoras

AndreaN
flochi

Staff de Traducción

Sheilita Belikov
Aishliin
AndreaN
andre27xl
Anelisse
bautiston
Dham-Love
Emii_Gregori
flochi
Gabrii
Kanon 🎵🎵
kuami
Taty95.12
Strella
Masi
Melo
Petty
Vanille
Vampirica
Virtxu
Pimienta

Staff de Corrección

Kuami
Melo --> Solo Melo
Dessy!
Dianita
Selune
Marina012

Recopilación

kuami

Diseño

Emii_Gregori

Reincarnation

Suzanne Weyn

FORO PURPLE ROSE

Índice

<u>Sinopsis</u> -----	Pág. 6
<u>Inicio</u> -----	Pág. 7
<u>Prehistoria</u> -----	Pág. 8
<u>Entonces</u> -----	Pág. 24
<u>En la rueda del Renacimiento</u> -----	Pág. 27
<u>Egipto, 1280 a.C.</u> -----	Pág. 28
<u>Entonces</u> -----	Pág. 58
<u>En la rueda del Renacer, Pakistán, 538 A.C.</u> -----	Pág. 61
<u>Atenas, 415 A.C.</u> -----	Pág. 63
<u>Atenas, 399 A.C.</u> -----	Pág. 64
<u>Entonces</u> -----	Pág. 101
<u>En la rueda del Renacer, Canaán, 28 A.C.</u> -----	Pág. 105
<u>Londres, Inglaterra, 1247</u> -----	Pág. 107
<u>Londres, Inglaterra, 1348</u> -----	Pág. 108
<u>En el registro del Capitán, 1518</u> -----	Pág. 109
<u>Expedición al Nuevo Mundo</u> -----	Pág. 111
<u>Del diario de Abigail O`Brian, 1687</u> -----	Pág. 113
<u>La Sra. Charles Wheldon</u> -----	Pág. 115
<u>Salem, Massachusetts, 1691</u> -----	Pág. 116
<u>Entonces</u> -----	Pág. 133
<u>En la rueda del Renacer Salem- Massachusetts, 1750</u> -----	Pág. 134

<u>Dublín- Irlanda, 1695</u> -----	Pág. 135
<u>Rosseta. Egipto, Julio de 1799</u> -----	Pág. 136
<u>Hospital Bedlam- Londres, Septiembre 1810</u> -----	Pág. 138
<u>Ciudad de Nueva York, 1863</u> -----	Pág. 140
<u>La batalla de Honey Springs</u> -----	Pág. 142
<u>Entonces</u> -----	Pág. 151
<u>En la rueda del Renacer. Boston-Massachusetts, 1915</u> -----	Pág. 154
<u>Paris, 1937</u> -----	Pág. 155
<u>Entonces</u> -----	Pág. 184
<u>Mississippi, 1964</u> -----	Pág. 191
<u>Entonces</u> -----	Pág. 219
<u>Nueva York, el presente</u> -----	Pág. 221



Sinopsis

Muchas vidas... un amor

Desde la prehistoria hasta ahora, el suyo fue un amor de siglos. Se inicia con una pelea en una cueva por una joya verde imposible de alcanzar... y después viaja a través del tiempo y vive para incluir esclavos egipcios, templos griegos, juicios de brujería en Massachusetts, campos de batalla de la guerra civil, París en las Vísperas de la Segunda Guerra Mundial, América en la década de 1960...hasta un par de adolescentes de hoy en día. Para los lectores que creen que el amor es más fuerte que el tiempo o la muerte, esta es una novela inolvidable de una maravillosa narradora.



Inicio

*Traducido por flochi
Corregido por kuami*

Y lo siguiente que supe fue que...

Yo era un bebé.

Así que empiezo.

Empezamos...



PREHISTORIA

Traducido por Aishliin, Stella y Taty95.12

Corregido por kuami

La fogata parpadeaba a través de la barriga llena, las anchas caderas y el torso de la figura sin rostro esculpida en la pared de la cueva. May estaba junto al fuego, mirando a la diosa, fascinada con la visión.

Las sombras que se movían por la superficie de la roca desigual en la mano izquierda parecían estar acariciando la sección medio hinchada. Su mano derecha levantada sacudió el cuerno de bisonte con forma de media luna y lo agarró. Por un momento fugaz, la cabeza anteriormente sin rasgos, brilló con un rostro de belleza indescriptible y poder.

May se preguntó si de verdad era un truco de las luces y sombras, ¿o era un delirio provocado por la falta de sueño, y el humo del fuego?

Nadie sabía quien había esculpido esa imagen de La Gran Madre en la pared ni cuando lo habían hecho. Yona, la madre de May, decía que había estado en la cueva desde hacía mucho tiempo, cuando las enormes losas de fría blancura comenzaron a descongelarse y permitió El Mundo Creciente regresar.

Esta conversación había llegado en la primera noche de su sangre mensual. Todas las mujeres jóvenes del clan la pasaban solas con La Gran Madre. También fue la noche de la gran noticia de Yona. —Después de que la resplandeciente criatura del cielo te devore trece veces, y trece sangres hayan pasado, tu estarás lista para salir de mi fuego y unirte a Lenar como su compañera.

—¿Lenar a preguntado por mí? —preguntó May con impaciencia. Yona asintió con la cabeza, provocando que May se estremeciera de la emoción, encantada. Lenar era fuerte, y agradable a la vista. Los otros machos jóvenes seguían su ejemplo. Como compañera de Lenar, May sería altamente clasificada entre las mujeres. Un alto rango significaba un lugar en la cueva, más cerca del gran

fuego, la oportunidad de participar en el derecho de caza, una vez los hombres habían terminado y lo mejor de la vida del clan. May dio la bienvenida a la oportunidad de alcanzar este estado. Como la niña de una mujer sin pareja, el compañero de Yona había muerto cazando, May sólo conseguiría esta condición estando bien emparejada.

A partir de ese momento en adelante, May había observado agudamente a Lenar con interés, tratando de ocultar sus miradas, aunque no siempre con éxito. Se daba cuenta de cuando él estaba al corriente de sus miradas cuando tiraba sus anchos hombros hacia atrás y se apartaba su grueso pelo castaño, lejos de la frente. Lo hacía en su propio beneficio y ella lo sabía.

Lenar rara vez le hablaba, porque no era costumbre que los hombres jóvenes pasaran tiempo con las hembras jóvenes. Aun así, le observó lo suficiente para hacerse una idea preocupante de él. En repetidas ocasiones se burlaba y golpeaba a un macho joven, que parecía seguir siendo un niño, aunque en cuerpo hubiera crecido como los demás. Una vez, ella le vio dando patadas a la liebre que el viejo ciego Asa guardaba como mascota, sólo porque se había cruzado en su camino cuando él pasaba.

Poco a poco, dolorosamente, su alegría por haber sido la seleccionada por Lenar se desvaneció. Se fue desvaneciendo. Ella deseaba que no lo hiciera, porque quería ese privilegio que se le ofrecía desesperantemente. Sin embargo, la idea de ser unida a él, no la llenaba de alegría. Pero cuando le explicó a su madre, las dudas sobre Lenar, Yona insistió en que no se podía hacer nada. Su compromiso era inquebrantable.

Además de eso, Lenar era el mejor partido que May podría esperar. La Gran Madre maldeciría a Yona y May, si May rechazaba tan buena fortuna, la que sin duda había venido de La Gran Madre. Algo que la enfureciera debía evitarse a toda costa. Si ellos enfurecían esta poderosa fuerza de quien dependía su vida, ¿quién sabía qué desastre podía traer sobre ellas en su futuro? Peor aún, ella podría abandonarlas, sumergiendo el mundo de nuevo en los tiempos de hielo. ¿Acaso May quería correr ese riesgo?

May detuvo su interrogatorio y se entregó al éxtasis de la visión que ahora veía en la cueva de La Gran Madre. Había llegado el momento de pedir lo que necesitaba.

—Madre, ¿me maldecirás si no me convierto en la compañera de Lenar? —ella preguntó—. Ellos dicen que debo, pero yo no lo creo así.

Esa maravillosa madre que se preocupaba por El Mundo Creciente seguramente vería lo malo que era para ella aparearse con Lenar. Seguramente May no había nacido para pasar su vida al servicio de un tonto engreído, compañero de jactancioso, doblegándola con su toque.

—Madre, ¿cómo puedo salir de esta? ¡Dame una señal que me diga qué hacer!
—May bajó la cabeza tristemente—. Te juro que te voy a servir todos los días de mi vida si me libras de este destino.

El aire lleno de humo le picó los ojos y los cerró. Momentos más tarde, cuando contempló el grabado más sagrado, La Gran Madre estaba como Ella había sido, sin rostro y sin moverse. Su mano había regresado a su lugar de descanso en su gran vientre. El cuerno de bisonte grabado en su mano levantada todavía estaba.

Había pasado la magia, el momento sagrado se había perdido, sin respuesta a su petición.

Tal vez no: May se acercó para ver mejor la chispa de la piedra de cristal verde incrustado en la roca. Estaba salpicado de oro y brillaba. ¡Y se sentó en el centro del vientre de la Gran Madre!

Eso, brillaba con los colores de El Mundo Creciente, rico con muchos verdes, tanto de profundidad y luz, de las hierbas y hojas, musgos y lechos de los ríos en constante cambio.

Era una señal.

La Gran Madre daba su respuesta. Pero, ¿qué estaba diciendo?

Kye se puso en cuclillas sobre una piedra plana saliente por encima del desfiladero. El cálido sol se sentía bien en su amplia e inclinada frente. Esto le hizo detenerse un poco más antes de regresar a casa con su captura de tres liebres, que había incluido junto con la vid.

Muy por debajo de los pies, el agua blanca, corría para acabar estrellándose en un torrente atronador de espuma y de rocío. Cerca de allí, el trino de un insecto

sonó alto y constante. Lo que le interesaba más era el parloteo de aves procedentes de la selva detrás de él con su patrón de llamada y respuesta. Hablaban entre sí con tanta seguridad como los Nuevos hablan unos a otros.

Le parecía que estaba encontrando a Los Nuevos más de lo que nunca antes. Cuando era más joven, su grupo casi nunca se cruzó con los suyos. Los territorios exclusivos de los dos clanes no se habían definido, pero se entendían mutuamente. O al menos así había sido. Cada vez más, había conflicto, cuando el pueblo antiguo y los nuevos procuraban pescar en la misma sección del río o cazar del mismo rebaño de bisontes.

El antiguo pueblo seguramente sería expulsado fuera de su territorio por estos nuevos si no encontraba una manera de poseer la Nueva Habilidad de sonidos y su significado.

Estas eran las cosas que estaban en los pensamientos de Kye cuando salió de la roca y fue a casa pesadamente, con los pobres resultados de la caza de la tarde en sus manos. En el camino de roca escarpado que conducía al grupo de tres cuevas donde su gente vivía y trabajaba, se encontró con su madre. A través de su hombro, cubierto hasta la cintura, llevaba un arnés de piel de conejo repleta con la hierba alta y flexible que servía para coser las pieles y tejer la cestería. Extendiendo la mano, ella golpeó a su hijo en la espalda con afecto. El gruñó afablemente y frotó su mano por respuesta.

Cuando Kye y su madre llegaron a casa, el área fuera de las tres cuevas estaba viva con una actividad inusual. Kye se alegró de que la pobreza de su contribución a la comida de la noche fuera pasada por alto por el entusiasmo.

Su hermano menor, Ato, le golpeó el brazo con emoción e hizo un gesto a Kye para que lo siguiera a la cueva principal. Allí agitó los brazos hacia los dibujos de los bisontes atronadores que vagaban por el valle. Este era el momento que todos los varones del clan esperaban con alegría entusiasta. El número de las bestias gigantes que podría determinar ahora si vivirían en abundancia en el tiempo por venir o que tenían que sobrevivir con renos y liebres hasta la próxima migración.

La madre de Kye se unió a sus hijos. Mirando a Kye significativamente, ella puso su mano en el plano de la cueva, y él sabía lo que le estaba diciendo. En la próxima luz ellos cazarían y los machos tendrían sus ojos puestos en Kye.

Era su primera cacería de bisontes. Si tenía esperanza de algún día ser líder, como era su derecho como hijo del líder, era crucial que la caza saliera bien.

Con la primera aurora May salió de la cueva. Parpadeando contra la luz gris de la mañana, ella subió a la repisa de roca que sobresalía y era apenas lo suficientemente ancha para permitir el paso en torno al camino secundario que le condujo de nuevo al bosque. En su borde, la roca se desplomó casi un kilómetro antes de llegar a una carrera, el desfiladero con espuma blanca en la parte inferior. A su lado, un espeso bosque con árboles de gran tamaño permitía ver el amplio valle, abierto de campos ondulados.

Algo salió disparado de la cueva. May sonrió a la comadreja gris que se había quedado junto a su fuego. Había traído un roedor pequeño muerto como un regalo, y May le había permitido quedarse.

Ahora con la comadreja acurrucada a una corta distancia, May contempló la tierra que se extendía ante ella. De pie firmemente, no tenía miedo de caer desde su posición elevada y aproximó al borde. La niebla pasaba a través suyo, oscureciendo la copa de los árboles y la curva más allá de las colinas. La antorcha resplandecientemente se elevaba hacia el cielo, chupando la nube terrestre con él. Débilmente, el ruido de los torrentes de agua llegó a ella desde el distante desfiladero. Mirando hacia el campo abierto más allá del bosque, se dio cuenta de que algo se movía por debajo de ellas, formas oscuras, y muchas de ellas.

May se dio cuenta de lo que estaba viendo: Estas eran las enormes bestias cuyas reses muertas y peludas, habían dado tanto a su pueblo. Cada ciclo, ellos pasaban a través de este momento de la temporada. Después de haber estado ausente las dos últimas noches, se había perdido la preparación y casi se había olvidado.

Figuras mucho más pequeñas pronto salieron de la selva. Cazadores. Lenar estaría entre ellos. Sería su primera cacería de bisontes desde la ida de sus ritos de iniciación. Ella trató de elegir entre las figuras, pero fue imposible, estaba demasiado lejos. Avanzaron hacia los bisontes, el abanico a lo largo de los bordes de la manada.

Desde el punto alto de visión de May, ella espiaba algo que los cazadores aún no podían ver. Otras figuras entraron en el campo del bosque a cierta distancia.

Este grupo podría ser más gente del Clan de cazadores que vienen de una dirección diferente, aunque esto habría sido inusual, los cazadores por lo general se quedaban cerca unos de otros. Pero ¿y si no eran de la gente del Clan, y venían desde el otro clan, los Seres de hielo que habían recorrido el mundo desde la época de hielo?

Agachada, May se inclinó hacia delante. Los dos grupos se dirigían hacia los animales en los caminos diagonales que se cruzarían en breve. No se vieron unos a otros durante mucho tiempo, y de repente, se dieron cuenta de la presencia de los otros. Estaba claro por la manera en que de repente, corrieron un grupo contra el otro.

Los Seres del Hielo y las Personas del Clan habían cazados ambos a las criaturas más poderosas durante varios ciclos. Viviendo lo suficientemente lejos para que las bestias pasaran a través de los diferentes lugares de caza en distintos tiempos. Últimamente, sin embargo, el número del clan se había incrementado. Ellos se habían mudado a las cuevas más y más grandes acercándose a los Seres del Hielo. Había habido muchas escaramuzas, pero ninguna tan grande como la que May había presenciado ahora.

A medida que observaba la batalla, un pensamiento esperanzador llegó a ella. Al instante, avergonzada, ella lo apagó antes de que su pequeña chispa pudiera mantener la llama. Sin embargo, lo había pensado, no podía negarlo. Lenar quizás podría morir en la lucha.

Tal vez ese era el regalo, liberarla del infierno era lo que quería otorgarle la Gran Madre. Si era así, May se avergonzaría de haber causado su muerte. Sin embargo... esto mejoraría su vida.

Kye abrió sus ojos y poco a pocoladeó su cabeza. Teniendo al bosque en su campo visible. La antorcha en el cielo estaba descendiendo, lanzando sombras largas. Se quedó en la base de un árbol, con los brazos y las piernas extendidas. Estirando poco a poco los codos recordó haber sido herido en la lucha y la huida hacia los arboles antes de terminar aquí.

El dolor golpeó su cabeza viajando como una línea de fuego a lo largo de los lados de su cráneo y de su mandíbula.

Cuando alcanzó el punto donde le dolía él se estremeció fuertemente y tiro su mano hacia atrás alarmado por el líquido caliente que había sentido. De su palma goteaba algo rojo. Él se lo limpio en el pecho.

¿Dónde estaban los otros? Incluso las atronadoras bestias habían desaparecido.

No era la idea del Pueblo Antiguo, dejar a un compañero atrás. Tal vez no lo pudieron encontrar.

Tambaleándose sobre sus pies, se inclinó fuertemente contra el árbol ¿Y si hubiera muerto y vuelvo a la vida?

No había visto a los espíritus de sus antepasados. El Gran Pájaro no había venido para guiarlo al mundo de los espíritus. Esto era lo que había conducido a retrasar su muerte. Era lo que los Ancianos buscaban cuando ellos caminaban en sueños, preparándose para partir hacia el mundo espiritual.

Para Kye todo había sido oscuridad... y ahora estaba de vuelta.

Se obligó a seguir adelante. Esta parte de la selva era desconocida y la luz del día estaba muriendo. Lo único que sabía con certeza era el que debía viajar en una dirección alejada de aquella brecha que se hundía en el cielo. Si no encontraba su camino antes de que algún guía se fuera, estaba perdido.

Los recuerdos de la batalla en el desfiladero eran un torrente de imágenes en su cabeza. Él había cerrado sus ojos cuando el cazador de Los Nuevos levantó la lanza. El hombre delgado, de ojos color piedra, era mucho más alto que Kye. Su musculoso brazo levantado, con la mano blanca con sus nudillos blancos alrededor de la lanza.

Kye había bajado su cabeza y arremetido de la forma que el carnero de montaña. Si el golpeaba a este enemigo en los pies, podría vencerlo fácilmente. Pero en el momento que entró en contacto el Nuevo empujo su lanza hacia abajo con fuerza. Kye se lanzó a la derecha cuando la lanza le cortó la frente. El Nuevo metió la lanza de nuevo, esta vez golpeando a Kye en la garganta. Sin aliento y con la sangre de la frente cegándole, Kye tropezó de nuevo. Otro pinchazo acabaría con él.

El corrió por la cubierta del bosque.

Recordando cómo había huido lo hacía enrojecer de vergüenza. ¿Se había deshonrado a sí mismo? ¿Los Ancianos pensarían que sus actos cobardes le harían indigno para ser su próximo líder? ¿Estarían ellos bien?

Tal vez sería mejor si no volviera jamás a su casa. Podría hacer creer que había muerto en la lucha contra Los nuevos.

Él caminó penosamente a lo largo sin una dirección clara. En la luz mortecina del bosque estaba vivo con el movimiento y el sonido de las criaturas moviéndose y el susurro de las hojas. Unas alas resonaron en lo alto, pero Kye no estaba seguro de si eran pájaros o murciélagos.

Él no iba hacer nada cuando oscureciera, no con su mente turbia por la lesión que había sufrido en la cabeza. El movimiento de los animales le hizo consciente acerca de encontrar algún tipo de refugio para pasar la noche. Se alejó un poco hasta que regresó al desfiladero donde había estado el día anterior. Vio un puente natural de rocas que parecía tener una caída vertical a un acantilado rocoso. Mirando hacia arriba noto que continuaba, pero que no parecía ser una cueva por encima de su cornisa.

En el otro lado del puente, un estrecho sendero recorría a lo largo la base del acantilado y se volvía hacia dentro, entrando en la montaña. Quizás un ascenso más gradual entre rocas, buscaría en la forma en que el hielo derritiéndose a menudo tallaba los caminos y las cuevas en las piedras.

Tal vez lo llevaría a la cueva de arriba.

Una noche pasada en una buena cueva lo ayudaría a curarse y le daría tiempo para considerar lo que debía hacer a continuación. Tendría que ser cauteloso y asegurarse que la cueva estaba deshabitada, lo que significaba estar escondido durante un largo tiempo.

Si estaba vacía, pasaría la noche allí.

Lenar estaba en la entrada de la cueva central, con los brazos cruzados, moviendo la cabeza alegremente cuando la gente pasaba a su lado, elogiándolo por su participación en la exitosa casería. Vio como se llenaba el ambiente de entusiasmo alrededor de la bestia. Con cuernos que él y los cazadores del clan habían derribado una vez que habían derrotado a los Seres del Hielo en el

campo de caza. A pesar de que había sido un esfuerzo en grupo, Lenar había sido el primero en sumergirle profundamente su lanza en el costado del bisonte, derribándolo al suelo.

La gente le admiraba, levantando las antorchas contra el oscuro cielo. Con la extraña visión saltando a la luz del fuego en movimiento, la criatura arrojó una enorme y vacilante sombra, como si su espíritu se cerniera protector fuera de su carcasa.

La palabra se estaba propagando a través del Clan, sobre la forma en que había luchado ferozmente contra los Seres del Hielo, incluso cuando uno de sus cazadores en cuclillas se había lanzado contra su estomago con su deforme y huesuda cabeza. Lenar había logrado herir a la bestia y perseguirlo a través del campo. Había matado a otros dos por el momento, y el resto de ellos se retiraron a la selva.

En verdad había sido sorprendido por la ferocidad y el vigor de estos Seres del Hielo. La furia salvaje en los ojos del Ser de Hielo mientras corría hacia él, gruñendo con los brazos enormes y musculosos extendidos, había algo en ellos que lo asustaba. Él fue capaz de llevar la lanza hacia la cabeza del atacante antes de que el hombre-bestia pudiera hacerlo trizas con sus enormes manos. Se sintió orgulloso el haber pensado lo suficientemente rápido como para poder sobrevivir.

Gaj, su líder, se acercaba, el borde de su manto de piel de reno arrastrándose en la suciedad. Ya se había puesto el collar de cuerno de pesado alce que llevaba para la tradicional celebración después de la caza.

Gaj puso su mano en el hombro de Lenar, señal de qué le estaba permitido al hombre más joven levantar su cabeza: un signo de aprobación. Él le dio palabras de alabanza a Lenar, y Lenar respondió con humilde agradecimiento. La compañera de Gaj sólo había dado a luz a niñas. Gaj estaba observando a los machos con cuidado a fin de seleccionar a su sucesor.

Mantuvo la mano en el hombro de Lenar cuando él dirigió su mirada al gran bisonte. Los ojos de Lenar se habían dirigido hacia la multitud vitoreando, en busca de May. Tenía muchas esperanzas en ese momento, había contado los días y buscado la manera de impresionarla.

A pesar de que May no era de alto rango, por la muerte del compañero de su madre, ninguna mujer le intrigaba de esa manera. Recordó el día en el que notó por primera vez en lo encantadora que se había convertido y se dio cuenta de que deseaba que lo tocara. Pero su belleza no era lo único. Había poder en ella, se notaba en sus ojos y en la seguridad de sus movimientos. Tenía que ser ella la compañera de un líder, su compañera.

Recordó la manera desdeñosa con la que le había mirado fijamente cuando él había pateado a la libre favorita de Asa en el camino, una liebre era comida. No había lugar para una liebre saltando libremente a su lado, dejando excrementos en las salas para la comida.

Si el ciego de Asa lo quería como animal domestico, era responsabilidad de su compañera limpiar y mantenerlo encerrado. A patadas, el animal había demostrado que conocía y respetaba las reglas del Clan. Y él no permitiría que la suavidad de algunos de ellos le impidiera hacer lo que fuera necesario para mantener lo mejor para el mayor número de personas. Con un gesto Gaj había demostrado estar satisfecho pero May no.

Si May lo viera ahora, tan reverenciado ante el pueblo. Podría comprender hacia donde se dirigía, y porque se comportó como lo hizo. Ella vería todas las cosas buenas de las que participaría teniéndole a él como compañero. Todo lo que había ganado para ellos.

Sha, otra mujer de El Clan, le sonrió, sus ojos se iluminaron con admiración. Sabía que Sha estaría contenta de tenerlo como compañero. Ella tenía su propio encanto, con sus brillantes ojos y rizos color marrón rojizo, pero ella no era May. Ella no poseía la belleza de May, o su seguridad. Él sólo quería a May.

¿Dónde estaba?

Gaj sacó un hacha del cinturón de la túnica de piel falsa que llevaba bajo su capa. Con una poderosa oscilación del brazo la hizo caer sobre la cabeza de la criatura, rompiendo uno de los impresionantes cuernos de la bestia, dejando que sangre caliente brotara y corriera por el brazo de Gaj cuando él presentó el cuerno a Lenar.

—Ocuparas mi lugar, cuando ya no pueda mas —anuncio Gaj en la lengua del Clan.

Inclinando la cabeza profundamente, Lenar aceptó el honor mostrando a todos los testigos el cuerno.

A su alrededor, la gente tronó su aprobación, gritando y golpeando a la bestia, agitando con entusiasmo sus antorchas para que las chispas volaran por la oscuridad.

La escena se arremolinaba debajo de la grasa, la criatura amarilla, el cielo de noche que se había quedado corta, inusualmente cercana con el fin de ver el triunfo de Lenar.

Mirando hacia arriba, hacia la multitud vitoreando, hechizados a luz de la luna. Esperando ver aparecer a May, aunque sólo fuera por la pura fuerza de su deseo de verla allí... y que ella lo viera.

Ella no estaba allí, y eso causó una rabia frustrada rugir en su interior.

May sabía que él esperaba que ella regresara. Estaba oscuro, una vez más, y ella se había ido hacia mucho tiempo.

De alguna manera ella no se atrevía a salir de la paz de esta posición de aislamiento. ¿Seguiría Lenar vivo después de la batalla y la caza?

Probablemente había sobrevivido. Él era cruel.

Pero mientras tanto no sabía a ciencia cierta si estaba vivo o muerto, no había esperanza. Ella prefirió no saber nada a estar a la perspectiva de volver y descubrir la verdad.

Un crujido entre los arbustos la hizo girar bruscamente hacia el sonido. La comadreja se despertó de su sueño y alertada, levantó la cabeza.

¡Ella estaba siendo vigilada! La sensación era muy fuerte.

De pie, ella se asomó a la oscuridad. Lo que había hecho el sonido estaba, cerca de la pared, en la maleza del camino, cerca de la entrada de la cueva. Quieta, casi sin respirar, ella esperó.

Una brisa levantó un puñado de hojas muertas marrón que había recogido en la base de la cueva. Se levantaron y cayeron, rodando por el suelo rocoso.

May relajó sus hombros, inhalando lentamente. Cualquier cosa podría haber hecho el sonido. Cuando su pulso ansioso se tranquilizó de nuevo, se acomodó en el borde, mirando la criatura de la noche que brillaba intensamente en la cima del cielo. La criatura de la noche era especialmente completa y redonda, de un brillante amarillo en la oscuridad, un color diferente a su luz plateada de costumbre.

May sentía la presencia de la Gran Madre a su alrededor, en la brisa, agitando las hojas y los árboles, en el canto y el zumbido de los insectos nocturnos. Ella lo escuchaba todo, como una canción.

Comenzó a tararear, con su lastimera voz, y el dolor de alcanzar a La Gran Madre, un anhelo tan intenso que se convirtió en físico. Haciendo un sonido musical lanzado por la soledad, el miedo y la confusión. El sonido impregno su cuerpo, brotando de su boca, haciendo que sintiera un fuego dentro de ella. Esta nueva sensación hizo cantar más alto, salvaje hasta que su voz era un latido de dolor elevándose en el aire de la noche.

A pesar de su canción era todo dolor y llanto, rogó a la Gran Madre mientras cantaba, utilizando el lenguaje de su pueblo. —¿De qué sirve una piedra verde? Revela tu significado. ¡Oh Madre! ¿Es un tesoro que puedo utilizar para estar libre de Lenar? ¿Me darás rango por mi propia cuenta?

Ella siguió cantando mientras su mente corría.

Un rango por mi propia cuenta.

¡Eso debe ser! Con la piedra verde, ella ganaría rango sin Lenar. Ella sería el guardián del tesoro del clan.

Había espíritus de mujeres que tenían rango debido a los secretos curativos de las plantas que poseían y sabía utilizar. La piedra que La Gran Madre le había mostrado también le daría ese tipo de rango a ella.

Pero, ¿dónde más podría encontrar esta valiosa piedra verde? Ella no podía cavar el vientre de la Gran Madre.

Su canción creció más alta, más fuerte y más desesperada. Dejó de hacer palabras y dejó que su tema se convirtiera en música pura. Este desesperado canto surgió del centro de su ser, llenándola de emoción.

Sintiéndose seguro oculto por un arbusto, Kye escuchaba, cautivado por el canto de la hembra. Cuando ella se había asustado, alertada por la rama que había roto, había considerado su acercamiento. Ella sería un premio que podía llevar a casa para hacer que su gente se olvidara de la vergüenza en la batalla. Incluso podía llevarla para que fuera su pareja.

Esa idea le gustó, pues se sentía atraído por la hembra. Un vivo deseo se levantó en su interior.

Se puso en cuclillas, teniendo en cuenta si era lo suficientemente fuerte como para ganar una pelea contra ella. La sangre había dejado de brotar de su herida y se fue apelmazando en su rostro. Le palpitaba la cabeza pero estaba cada vez más acostumbrado a él. Sí, volver a casa con esta mujer y reclamarla como su compañera ayudaría a su situación.

Ella se acercó al saliente que dominaba el valle, y unos sonidos que Kye nunca había oído antes salieron de su boca. Le recordó a los tambores que su pueblo tanto amaba, pero eran más fuertes y corrían como por arte de magia a su alrededor como un torrente de agua. Ella estaba hablando con Los Nuevos. Pero ¿a quién le estaba hablando?

Había tristeza en su corazón. Sus sonidos le infundieron ese mismo dolor. Se convirtieron de repente, abrumadoramente tristes.

Su forma era todavía hermosa, pero, para él, también se había convertido radiante con su sufrimiento, la gracia de sus brazos en alto, el deseo escrito en su rostro.

Su deseo era templado ahora con otro sentimiento. Se había vinculado a ella de una manera que era misteriosa, incluso aterradora. Todo lo que podía hacer era escuchar, absorto de asombro mientras cantaba a la luz de la noche.

Maldijo su suavidad.

¿Qué clase de hombre era? Él había huido de la batalla y ahora se sentía tan conmovido por una mujer que gemía lamentándose y que no podía, no debía... ¡tomar por la fuerza!

Una brisa envió hojas muertas a la base de la cueva. La comadreja se había despertado y se abalanzó sobre un ratón que se había dormido debajo de las hojas. Los ojos de Kye estaban pendientes de algún movimiento, pero pronto se olvidó de la lucha del ratón con la comadreja.

Algo más cautivante había sido descubierto cuando las hojas volaron.

En el claro de luna, una brillante luz verde centelleaba en la base de la cueva.

Había visto rocas verdes como esta antes, por lo general incrustadas en alguna piedra tosca. A veces había manchas en las paredes de la cueva. Era raro ver a esta piedra con ese largo y en una sola pieza.

¡Este era el premio que llevaría en la espalda en lugar de la mujer!

Su gente la valoraría aún más que a un cautivo. Diría que había luchado con uno de Los Nuevos por ello. Eso restauraría su prestigio, su orgullo. Y así podría prescindir de la mujer.

Decidió esperar hasta que ella se durmiera, y entonces podría robar la preciosa piedra verde fácilmente.

Volteándose lentamente, la mujer vio la roca verde momentos después de que Kye la viera.

Su canción se desvaneció en el aire mientras su rostro se iluminaba con alegría. Kye nunca había imaginado algo tan hermoso como la sonrisa entusiasta que ella le dirigió a la piedra.

Excavando en un paquete de piel de conejo, extrajo un cuchillo con hoja de piedra y con mango de hueso. Manejando con destreza el cuchillo, se afanó a destrozarse la roca negra que sujetaba el tesoro con sus manos. Kye se inclinó hacia delante, mirando con avidez. No podía dejar que se llevara la roca verde. Tenía que ir por ella. ¡Ahora!

Poco a poco, se levantó de la selva. Ella estaba tan concentrada en su trabajo que no lo vio o escuchó sus pasos.

Se detuvo un momento al lado de la cueva, mirando hacia abajo. Tenía ganas de explicarle su situación a ella, para pedirle que le diera la apreciada roca y lo dejara partir con ella. No quería por temor que la lucha le causara dolor. Aún peor, él no quería pelear con esa criatura tan adorable.

Dio un paso más cerca.

La cabeza de la mujer se levantó. Los ojos muy abiertos por el miedo, cada uno de sus músculos tensos mientras sostenía firmemente el cuchillo clavado en la roca.

—¡Es mío! ¡Vete! —gritó ferozmente, apuntándole con el cuchillo—. ¡Vete!

No conocía sus palabras, pero él entendía. Sacudió la cabeza y se golpeó el pecho, dando un paso más cerca.

Sus ojos se abrieron más. Un escalofrío sacudió sus hombros en ese momento.

—¡Mío! —Ella gritó con una voz que apenas podía reconocer como lo más exquisito que hubiera oído. Era una voz airada, agresiva, y desesperada. Era una voz que podía manejar.

Aprovechando su valentía, él la golpeo con poderoso golpe de su arma. Su cuchillo se deslizó por el suelo rocoso y él lo tomó. Lo utilizó para romper la roca una vez, dos veces. Tres golpes fueron suficientes para que él sacara la piedra preciosa.

Luz de la luna jugaba con sus heridas y curvas. Mirar en sus profundidades era como mirar el agua sin fondo en un pozo. Sin duda, el poder de la tierra había sido capturado en esa brillante dureza. Su pueblo se encogería de temor al verlo con ella. Él sería un héroe para ellos.

El premio verde de repente voló de su mano. La mujer estaba de espaldas, golpeando su cabeza herida, gritando con la furia salvaje de un animal herido. El dolor lo puso furioso, y él la arrojó al suelo con más fuerza de lo que había previsto.

La piedra estaba en el suelo. Se agachó para recogerla.

La mujer corrió hacia él, pegándole con el hombro.

Se tambaleó hacia atrás, aunque mantuvo la piedra. Se recuperó a tiempo para verla atacar hacia él de nuevo, su mirada furiosa fija en la piedra que llevaba en la mano.

Ella se estrelló contra él con más fuerza, arrojando todo su peso sobre su brazo.

Esta vez perdió seriamente el equilibrio, y bloqueándolo con su hombro. Instintivamente, buscó algo para aferrarse mientras sentía que perdía el equilibrio.

La parte posterior de su cuello fue lo primero que encontró a la empuñadura.

Ella gritó en su oído, su voz ya no era de combate o agresiva. Ella estaba gritando de terror.

Al principio no se dio cuenta de lo bien agarrado que estaba, en una mano tenía su cuello y con la otra la piedra. Su único pensamiento era aferrarse, para no ser derribado.

Tampoco entendió, hasta que segundos después de eso, que se había tropezado hacia atrás por el acantilado. No había nada debajo de sus pies y ahora se retorció, girando.

Se aferró aún más a ella, dispuesto a no soltar su agarre.

Él no la soltó ni a ella o a la roca verde.

Fueron cayendo en picado, unidos, hacia el fondo del acantilado.



Entonces

Traducido por flochi

Corregido de kuami

Oigo el sonido repugnante incluso antes de golpear en el fondo del acantilado. Un hueso se ha roto. Suena en mis oídos, vibrando en mi cráneo.

No hay dolor.

El Ser de hielo cae de prisa en el agua a mi lado, con los ojos agrandados por el terror.

Luego hay otro Ser de hielo. Su rostro es más suave. Él me mira y miro hacia él.

Durante un segundo.

Una oleada de agua arrastra a uno de los Seres de Hielo lejos, el que tiene la mirada congelada ampliamente abierta de asombro en su rostro. El otro Ser de Hielo empieza a avanzar en la superficie del agua.

Nado tras él, queriendo saber a dónde está yendo.

Rompiendo la superficie del agua, el insistente graznido de un ave sobre nuestras cabezas me hace alzar la vista para investigar. Nunca había visto un ave de este tamaño; ni siquiera las grandes aves rapaces tienen tal envergadura. Lentamente, extiende sus grandes alas y baja haciendo espirales hacia el agua.

Con ojos como dardos, busco al Ser de Hielo y encuentro que él está en el desfiladero, pero ahora está rodeado por otros Seres de Hielo. Ellos no son de este mundo. Sé esto porque ellos sólo se sostienen sobre la superficie del agua. Los Seres de Hielo empiezan a elevarse en el aire y lo tocan a él, ayudándolo a ascender, elevándose hacia el cielo junto a él. Juntos, se alzan flotando para encontrar a la gigante ave descendiendo. Ellos sueltan al Ser de Hielo masculino mientras el ave lo agarra por los talones. Veo al ave alejándose volando con él mientras los otros se desvanecen.

Me doy cuenta de que debo salir de esta agua congelada. Ya estoy llegando tan tarde a casa. Todos querrán escuchar cómo luché con el Ser de Hielo y sobreviví. Se reunirán esta noche alrededor del fuego y yo se lo contaré.

La corriente es fuerte: tendré que nadar como las bestias del agua para poder liberarme. Una cosa en las profundidades del río se levanta detrás de mí y me doy la vuelta rápidamente para ver qué es: un rostro, pálido y cuarteado por el horror. Cabello oscuro enredado a su alrededor; la cabeza está inclinada en un ángulo que es doloroso de ver. Hombros, torso, vientre a seguir. Un brazo surge, con los dedos extendidos, empujados por la corriente.

¡Soy yo! Estoy mirando fijamente el horror en mi misma.

Pero estoy aquí al mismo tiempo.

Lentamente entiendo que estoy dividida de mi cuerpo roto, y aún sigo existiendo. No puedo encontrarle sentido a esto. Estoy aquí. Existo. Entonces, ¿qué es esta otra distorsión flotando en el agua a mi lado?

El yo roto está atrapado en una ola y se hunde nuevamente debajo de la superficie del río. La corriente me lleva río abajo, rodeando una roca prominente, y después, nada a la vista.

Empiezo a entender que me ha pasado.

Reviso el cielo, buscando un ave que me lleve lejos. Ningún ave viene por mí. Ningún espíritu antepasado.

¿Qué voy a hacer?

Y entonces empiezo a elevarme por encima del río.

Floto a través del cielo azul y paso a una noche oscura, con luces brillantes.

Mi boca se abre. La parte posterior de mi cabeza cae. Las estrellas me atraviesan. La parte superior de mi cabeza flota fuera sin dolor. Esa parte de mí, en la que estoy en el centro, se desmorona. Estoy desparramada, dispersa entre las estrellas.

Estoy felizmente despedazada. Aterrorizada por la dispersión, pero aún así dispuesta a seguir.

Bolas de fuego girando se disparan a través de la oscuridad salpicada de luz y entonces los veo, asombrada pero sin miedo.

Los miro durante largo tiempo.

Las voces me hablan en susurros. Me hacen preguntas. No conozco las respuestas.

No sé por qué o cuándo es que empiezo a flotar en una dirección determinada. Estoy sobre el río, viajando en la corriente.

Llego a lo que creo que es una cascada. Veo que no es agua... sino luz. Una luz blanca estática, alta como el más antiguo y más grande de los árboles, dentro de una piscina de cristal.

A medida que nado en la piscina, mis pensamientos crecen tan vivos que no puedo decir si los estoy expresando o no. Tengo la sensación de que todo tiene que ser expresado antes de arremolinarme en el vórtice de la imponente luz.

Gran Madre, no me abandones.

Muéstrame tu señal. Devuélveme tu bendición.

¿Dónde está el Ser de hielo quién me lo quitó?

Haz que me devuelva el premio que gané.

Quiero un rango por mí misma.

No dejes que me congele en otro tiempo de hielo.

No hagas aparearme con un hombre que desprecio.

Estoy flotando en una cálida oscuridad. El tiempo ha vuelto. Soy consciente de los momentos que pasan con cada golpe firme de los truenos que golpea a mí alrededor.

Y entonces, una vez más, el río comienza a correr.

Una vez más me está llevando hacia delante.



En la rueda de Renacimiento

Traducido por Strella

Corregido por kuami

Tetisheri, querida niña. Te llamamos así por la vieja reina ahora sepultada en Luxor. Que nuestra divina madre, la diosa Isis, te bendiga. Que su hijo, Horus, el dios halcón, siempre cuide de ti. No somos ricos, pero tu padre es respetado por su arte. Que crezcas en la belleza y el talento para que un hombre rico y poderoso te pueda tomar como esposa.



Egipto, 1280 a. C.

Traducido por Gabrii, Melo, Pimienta y Kanon 🎵🎵

Corregido por Melo

El sol produjo ampollas en la espalda de Taharaq mientras remaba. La amargura en su corazón no fue aligerada por la progresiva belleza exuberante de las palmeras junto al Nilo, ni tampoco por la grulla plateada que extendió sus majestuosas alas mientras volaba desde una ensenada pantanosa, ni tampoco por el gracioso hipopótamo que se elevó para observar la barca transitando antes de sumergirse otra vez.

Todos aquellos lugares sólo significaban que estaba más cerca de Luxor y más lejos de su amada casa en Nubia, la casa que nunca volvería a ver.

El joven oficial egipcio que estaba sobre la proa de la larga y estrecha embarcación, lanzó un latigazo sobre las cabezas de los prisioneros que trabajaban. El rayado casco protector que llevaba puesto sobre su cabeza también le cubría el cuello del caliente sol. La cobra de oro en su centro brilló intermitentemente, su resplandor era ocasionalmente cegador. Un cordón de oro alrededor de su cuello sostenía un solo y reluciente medallón con la forma de una mosca de oro, un premio egipcio por su valor militar. Su túnica blanca de lino, anudada firmemente alrededor de su cintura acicalada, le hacía lucir con estupenda autoridad sobre sus prisioneros trabajadores, sudorosos, de piel negra. El sudor corría por los costados de Taharaq. El oficial volvió a lanzar un latigazo otra vez. Si le hubiera golpeado, Taharaq no sabía si hubiera podido contener su furia. Estos hombres, sus prisioneros, eran hombres orgullosos, arqueros tan expertos que su proeza era conocida de siempre.

Taharaq fulminó con la mirada al oficial que sostenía el látigo, lleno de odio. Más que algún otro de los guardias, este arrogante capitán incrementó la furia asesina dentro de él. Cuando el egipcio apartó la mirada de su camino, Taharaq sintió el escozor de la humillación y de la derrota con más intensidad que en cualquier otro momento. Tal vez sólo era la presumida confianza que el capitán

se tenía en sí mismo; cualquiera que fuera la razón, Taharaq nunca había conocido a otro que evocara esos sentimientos en él.

Como si repentinamente fuera consciente de la oleada eléctrica de odio de Taharaq, la cabeza del oficial egipcio se giró y le miró directamente, su expresión ruda estaba colmada de advertencias. Taharaq alzó su barbilla, responsabilizándose del reto del orgulloso hombre.

Excepto en el momento que sus ojos se encontraron, Taharaq sintió otra vez un golpe de vergüenza. Una oleada de náusea le pegó como un golpe al cuerpo y bajó su mirada hacia el río en un solo movimiento, hacia la espuma que bordeaba el bote. Él sabía que ese movimiento lucía como un movimiento de sumisión, y se detestó por ello.

Cuando volvió a levantar la mirada, el capitán egipcio estaba a su lado. —Usted y yo nos conocemos, ¿verdad? —Él murmuró en su egipcio nativo—. ¿Dónde peleamos?

Taharaq entendía el lenguaje desde que los Nubios habían comercializado con sus vecinos en Egipto durante muchos siglos. La mayoría de los Nubios estaban familiarizados con la cultura egipcia, incluyendo el idioma.

Sí, Taharaq pensó. Tiene sentido. Él debe ser el que me arrojó la lanza y me hirió. ¿Por qué si no le detestaría de esa manera?

Estaba seguro de haber visto esa mirada de piedra antes. La recordaba con claridad, estaban llenos de desprecio, tal y como lo estaba ahora. Sintió que era el egipcio correcto, que habían luchado entre sí...

Y sin embargo... era imposible.

Él fue un arquero pero había elegido no unirse a los otros arqueros que protegían desde el techo de un alto edificio. En lugar de eso él se había quedado en el suelo, disparando desde atrás de un árbol. Habían pensado que él era valiente, ya que estaba tomando la primera línea defensiva. No conocían su terrible secreto.

Le aterrorizaban los lugares altos, estaba seguro de que caería y moriría.

Eso le avergonzaba pero no había manera de superarlo. Era un terrible miedo, y abrumador que había tenido desde la infancia.

Cuando quedo claro que estaban perdiendo la batalla, los otros arqueros comenzaron a huir del tejado. Notando los movimientos en el techo, él había levantado su vista para ver lo que estaba ocurriendo. Ahí es cuando una lanza le había golpeado en la base de su garganta. Al despertar, estaba en una jaula junto a otros soldados. Había un vendaje sobre su herida y lentamente se dio cuenta de que ya no podía hablar.

—¡Contésteme! —el egipcio vociferó.

Taharaq sólo podía negar con la cabeza.

El egipcio elevó su brazo coléricamente para golpearle.

—Él no puede contestar, —el joven Nubio detrás de él profirió hacia el egipcio. Era el hermano de Taharaq Aken—. Fue herido en la garganta.

Taharaq respingó, entrecerrando los ojos bajo el sol. La sien derecha le palpitaba con el repentino inicio de un feroz dolor de cabeza, el abrasador dolor de cabeza que había sufrido desde que era un niño. Le habían dado cada tipo de poción y hierba, en vano.

Su madre lo había llevado a una sacerdotisa que alejó los negros rizos negros de su frente, revelando una marca de nacimiento de color púrpura-rojiza.

—Ésta es la causa —dijo ella, tocándole ligeramente con su dedo la marca de nacimiento—. No conozco la cura, pero los dioses del Más Allá me dicen que esto es la causa del dolor del niño.

Tetisheri comprobó su imagen en la placa de bronce que estaba colgada de la pared. Con la punta de su roja uña teñida con alheña, alisó una mancha de kohl negro bordeando su ojo café y dejó caer pesadamente su negro pelo brillante. Había vivido quince ciclos completos bajo el cielo oscuro y en el último ciclo, ella había aprendido todos los secretos de belleza de la mujer. Esperó que todas aquellas técnicas trabajaran a su favor en los siguientes momentos; había mucho de lo que dependía si todo iba bien.

Hizo contacto visual con el arpista que tocaba en el patio. Con una imperceptible inclinación de cabeza, el arpista le indico que Tetisheri debía pasar delante.

Deslizándose graciosamente, Tetisheri adoptó una pose.

Los rayos de Amón-Ra, el dios del sol, se deslizaron brillantemente a través de los pliegues de su túnica de lino blanco, resaltando la transparencia de la delgada tela, marcándola como de alta calidad. No le dañaba el hecho de que la luz del sol esbozara su figura causando también un buen efecto.

La banda de oro envuelta alrededor de su liso, y grueso, pelo negro se volvió caliente contra su frente.

Ella sonrió tímidamente hacia la audiencia. En frente de ella, el noble Nakht, su mujer, Renenutet, y sus invitados exquisitamente vestidos se sentaron a las mesas con blancas flores de loto flotando lánguidamente en sus aguas trémulas de cristal. Había comerciantes, políticos, y dignatarios. Uno de los invitados era una mujer inmensamente gorda que tenía como mascota un lagarto enrollado. Tetisheri esperaba que lo hubiera alimentado bien antes de venir.

Esperó a que el arpista golpeará una nota particular, preestablecida de antemano antes de romper su actitud de estatua y empezar su canción. Era una melodía popular que relataba cómo la diosa Isis se dio a la búsqueda frenética de su marido asesinado, el dios Osiris, hacia el más allá, sin perder la fe en su amor absoluto, aun después de la muerte.

La canción desafió su habilidad vocal por su intensidad, le requería un esfuerzo poder llegar a los altos, pero también iba a lucir su voz. Era importante que Nakht se enorgulleciera delante de sus invitados, mostrando que podía permitirse el lujo de emplear a un bailarín y a una cantante de primera calidad en su grupo familiar. Su trabajo dependía de eso.

Viviendo en su pequeño cuarto en la gran hacienda de Nakht con sus murales, mosaicos de oro, y vidrieras importadas era mucho más de lo que podía haber esperado como esposa de alguien del pueblo. Estar arriba era su única oportunidad, ser una esposa había sido el único futuro que pudo haber esperado, y siempre le había parecido que era una condena en vida. Excepto desde el día en el que Renenutet la había oído cantar en la tienda de su padre y

le había preguntado si podía contratarla como anfitriona de toda la casa, su vida había cambiado dramáticamente. Esta vida era un poco más que aquella con la que soñó.

Una mirada periférica le reveló que su audiencia la observaba con interés absorto. Bien. Esta noche era crucial. Si los invitados respondían bien hacia ella, Nakht y Renenutet le darían una posición permanente en el grupo familiar.

Ella continuó con la canción de Isis y Osiris, poniendo mayor énfasis en el drama, trinando con la angustia que se imaginó que Isis debió de haber sentido cuándo le dijeron que el dios Set había asesinado a Osiris.

Moviendo hacia atrás sus hombros, elevó sus brazos, Tetisheri a veces se tensaba para alcanzar la nota alta de la canción. Su voz temblaba, ligeramente. Ella elevó mucho más la nota, y el temblor terminó. No había fallado del todo. Mientras majestuosamente bajaba sus brazos, pensó haber visto inclinaciones de cabeza apreciativas.

Tetisheri comenzó a bambolear las caderas. Las campanas en miniatura en sus tobilleras tintinearón cuando ella pateó su pie de adelante para atrás y brincó atrás hacia su izquierda. Elevando sus brazos de nuevo en el aire, esperó que la gruesa pulsera de cobra de oro se plegara alrededor de la parte superior de su brazo y brillara intermitentemente con un efecto dramático.

Mientras ella se giraba en un círculo, representando a Isis convirtiéndose en un halcón para ir en busca de su amor, sintió el cosquilleo del presentimiento, animal de una mirada fijándose en ella. Ella elevó sus ojos hacia la puerta, y miró hacia el joven que estaba de pie allí.

Su casco protector con una cobra de oro en su frente, brilló contra su cara, pero ella le reconoció de alguna manera. Ella había crecido con Ramose en el pueblo, pero no le había visto durante algún tiempo. Se había vuelto sorprendentemente bien parecido desde la última vez que habían hablado, y ella había oído que él se había convertido en el Capitán de la Guardia en las fuerzas armadas. La mosca de oro que colgaba de su cuello era una marca de valor en combate.

Nakht se puso de pie y alzó su mano hacia el arpista para que dejara de tocar. Tetisheri se detuvo también, retrocediendo junto al arpista, e inclino su cabeza. Nakht le hizo señas a Ramose para que se acercara, y él dio un paso adelante.

—Raamses II le da las gracias a Nakht por apoyar su campaña exitosa para suprimir la rebelión en Nubia y para recolectar fondos para la construcción del gran templo de Abu Simpel —dijo Ramose en un tono formal, y oficial—. En gratitud, él le envía este esclavo Nubio capturado en la reciente batalla.

Otro soldado egipcio arrastró a un hombre con piel de color ébano. Un vendaje ancho, salpicado en sangre, y blanco cruzaba su garganta. Sus manos estaban atadas con una cuerda y sus piernas estaban sujetadas con grilletes, pero aun así sus ojos resplandecieron provocadoramente.

Tetisheri clavó los ojos en el hombre, horrorizada y comenzó a gritar, gritando con un terror ciego. Él había venido a matarla. Ella estaba segura de eso. Temblando, ella agarró firmemente el arpa, haciéndola caer, mientras ella se estrellaba contra el suelo del patio.

Nerfi, la criada de toda la casa se acercó para atender a Tetisheri, secó la frente empapada en sudor de la cantante mientras yacía sobre el suelo, inconsciente pero respirando pesadamente.

Ella estaría bien. Nerfi cruzó el cuarto y se estudió en el pulido plato de metal en la pared. Con un rápido tirón, ajustó su brillante y roja peluca que llevaba puesta por encima de su cabeza afeitada. La cual era más interesante y atractiva que su propio cabello, el cual le habría gustado que fuera negro y liso, en lugar de eso, era un rojo desafilado con rizos en ángulos extraños. La peluca era altamente preferible. A ella le gustaba la coloración roja brillante, de cualquier manera. Le hacía sobresaltar.

Por encima de ellos había un mural de Isis quien resguardaba a su hijo recién nacido del dios Horus, su rival; escondiéndolo entre los carrizos del Nilo. Los ojos de Nerfi vagaron hasta el mural y suspiró. No era extraño que las personas fueran traidoras y poco fiables.

Incluso los dioses reñían, se asesinaban los unos a los otros, y tramaban sus venganzas. ¿Cómo podrían ser las personas diferentes?

¿Pero qué le había hecho ese esclavo Nubio a Tetisheri para que tuviera tal reacción? ¿Cómo era posible que ella le conociera? Nerfi había estado vertiendo cerveza en una gran jarra cuando la conmoción comenzó. Ella ni siquiera había notado al Nubio hasta que Tetisheri gritó.

Entonces la joven se movió y después se irguió para sentarse, mientras registraba el cuarto salvajemente.

—¿Dónde está él? ¿Se fue?

—Le llevaron fuera —Nerfi le reconfortó—. ¿Por qué estás tan asustada? ¿No has visto a un Nubio antes? Hay muchos de ellos en la policía estos días. Vienen del norte para buscar una mejor vida aquí en Luxor.

—No es que él sea un Nubio. Es él, el mismo. —Cerrando los ojos, Tetisheri se estremeció—. Él me aterroriza.

Renenutet entró en el cuarto y clavó severamente los ojos en Tetisheri.

—Bien. Ya estás despierta. Mi marido está disconforme con ese despliegue. Le has contrariado en gran medida. Quiere que te vayas de inmediato.

—Ella pensó que el esclavo era un espíritu eslavo, que ha venido desde el mundo de los muertos, enviado por el mismísimo dios, Anubis, —Nerfi salió a su defensa, improvisando la mejor historia que pudo pensar—. Todo el mundo se asusta.

Tetisheri abrió su boca para protestar pero Nerfi pellizcó su mano y ella la cerró otra vez, comprendiendo la pista.

—Esa no es razón para causar tal conmoción, —Renenutet le dijo a Tetisheri, obviamente creyendo la excusa de Nerfi—. El Libro de los muertos claramente nos dice que el bajo mundo es un lugar donde nuestras vidas son juzgadas y evaluadas a fin de que podemos comenzar de nuevo en otra vida. Por esto es que nuestras tumbas están tan bien preparadas, a fin de que podamos tener las cosas que necesitamos en nuestro viaje lleno de riesgos hacia nuestra siguiente vida. Tetisheri, usted no necesita temerle al bajo mundo.

—Pero aun así da miedo. Es una vida en otro mundo, ¿verdad? —Nerfi insistió.

—Si usted es encontrada digna irá directamente al siguiente mundo. Pero si no, volverás a este para adquirir más iluminación.

—¿Usted regreso del bajo mundo? —Nerfi inquirió, intrigada por eso.

—Usted ha renacido como un bebé en un nuevo cuerpo. La mayoría de las veces naces en el cuerpo de un miembro de tu familia. Por eso es que los bebés a veces se parecen a una abuela o a un abuelo o una tía o un tío difunto —explicó Renenutet con mucha seguridad.

—Será mejor alcanzar la iluminación aquí y ahora porque no quiero ser un bebé sucio de nuevo. ¡Ya he terminado con eso! —Nerfi se echó a reír.

Un criado entró en la habitación y se dirigió a Renenutet en voz baja. La mujer abrió la boca, las lágrimas brotaron de sus ojos. Rápidamente, se precipitó desde la habitación junto con el criado.

—Será mejor que vayamos a ver lo que ha pasado afuera —dijo Nerfi, corriendo detrás de ellos. Cuando estaba sola, Tetisheri se sentó en la cama mirando el mural de Isis y su hijo, el dios halcón Horus. De todos los dioses y diosas, Tetisheri siempre había amado más a Isis. Incluso cuando era niña había amado mirar las fotos de ella en las paredes y pilares, segura de que la bella diosa se preocupaba por ella, que tenía un lugar especial en su gran corazón. De alguna manera ella estaba segura de que Isis podía entender cómo se sentía. Ella era una madre, después de todo. Ella tendría piedad de Tetisheri.

Cerrando los ojos, ella habló en voz baja.

Que la Madre Isis, me ayude, porque estoy tan asustada. Estoy segura de que el esclavo quiere hacerme daño.

Estas palabras hicieron que su voz se aflojara.

Él me va a matar. Sé que lo hará.

No tenía sentido, pero ella lo sabía, era absolutamente cierto, tomaría su vida. Y no le importaba lo que Renenutet pensara o lo que los demás pensarán, no quería ir a otro mundo o a otra vida. Ella quería esta vida y no otra.

¿Esto me hace mala, Isis? ¿Está mal amar la vida que tienes? ¿Aferrarse a ella?

Se tumbó y cerró los ojos. A pesar de que no tenía intención de dormir, calló en un sueño. *El esclavo Nubio estaba con ella en un acantilado, en lo alto. Su mano se aferró por detrás, alrededor de su cuello. De repente, una esfera verde apareció en el cielo negro, girando entre ellos. Abruptamente la soltó, llegando a la esfera. Ambos querían la esfera verde desesperadamente. Se estiraban hasta que no podían ir más lejos, y luego se extendieron más. Ella se deslizó desde el acantilado. Él la agarró del brazo. Ambos, se desplomaron en un túnel, un túnel sin fondo, sin fin....*

Ella fue sacudida por Nerfi.

—Despierta, Nakht necesita hablar contigo de inmediato.

Taharaq estaba en la pequeña habitación en la que lo habían arrojado. Fue humillado por la forma en la que la cantante había reaccionado, mostrándose aterrorizada con sólo verlo. *¿Su piel negra era tan horrible para ella? Egipto estaba lleno de Nubios. ¿Esta joven mujer era de algún país extranjero tan alejado del norte que nunca había visto a uno de los suyos? Apretó el puño cerrándolo contra el pulso de su frente. Los fragmentos de luz rompían a través de la rendija de la ventana, astillando sus ojos. La única cosa que haría disminuir esta maldición era el sueño. Él lo sabía por las innumerables veces que lo había hecho antes, por lo que apoyó la cabeza contra la pared de arcilla fresca y dejó que el ensueño se llevase su dolor.*

Él estaba fuera. Las palmeras habían desaparecido. Plantas extrañas que nunca había visto antes, susurraban debajo de él. Desde el acantilado podía verlos mecerse. Era un mundo enorme, verde en todas partes. Su mano agarró algo grueso y espeso. Estaba tratando de estabilizarse, pero su pie desnudo continuó bajando por debajo de él. Había una chica con él. Su pelo grueso era lo único que él sostenía. Era la cantante de Nakht, aunque su pelo liso ahora era rebelde y anudado. Sus ojos estaban muy abiertos de terror. Ella estaba gritando. Quería consolarla.

“No voy a hacerte daño” Pero él no tenía las palabras. ¡No tenía las palabras! Así que la agarró con más fuerza. De repente, una esfera verde apareció en un cielo negro, girando entre ellos. ¡La esfera que los salvaría! Su magia era la respuesta. Trató de alcanzarla, no significaba que la dejaría ir a ella. Pero él se extendía demasiado lejos. Ella se zafó de

su mano, cayendo de inmediato. Le tomó un momento darse cuenta de que él también estaba cayendo, a toda velocidad por un túnel que parecía no tener fin...

Se despertó con un sobresalto. La cantante se sentó frente la habitación, mirándolo intensamente. *¿Por qué había soñado con ella? ¿Por qué estaba delante de él ahora?*

—Ramosé está en guardia afuera —advirtió de pie—. Si grito, el te matará. Me ha prometido eso.

El esclavo frunció el seño a Tetisheru pero no dijo nada.

—¿Podías hablar antes de lesionarte? —preguntó ella. Él asintió con la cabeza casi imperceptiblemente. Se miraron el uno al otro, sin expresión. Él le era extrañamente familiar a ella, pero eso fue, sin duda, porque había estado en su extraño sueño. Su reacción hacia él todavía era poderosa, pero se obligó a no dejar que la abrumara. Tenía demasiado en juego ahora. Sería valiente, como Isis.

—Nakht me ha dicho que está disgustado por mi reacción al verte —le dijo—. No quiero ser enviada a casa. Yo he rogado a Isis y ella ha tomado el terror de mi corazón. Espero que tú no tengas nada en mi contra en el futuro.

Él no reaccionó, ¿Acaso hablaba egipcio? Muchos Nubios lo hacían, pero ella no podía estar segura. Parecía, sin embargo, que su expresión se suavizaba un poco. Había dejado de fruncir el seño, por lo menos.

—Hoy, la dueña de la casa se ha enterado de que su padre ha muerto —prosiguió—. Ellos ya están preparando su momia. Mi padre es un fabricante de cerámica en el pueblo de al lado. Nakht está enviando a Nerfi conmigo para comprar cuatro vasos canopes¹ para él. Tienes que ir con nosotros para llevar nuestras provisiones. Ramosé nos acompañará. Le he dicho a él puesto que es de mi pueblo, y está siendo enviado como una recompensa por su servicio. Sin embargo, yo sospecho, que ha sido enviado para informar a Nakht de si usted y yo podemos llevarnos bien.

¹ Los órganos que se extraían durante la momificación eran el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos y eran depositados por separado en unos recipientes llamados vasos canopes.

Tetisheri oyó una frialdad en su voz que no había previsto. En lugar de tener su voz temblorosa, traicionada por el miedo, ella se mantuvo estable con un gran esfuerzo. No obstante, se podría decir que el tono resultante no era amable.

Él siguió mirando fijamente su rostro, sin revelar ninguna emoción.

—Vamos a mantener una distancia cordial el uno del otro ya que haremos el viaje juntos. Todo irá bien en ese caso —concluyó, dirigiéndose hacia la puerta.

Como había prometido, Ramose montaban guardia afuera.

—¿Todo bien? —comprobó.

—Él sólo se sentó allí, —confirmó ella.

—No le tengas miedo —le aseguró Ramose—. Tiene miedo de mí. Yo estaré para protegerte.

—Yo soñé con él —confesó—. Él me golpeó de un lugar alto.

—Los sueños no son más que fantasmas de la mente —dijo Ramose—. Te asustaste por él y tu mente inventó una historia terrible. Eso es todo.

—He oído que nuestros espíritus viajan en nuestros sueños —dijo. Gruñendo con desdén.

—Será bueno volver a casa. Tienen razón al comprar sus vasos canopes a tu padre. Su trabajo es el mejor.

Tetisheri siempre había amado los frascos cuando era joven. Cuatro frascos, cada uno con una tapa diferente, que representan los cuatro hijos de Horus: Hapy el babuino, Qebhsenuf el dios halcón, Duamutef el chacal, y Imsety el ser humano. Entonces ella había descubierto su propósito. Cada uno tenía un órgano diferente tomado del cuerpo momificado: los pulmones, los intestinos, el estómago y el hígado. Estaban enterrados junto a la momia de su propietario. A partir de entonces nunca pudo separar los tarros de su función, y perdió su amor por las tapas de fantasía.

Su padre a menudo le reprendió por su aversión a todo lo relacionado con la muerte.

—Es un cambio muy similar a las arenas movedizas del desierto —trató de convencerla—. Tu ka, tu espíritu doble, estará después de la muerte. Es posible que se necesiten cambiar algunas cosas en esta vida. Es por eso que debemos hacerlo.

Pero ella no tendría nada que ver con eso. Ella amaba esta tierra, el sol en la cara, la llamada de los pájaros, el olor de los aceites y las lámparas encendidas. Ella era demasiado de este mundo para alguna vez querer dejarlo.

—Mi padre es el mejor alfarero, —ella estuvo de acuerdo, sacudiendo los pensamientos de muerte.

Ramose se acercó más a ella.

—Me gustaría pasar un buen tiempo contigo de nuevo en nuestro pueblo como lo hacíamos cuando éramos niños.

Ella estaba de repente incomoda y se giró para irse, pero él se aferró a su muñeca.

—En aquel entonces nos gustábamos, ¿no? —dijo.

Sabía que significaba algo más que una mera afición infantil. Era cierto. Siempre había habido algo tácito entre ellos.

—Pero te fuiste y te uniste al ejército —le recordó.

—Es extraño —dijo— en aquel momento siempre tuve la sensación de que desaparecerías y no volverías nunca, dejándome preguntando qué había sucedido. Era una creencia fuerte, sin embargo, se basaba en nada.

—¿Así que dejó todo en su lugar? —adivinó.

—Sí. Me fui antes de que pudieras dejarme. Pero soy mayor ahora y ya no creo en tales premoniciones tontas. Y ahora nos hemos encontrado de nuevo.

Estudió su rostro. Era guapo y fuerte. ¿Qué era lo que le había preocupado de él antes? No lo podía recordar. ¿Había pensado que era demasiado duro,

demasiado frío? Nada de eso era evidente ahora. Cuando era niña, había estado casi aliviada cuando se había ido al ejército, pero ahora estaba de regreso y se interesaba en ella de nuevo.

Tetisheri sostuvo su mirada unos minutos más antes de soltar la muñeca de su agarre.

—Vamos a conocernos otra vez en nuestro viaje, y tal vez el pasado volverá a despertar —dijo.

El sol quemó los hombros del Nerfi cuando el grupo hacia su camino a través de la arena del desierto en el viaje de regreso a casa solariega de Nakht. La piel de ébano del esclavo a su lado brillaba por el sudor mientras se esforzaba por jalar el trineo cargado con suministros. En su gran cesta, llevaba los cuatro vasos canopes que habían comprado al padre de Tetisheri. Ellos estarían en casa antes de que Amu-Ra dejara el cielo.

Un poco más adelante, Tetisheri y Ramose caminaba, hablando juntos. Nerfi levantó una gran jarra de agua del trineo del esclavo y se apresuró adelante con ella.

—He traído el agua para usted —le ofreció a Ramose.

Ramose deshizo el frasco que estaba atado a su cinturón de la espada y Nerfi echó agua en el. Luego se volvió hacia Tetisheri y tropezó. La jarra llena de agua pesada se estrelló en el pie de Tetisheri. Se agrietó por la mitad, haciendo un charco en la arena. Gritando de dolor, Tetisheri tambaleaba hacia atrás, justo antes de derrumbarse en el suelo.

Nerfi se lanzó a la arena al lado Tetisheri.

—Es el calor —exclamó—. Me siento invadida. No me castigue a mí.

Ramose frunció el ceño.

—Levántate, tonta. Te mereces ser azotada por un descuido como tal.

—Déjala —advirtió Tetisheri—. Necesito su ayuda.

Ramose vendó el pie de Tetisheri, que creció hinchado casi al instante. Lo ataron con ropa de cama de la bolsa de abastecimiento del ejército. Luego hizo a un lado los suministros del trineo y le hizo una cama, mandando a los esclavos a cargarla el resto del camino a casa.

El peso adicional de Tetisheri ralentizó la caminata y pronto sintió que quedó varios kilómetros detrás de Ramose y Nerfi. El sol estaba cada vez más bajo en el cielo.

—No queremos estar varados aquí por la noche —dijo Nerfi a Ramose—. Tal vez deberíamos darnos prisa y llegar primero para decirles a los sirvientes que ayuden a los esclavos.

—Tiene razón —asintió Tetisheri cuando el carro los había alcanzado a ellos—. Dejen el esclavo conmigo. Vamos a estar bien hasta que vuelvan, Nakht se impresionara cuando vea que nos hemos quedado juntos, sin incidentes.

Ramose le dio la espalda y miró al esclavo.

—Ni siquiera la mires —gritó—. Si oigo que haces cualquier cosa que la preocupe, cogeré tus intestinos y los lanzaré a la arena del desierto para que los chacales los devoren. A nadie le importas. Sostén este trineo. No descanses ni un solo momento.

El trineo se echaba hacia delante y luego se detuvo. Tetisheri volvió a su lado y se esforzó por ver lo que había sucedido. Las manos del esclavo estaban sangrando, y la sangre corría por la cuerda. Él estaba de rodillas, agarrándose la cabeza.

¿Cuánto había viajado Ramose y Nerfi? Eran manchas en la distancia. Bueno. Este esclavo no necesitaba la furia de Ramose sobre sus hombros. ¿Cuánto dolor puede soportar un ser humano?

Su miedo por el esclavo desapareció cuando se fue cojeando hacia el frente del trineo. En esta condición, él era una amenaza menor.

—¿Estás enfermo? —preguntó ella.

Él apretó sus manos en su frente, los ojos cerrados fuertemente. Ella tomó ropa húmeda de la bolsa que Ramose había dejado atrás, y luego la apretó contra su frente. Sus manos trabajaban rápidamente, ella lo desató del trineo. Cuando estaba libre, él comenzó a dibujar el jeroglífico egipcio para dormir en la arena.

Nada más que el sueño para que termine la agonía de su cabeza golpeando.

Tetisheri reconoció el símbolo.

—Sí, el sueño es necesario —estuvo de acuerdo.

Fue atrás al trineo. Tambaleándose en la espalda, hizo un ovillo y se durmió.

Tetisheri se sentó en la arena, con la espalda apoyada en los paquetes del trineo. Amun-Ra se disponía a partir, el cielo era de color naranjado hilado, justo debajo, tomando el peor lugar de de los extremos de calor del suelo para su descenso.

Cuando ella trató de girar el tobillo, el dolor tiró de ella, punzante como un cuchillo. Era más que agonía física, provocó que las lágrimas saltaran de sus ojos: ¿Cómo iba a bailar con un pie roto? Nakht y Renenutet seguramente la enviarían a su casa.

El viaje de regreso a su aldea había sido desconcertante. Ramose había regresado como un héroe. Tetisheri había sido recibida como una especie de figura real también. Todo el mundo asumía que ella se casaría con Ramose, incluso sus padres, que estaban encantados ante la perspectiva. De alguna manera parecía inevitable.

Un sonido de un maullido vino de la canasta cubierta puesta en medio de los paquetes a sus espaldas. Estirándose, ella lo cogió y metió la mano para comprobar el pequeño y negro-naranja gatito silvestre, que había encontrado durante la visita a casa.

Los habitantes del pueblo seducían a los gatos callejeros con restos de comida por lo que iban a sus patios a comerse los roedores que diezmaban sus almacenes de grano. Este pequeño había estado vagando en el patio de sus padres sin su madre a la vista.

Renenutet mantenía estatuas de Bast, la diosa gato con cabeza de felino y cuerpo de mujer, por toda la casa. Líber, era la hija de Osiris e Isis, la hermana gemela de Horus. Era el guardián de su sagrado Ojo. Ella era también la madre del dios león, Mihos. Seguramente Renenutet era un amante de los gatos y no se opondría si Tetisheru llevaba esa mascota al hogar.

El gatito jugaba con las garras en su mano, pellizcándola.

—Eres un bebé juguetón —dijo—. Cálmate. Vamos a estar en casa pronto.

Lo tomó en su regazo y acarició su suave piel hasta que ronroneó.

En poco más de quince minutos, el esclavo estaba de vuelta. Se inclinó y comenzó a atarse a sí mismo al trineo.

—¿Está tu cabeza mejor? —preguntó ella mientras devolvía el gatito a la cesta.

Al tocarle la frente, él asintió con la cabeza. Sus ojos estaban brillantes, frescos. Se detuvo y miró su oscura y desierta cara, y lo vio como si fuera la primera vez. Su rostro no era la idea de belleza clásica, no como Ramose con sus ojos almendrados y su larga y recta nariz, pero ella vio algo en él que la atrajo.

—Siéntate conmigo un momento más —le suplicó.

Mientras él se sentó provisionalmente a su lado, ella dibujó en la arena el jeroglífico de la paz.

Era raro que alguien que no fuera un sacerdote, sacerdotisa o regalías, fuera capaz de leer y escribir, pero había aprendido un poco de su padre mientras trabajaba en su taller. A veces tenía que inscribir en una urna, jarra, vaso o tarro de canope.

Él asintió con la cabeza y respondió con dos jeroglíficos: *No hay daño*.

Ella sonrió un poco y él respondió con una sonrisa igual de ligera.

Cómo deseaba que pudiera hablar. Quería desesperadamente hablar con él en ese momento porque ella sentía ahora la necesidad de visitar el conjunto de enlaces que conectaban la información que ya poseía. Él era un soldado capturado. Podía escribir en jeroglíficos egipcios. Tenía una enfermedad de

dolor de cabeza. Y ella había soñado con él, soñaba con él tan profundamente que era como si hubiera bebido su espíritu.

¿Era este el Ka del que su padre había hablado? ¿Tenían sus espíritus Ka reuniones a la hora del sueño, cada uno aferrado a la joya verde misteriosa?

¿Por eso la sensación de conocerlo era tan fuerte? ¿Era por eso que le había temido a primera vista? ¿Era el temor justificado? ¿Un presagio? ¿Estaban destinados a caer juntos en un túnel sin fin? En ese instante, ella vio del ojo de nuevo en su mente. Un escalofrío de miedo le recorrió la espina dorsal e hizo a sus hombros temblar.

En un impulso, dibujó dos figuras de palo en la arena. Ella representaba la caída por un precipicio. Se refirió a ella y a él. Él la miró fijamente, con el rostro lleno de asombro. Después asintió con la cabeza vigorosamente. Señaló el jeroglífico de dormir y la miró con una expresión inquisitiva.

¡Sí! ¡Sí! Él asintió con la cabeza y comenzó a dibujar. Formó los dibujos e hizo los sonidos para el sueño.

¡Él lo sabía!

Se habían conocido en sueños. Ella estaba segura de ello ahora. Lo había experimentado también.

Él dibujó un círculo entre las dos figuras de palo que había dibujado.

—¿Amón-Ra? —preguntó ella sabiendo que era el signo del sol.

Sacudiendo la cabeza, comenzó a escribir, solemnes personas educadas utilizaban, cuando no la escritura, el jeroglífico formal. Ella fue capaz de leer, otra vez, porque su padre le había enseñado a escribir las cuentas básicas de las ventas.

Él escribió: *El orbe verde.*

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Sí! ¡Los dos queríamos la joya verde girando!

Emocionados con la creciente comprensión, se habían acercado el uno al otro, casi tocando nariz con nariz.

Pero entonces ellos se alejaron con cautela.

Algo sobre el orbe verde los había asustado.

Tetisheri no sabía dónde mirar. Ya no podía mirarlo a los ojos.

Desvió la mirada, inquieta.

—¿Estas lo suficientemente bien como para tirar del trineo ahora? —preguntó ella poniéndose en pie, con la antigua rigidez de vuelta a su voz—. Ramose se enfadará si regresa y ve que no se ha movido.

Aún sin levantar los ojos, el esclavo, se levantó.

Tetisheri cojeó hasta el trineo, instalándose de nuevo en él. Los latidos en su pie se reanudaron, lucia blanco.

En silencio, el esclavo, se ató a sí mismo con la cuerda al trineo de asas y empezó a arrastrar la carga a través de la arena.

Ramose esperó y vio desde el borde del patio como Tetisheri terminaba su canción. Nakht tenía otros trece nobles como invitados esa noche. Ellos asintieron con aprecio. En las semanas que había estado en la casa, su hermosa voz se había vuelto más fuerte a la vez que su confianza aumentaba.

Se alegró de ver que él estaba, por el momento, fuera de Luxor. Se hizo fácil venir a visitarla. Nakht apreció los servicios que él había realizado y le dio la bienvenida.

Cuando terminó, ella se inclinó y salió cojeando del patio. Su pie estaba un poco mejor, pero no podía poner todo su peso sobre él. Ramose le había traído un bastón grabado con jeroglíficos de oro. Ella puso su mano en el brazo y la guió a un banco en el jardín.

—Su voz se hace cada día más bella —felicité él. Ella le dio las gracias y él se acercó—. Voy a tener que volver a Nubia pronto —le dijo—. Todavía hay focos

de rebeldes allí. Antes de irme, quiero pedirte que seas mi esposa cuando regrese.

Ella no sonrió de alegría como él había esperado.

—¿Por qué no decidimos esto después de tu regreso? —sugirió.

Sus evasivas le enfurecieron y se puso de pie con el ceño fruncido.

—Porque quiero conocer tus sentimientos en este momento —insistió. Sacó una bolsa del cinturón de su espada y se la presentó a ella—. Te he traído esto como una muestra de mi compromiso contigo.

Abrió la bolsa en su mano. Se trataba de un Ojo de Horus colgando de un cordón de oro. Dentro de los ojos color turquesa se establecía una esmeralda verde brillante multifacética.

—La joya es de las minas de esmeralda del sur —le dijo él.

Por la forma en la que admiraba el colgante, podía ver lo mucho que lo amaba.

—Ramose, es demasiado hermoso —murmuró claramente impresionada con el regalo.

—Es lo que más se adapta a ti.

Ella sonrió con cariño hacia la pieza de joyería verde. Pero ¿era su sonrisa por él o por su regalo?

Algo había ocurrido cuando Taharaq estaba alimentando a los gansos. Le habían dicho que enjaulara uno para la cena, y cuando lo había cogido alrededor del cuello, el ganso enfurecido, mordió su mano duramente.

Una maldición Nubiana voló de su boca mientras echaba la mano hacia atrás.

Sonido.

La herida en la garganta se había curado.

Comprobando que no hubiera testigos, pronunció una frase en su lengua materna. Su voz era un poco raspante, pero era su voz.

Cerró los ojos hasta que las lágrimas de alivio cayeron. Este mutismo le había humillado. Ahora con una voz, él había adquirido un arma secreta y decidió mantenerla en secreto. Era mejor ser tomado por un mudo entre esta gente ruda. Sintióse recientemente poderoso, agarró a la gallina por detrás.

—Lo siento —le susurró deslizando un bozal de cable por encima de su pico—. Pero los dos somos esclavos y yo no tengo otra opción.

Taharaq decapitó la gallina y se la llevó a la cocina, donde se dio cuenta que Nerfi holgazaneaba cerca de la tabla de picar, observando la cena sobre el mantel ausentemente. Había algo en ella de lo que no se fiaba. Tal vez era la peluca roja extraña, pero sospechaba que era más por los ojos como dardos negros que lo ponían en guardia cada vez que estaba cerca.

—He estado esperando aquí para preguntarte algo —dijo en tono sensual, insinuantemente.

Miró al viejo ciego Seth que estaba sentado junto al horno grande, golpeando una masa, redondeándola. Ella asintió con la cabeza para seguir a Taharaq varios metros más lejos de él.

—¿Quieres ir a casa? —preguntó en voz baja.

Su expresión al instante registró interés por lo que podría proponer, y se acercó aún más a él.

—He conocido a un barquero que contrabandea esclavos de nuevo por el Nilo. Te costará. ¿Qué tienes para ofrecer?

Taharaq negó con la cabeza.

—Ya pensaba que no —continuó Nerfi—. Esta casa está llena de cosas valiosas. Mira lo que puedes robar y entonces señálame. Lo venderé por ti y compraré tu pasaje a casa.

—Podría ir contigo —dijo frotándose contra él—. Podríamos ser libres y tenerme a tu lado.

Él vio lo que estaba haciendo. Ella quería arriesgarlo a robar algo de valor suficiente como para comprar el paso a Nubia. Si lo atrapaban, sería sus manos las que cortarían, no las de ella. Una vez estuvieran allí, sin duda, desertaría de él por un pretendiente más próspero.

Yo no soy un ladrón, pensó con desprecio, ni su encanto superficial podría tentarme.

Tomó toda su disciplina para guardar silencio.

Nerfi leyó su expresión, sin embargo.

—O tal vez, prefieres ser un esclavo para siempre —le sugirió sedosamente—. Es tu decisión.

Tetisheri cojeó a la cocina, con ayuda de su bastón. Los ojos de Nerfi se lanzaron a la hermosa joya de color verde, el Ojo de Horus, que llevaba en una cuerda de oro alrededor de su cuello y luego de vuelta a Taharaq.

Él miró hacia otro lado.

—Aquí estas, Nerfi —dijo Tetisheri gratamente.

—Renenutet pide que le lleves agua a Nakht que está en el estudio con sus cuentas, ¿Cómo te sientes? —preguntó Tetisheri.

Taharaq asintió con la cabeza. No había tenido uno de sus dolores de cabeza desde su viaje por el desierto. Hizo un gesto hacia su pie.

—Se está poniendo cada día mejor. Pronto no será necesario este bastón. —Respondió a la pregunta silenciosa—. No sé lo que los jeroglíficos significan. Soy capaz de leer un poco, pero no lo suficiente como para decir lo que dice.

Hizo un gesto para que ella se lo diera. Apoyada en la mesa cerca del picador, se lo entregó. Una mirada rápida era lo único que requería para descifrarlo. Era una historia sobre la construcción de las pirámides de Giza hacia más de mil años, y cómo los sumos sacerdotes habían estudiado el cielo nocturno, dispusieron las tres pirámides de tal forma que se alinearan con ciertas estrellas.

Era una historia que siempre le había fascinado. Se preguntó por qué lo hacía. ¿Era una especie de guía de aterrizaje para los dioses que descendieron a

visitarlos en algún momento en el pasado? Era un misterio perdido en la antigüedad, pero que la gente todavía meditaba.

¿Cómo podía el silencio trasmitirle eso a ella?

Miró el paradero de Nerfi y la encontró cerca de la puerta con su cántaro, a la espera de captar su mirada. Al ver que la tenía, hizo un gesto pequeño, pero significativo hacía el pendiente de Tetisheri, y luego partió.

Cuando él y Tetisheri estaban finalmente libres de Nerfi, su mente corría preguntándose si podría compartir su secreto sobre su nueva habla con ella. Él todavía no había tomado una decisión, cuando su boca se abrió y las palabras salieron.

—Se dice de las pirámides —dijo con una mirada rápida a Seth, comprobando que el viejo no lo hubiese oído hablar.

Con la boca abierta, Tetisheri lo miró fijamente.

Se dio cuenta de que había hablado en su propio idioma. Ella no tenía ni idea de lo que le había dicho, sólo que había hablado. Su asombro le hizo sonreír.

—Ha regresado hoy —explicó en voz baja, esta vez hablando en egipcio.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Estas curado.

Él asintió con la cabeza.

—Mucho mejor en estos días. Sí.

Ellos estaban juntos y se sentían como si estuvieran envueltos en una red invisible, como si la fuerza de la vida Ka, que rodeaba a cada persona, hubiera formado un Ka que los contenía ahora a ambos.

Ella lo sintió también. Su rostro era inconfundiblemente suave mientras la miraba a los ojos, en busca de alguna parte oculta. Cuando ella lo buscaba, él reveló ansiedad, sólo tan fuerte como su cuerpo que ansiaba el contacto de su piel dorada.

—Tengo muchos deseos de hablar contigo —dijo ella en voz baja—. Eres tan diferente a mí, vienes de muy lejos. Quiero saber todo de ti.

Juntos caminaron hacia el jardín.

Tetisherri apreció mucho el tiempo que pasó con Taharaq en el jardín. Las mañanas eran especialmente buenas para hablar juntos, porque ella no actuaba hasta la noche.

Ella se levantaba temprano sólo para pasar tiempo con él, mientras atendía a los gansos. Tuvo cuidado con mantener la espalda hacia la ventana de la cocina mientras hablaba con ella, cuidando siempre estar haciendo alguna tarea. Por su parte, ella trabajó en la seda en la que colgaban las grullas que se mostraban en el velo. Le dio la excusa... según ella, le gustaba sentarse al aire libre para trabajar. Despeja tu cabeza, se dijo a sí misma.

Con estas preocupaciones, pasaban juntos unas horas agradables todos los días. Con Ramose ausente en la guerra, pensó poco en él y se encontró con que, cada vez que sus pensamientos no estaban ocupados en ninguna tarea, Taharaq aparecía en su mente.

Tetisherri estaba sorprendida por las cosas que Taharaq podía decirle. Nunca se había dado cuenta de que la cultura de Nubia era tan rica. Ellos habían construido pirámides antes que Egipto y había muchos más de ellos. Fueron los egipcios, los que había aprendido de los Nubios.

—Llamamos a nuestro pueblo Te-Seti —le dijo él, usando una frase de Nubia. Estaba de espaldas a la ventana de la cocina y pequeñas palmeras estaban plantadas en fila de la pared del fondo—. Que significa la tierra del arco, ya que nuestro pueblo se siente orgulloso de sus habitantes como arqueros.

—¿Y cómo aprendiste a escribir tan bien? —murmuró ella, mirando atentamente su tapiz, pretendiendo estar concentrada en el bordado.

Él explicó que su padre había sido un escribano en el palacio real. Él fue entrenando a su hijo para hacer lo mismo. Taharaq creyó que el lenguaje era la destreza más importante que una persona puede poseer y tuvo que trabajar duro para aprender. Pero esto había sido interrumpido cuando se unió a los rebeldes.

—Nakht puede usar un escriba —le dijo ella impulsivamente, dejando sus trabajos manuales, excitada ante la posibilidad—. No sería algo tan magnífico como un escribano real, pero Nakht es un hombre rico y poderoso. Escribe algo y yo se lo mostraré.

Él asintió, aún cuando le dio la espalda a ella.

La vida de un escriba puede ser infinitamente mejor para él que la vida de esclavo. Ella nunca podría pensar en casarse con un esclavo... pero un escriba...

Un día, ella notó que sus ojos estaban rojos, irritados. Cuando ella le preguntó acerca de eso, él le contó que habían estado así últimamente. Tetisheri tomó una lata de kohl verde para ojos de una pequeña bolsa en su cintura.

—Déjeme bordear tus ojos con esto —ella ofreció—. Esto es la moda, pero tiene un uso. Contiene cobre molido, que protege contra la irritación de los ojos.

—¿Es apropiado para un esclavo usarlo? —él preguntó mientras le daba de comer a los gansos en su corral.

Ella gruñó desdeñosamente.

—¿Y eso que importa? A demás, tú no eres un esclavo de nacimiento y no serás un esclavo por mucho tiempo. Esto te hará ver más como egipcio. Le diré a Nakht esta noche acerca de tu capacidad y habilidad como escriba. Dentro de poco comenzarás una nueva vida fuera de la esclavitud.

Ramose estaba furioso mientras los observaba por la ventana de la cocina. El ciego Seth le había dicho que esto estaba sucediendo, que había estado ocurriendo desde que estuvo lejos en Nubia. El ciego Seth no puede ver, pero sus otros sentidos están más desarrollados por su carencia.

El ciego Seth lo odiaba. Él no reveló ningún secreto sobre eso hasta que Ramose lo hubo amenazado por usar sus influencias con Nakht para que lo echaran de la casa por inútil. Una vez que Seth estuvo bien y le tuvo miedo, él comenzó a utilizarlo. El viejo hombre podía ser un raro espía pero era muy efectivo.

Ellos estaban sentados exactamente donde el dijo que estarían.

Aún así, lo hubiese sabido por el mismo, incluso si Seth no lo hubiera informado.

¡La canción que ella había cantado la noche anterior... era una canción de Nubia! Él mismo la había escuchado en un festival mientras estuvo allí. ¿Dónde más podría haberla aprendido, sino es del esclavo? Y si él le había enseñado a ella una canción, ¿eso significa que él podía hablar!

La noche anterior él estuvo muy furioso como para quedarse, así que ella no sabía aún que él había regresado.

Pero ahora él estaba aquí para solucionar esto... y acabar con ello.

Una oscuridad de los celos descendió como una nube de langostas mientras él la observaba aplicar delineador en los ojos del esclavo. ¡Él se sentó directamente junto a ella en el banco! Con cuanto cuidado, y suavidad ella trabajaba.

¿Por qué ella le tocaba de esa manera?

Ramose recordó una vez que él intentó tomarla entre sus brazos. Ella se puso tiesa y giró la cabeza lejos cuando él intentó besarla. ¡Su excusa fue que estaba cansada!

¡Pero ahora ella estaba prácticamente derritiéndose dentro de los brazos del esclavo! ¿Qué encontró ella tan encantador acerca de un esclavo?

Mirando hacia arriba, Tetisheri lo vió y saltó lejos de Taharaq, enviando su lata de kohl a girar en el suelo. Ella se levantó, una desesperada expresión borró la sonrisa que ella había estado compartiendo. Con una rápida palabra el esclavo se apresuró hacia la cocina.

—¿Es apropiado para la familia fraternizar con un esclavo? —Él atacó en el momento que ella entró a la puerta de la cocina—. Ya es bastante malo que se asocie con la criada. ¿No tiene ningún respeto por su posición en esta familia, o por la mía? ¿Es su intención hacerme objeto de burla?

—Ramose, no te enfades —comenzó ella—. Pero nosotros tenemos que hablar.

—No hay palabras para perdonar esto —él insistió con ira—. No pasarás nunca más tiempo con él.

—Yo hablaré con quién se me dé la gana —afirmó ella.

Él agarró su brazo superior violentamente, sin preocuparse de si le hacía daño. No toleraba la insubordinación entre sus hombres del ejército y no lo toleraría de una mujer.

—Él será enviado a la cantera hoy mismo y no lo volverás a ver alguna otra vez.

—Nakht no lo permitirá —gritó ella.

—Voy a proveerle a Nakht dos nuevos esclavos, vigorosos de Nubia. El no me detendrá.

—No —ella gritó—. ¡No lo dejaré!

Tirando de ella cerca de su cara, él le habló en un gruñido amenazador. —Has tomado mis regalos y eso implica tu consentimiento para ser mi esposa. No seré puesto en ridículo, ¿me escuchaste?

Tetisheri intentó zafarse de él, pero su agarré era demasiado firme.

—Me está haciendo daño —gritó ella, tratando de alejarlo.

De a poco ella se fue liberando de él. Ramose le agarró la cadena que sostenía el pendiente alrededor de su cuello. La cadena de oro se rompió e hizo ruido en el suelo.

Tetisheri salió corriendo de la cocina entonces él no vio, al principio, que el esclavo había entrado por la puerta principal.

Y cuando se giró, sostuvo la mirada del hombre sólo por unos breves segundos antes de que su puño de piedra le quebrara la mandíbula.

Taharaq no estaba seguro de si Ramose estaba muerto o simplemente se había desmayado. Él estaba seguro, sin embargo, que si ellos lo cogían ahora su propia muerte estaba asegurada.

Eso fue imprudente, un acto estúpido. Él actuó impulsivamente cuando oyó a Tetisheri gritar. Pero, apartando la vista de Ramose, él sintió como si eso hubiese sido un acto inevitable, y estuvo profundamente satisfecho.

Él sabía que su satisfacción iba a durar poco si era capturado.

La cocina estaba vacía, pero en un minuto alguien tenía que entrar. Sus ojos se encendieron al ver el pendiente del Ojo de Horus relucir en el suelo. Con la pala en sus manos, se lanzó de nuevo al jardín.

Con cuidado cerró la casa, se movió rápidamente alrededor de la parte trasera. No fue difícil escalar a la parte superior de la muralla del jardín.

Él podría hacer su camino en Luxor y encontrar al barquero del que Nerfi le había hablado. Tenía el pago pendiente. Pero Nerfi le había dicho que sería casi imposible preguntar acerca de él sin llamar la atención, y ellos comenzarían a buscarlo. Tenía que encontrar a Nerfi de alguna manera.

Ella tenía que ayudarlo a encontrar al barquero.

Agachado en lo alto de la muralla de piedra, se esforzó por mirar hacia afuera a la carretera que bordeaba el frente de la casa. Un comerciante caminó trabajosamente al lado de dos camellos cargados de paquetes, probablemente camino a Luxor.

Ese era el camino; si se quedaba fuera de la carretera, podría seguirlo hasta la ciudad.

Se dejó caer al suelo del otro lado, aplastándose contra la pared exterior de la casa.

La habitación de Tetisheri no estaba lejos. Si él tenía suerte, ella podría estar allí. Podría mandar a llamar a Nerfi por él.

¿Tetisheri iría con él?

No, eso sería demasiado peligroso.

El no podía preguntarle eso a ella. Él podría volver por ella. Le diría que esperara por él. Antes se convertiría en un escriba como su padre. Volvería como un hombre con quién ella podría estar orgullosa de casarse.

Amun-Ra chamuscó el cielo desde el punto más alto.

—Gran Amun-Ra —él rezó— guárdame vivo en el corazón de Tetisheri. Permíteme regresar a ella más rápido en las alas del tiempo.

Desde la cocina, una mujer gritó.

Ramose había sido descubierto.

La noticia sobre la huida de Taharaq llegó a Tetisheri mientras se sentaba en su habitación acariciando a su cachorro. Nerfi corrió a contarle que él había roto la mandíbula de la cual estaba tan orgulloso Ramose, pero que Ramose ya estaba de nuevo en pie y sobre la caza.

—Él está loco de ira —le contó Nerfi a Tetisheri en un torrente de palabras frenéticas—. Su rostro está hinchado y en carne viva y no parece sentir dolor aún. Él está fuera de sí.

Él miedo se apoderó de Tetisheri, apretando alrededor de su cuello, cortándole la respiración. Dejando a un lado al cachorro, se levantó y puso su mano sobre el mural de Isis para apoyarse.

—Ayúdame, Madre, ¿Qué debería hacer yo? —ella imploró.

Su pendiente verde del Ojo de Horus de repente fue lanzado sobre el alfeizar de su ventana abierta.

Sus ojos revolotearon a la imagen de Isis y luego a Taharaq, que había escalado a su ventana, con el pendiente de nuevo en sus manos.

Tetisheri no comprendía. ¿Qué estaba haciendo él ahí?

De repente él gritó, un aullido angustiante de dolor. Entonces cayó a plomo al suelo, una espada estaba sumergida en su pecho.

Ella reconoció la ornamentación del puño de la espada instantáneamente.

Dando vueltas alrededor, Tetisheri se enfrentó a Ramose. Él era aterrador con su furia, sus ojos ardían como locos, su mejilla derecha estaba aumentada dos

veces su tamaño. Su pecho estaba levantado por el esfuerzo de lanzar su espada con tanta fuerza, el cual claramente había traspasado a Taharaq.

—Tú será ahorcada —gruñó a Nerfi—. El contrabando de esclavo es una pena alta.

—Yo no fui —protestó Nerfi, temblando.

—El Ciego Seth te oyó decirle que iba a robar el pendiente como pago. Él sólo vino aquí ahora para dártelo. Tú lo viste por ti misma.

Ramose husmeó el colgante en los dedos de Taharaq y encaró a Tetisheri.

—Él me atacó después de que me dejaras en la cocina.

Con un rápido movimiento de sus dedos, puso el Ojo de Horus a girar en la cadena. Un fragmento de luz del sol dirigió las luces de la esmeralda multifacética alrededor de las paredes.

Ramose agarró a Nerfi bajo su axila, alzándola sobre los dedos de sus pies, y la arrastró, con su rostro pálido de miedo, hasta la puerta, tirando de ella hacía dos de sus hombres.

—Enciérrenla en su habitación. Me ocuparé de ella más tarde.

El kohl que delineaba los ojos de Tetisheri corrió en dos ríos negros por su cara, con una mano, él la giró y la empujó contra la pared trasera.

—Estos dos esclavos desaparecerán y nos olvidaremos de que esto alguna vez se interpuso entre nosotros —murmuró con voz ronca.

—¡Nunca me casaré contigo! ¡Voy a ir al templo de Isis y me convertiré en sacerdotisa de allí!

—Te veré muerta antes de que eso suceda —replicó Ramose mientras se marchaba.

Tetisheri se dejó deslizar lentamente hasta sentarse al lado de Taharaq. ¿Cómo podía haber amado a este hombre? Él le había robado. La había dejado con la intención de abandonarla con Ramose.

Y ella le había creído, se había convencido más allá de la duda, de que él la amaba.

Ella se había equivocado tanto acerca de él.

Y, a pesar de todo, ella lo amaba todavía.

Tetisheri se abrazó a sí misma y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás. Un tarareo vino de un lugar adentro que ella no sabía que existía, y aún le resultaba extrañamente familiar. Él tarareo se elevó despacio, hasta que se transformo en sí mismo en un gemino angustiado.



Entonces

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Melo

El grito de dolor llena la sala. Mi amada está tan angustiada que no se da cuenta de que tengo mis brazos alrededor de ella. No llores tanto, querido amor, estoy a tu lado.

Le acaricio el hermoso pelo negro pero el grito agraviado fluyendo de sus labios no menguará.

¿Qué puede ser la causa de tanto dolor?

Mis ojos se posan en el cuerpo de un hombre. Mi hermano, Aken, ¿ha sido asesinado!

Alarmado, dejo a mi querida sollozando y voy a su lado.

Los soldados vienen a levantar a Aken.

Tetisheri se arroja sobre su cuerpo, gritándoles que no se lo lleven, empapando su pecho manchado de sangre con sus lágrimas.

No entiendo.

¿Ella ama a Aken?

Yo ni siquiera sabía que ella lo conocía. Pero debe haberlo conocido. ¿Por qué de que otro modo él habría estado aquí en su habitación? Tal vez había escapado de la cantera y venido a liberarme y sido capturado.

Tetisheri, ¿qué ha sucedido aquí?

Ella no da ninguna señal de haberme escuchado.

Respóndeme, mi amor.

Ella ya no puede frenar a los soldados y ellos se llevan a Aken de la habitación. Los sigo, necesitando asegurarme que preparen su cuerpo correctamente para

FORO PURPLE ROSE

la otra vida, a pesar de que lo desprecian en calidad de esclavo. Siguiéndolos a través de la casa, permanezco cerca mientras caminan a las orillas del Nilo con el cuerpo de Aken envuelto entre ellos.

Me duele el corazón al pensar en mi hermano menor, yaciendo muerto, con su mano sin vida arrastrándose en la tierra.

Me sobrecoge el horror cuando me doy cuenta de lo que está a punto de suceder. No habrá ningún tipo de preparación para su cuerpo.

Sin siquiera una oración a Osiris, su cuerpo es arrojado al Nilo. Los soldados vuelven sobre sus pasos sin una segunda mirada, pero yo me quedo ahí en la orilla del río viendo como él flota de vuelta a la superficie, boca abajo. Una pequeña ola creada por una barcaza que pasa lo vuelca.

Veo su rostro.

E inmediatamente reconozco la verdad que mi corazón había estado negando.

No es Aken quien ha muerto. Soy yo el que estoy muerto.

Un cocodrilo aparece en el agua, deslizándose hacia el cuerpo, y me doy la vuelta, incapaz de mirar.

Así que estoy varado allí, sin preparación para ir al Otro Mundo, al que los que tienen más medios tienen exhaustivamente planeado ir.

Descubro que mi movimiento en el mundo es rápido, requiriendo poco más de lo que pensaba. En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a Nubia una vez más para acariciar el pelo grueso y negro de mi madre, para besar su frente amada. Sus dos hijos se han ido y ella está perpetuamente triste. Mi difunto padre ha dejado algunos objetos de valor enterrados debajo de la casa. Ha escrito el paradero en un bloc de papel. Mi madre lo tiene, pero no puede leerlo. Tiene miedo de pedirle ayuda a alguien por temor a que vayan a robar su tesoro. Mi padre esperaba que yo lo interpretara para ella, y ahora lo hago, susurrando la ubicación en su oreja. Mi madre piensa que la información ha llegado a ella en el viento del desierto y tal vez lo ha hecho.

Visito a Aken en la cantera. Con una mano invisible, lo ayudo a llevar su carga.

Pero ¿cuánto tiempo más puede mi ka existir en este estado? Ya estoy debilitándome, aunque no experimento la necesidad de comer, beber, o dormir.

Perdido y confundido, deambulo por el Valle de los Reyes, pensando que podría encontrar las cosas que necesito en las grandes pirámides y tumbas. Al entrar, sin esfuerzo atravieso las enormes paredes, la riqueza en el interior asombra incluso a mis más locas fantasías.

En lo profundo de los límites de una tumba subterránea, me encuentro a un soberano, muerto hace cien años, aunque no con más de veinte años de edad, el muchacho faraón Tutankamón, hijo de Akenatón. Él está hurgando en las muchas cosas que habían sido almacenadas allí para su uso.

Estoy buscando mi laúd, me dice él. Estoy aburrido y deseo tocar.

Le pregunto si me llevará al Otro Mundo, pero él dice que Osiris, quien gobierna allí, no lo permitiría, no sin el entierro correcto.

Desea renacer, él aconseja. Inténtalo de nuevo.

Pero, ¿cómo? Le pregunto.

Se encoge de hombros, encontrando su laúd en un cajón dorado. Debes entregar tu amor a este mundo, supongo. Permitir que suceda. Desear que suceda. Imaginarlo en tu mente.

Yo no sería un esclavo, le digo. Quiero vivir una vida sin preocupaciones, sin ambición o deseo.

Entonces piensa mucho en ese deseo, Tutankamón recomienda mientras su imagen se desvanece de mi vista.

Un ataúd de momia en la esquina de la tumba comienza a brillar con una intensa luz blanca. La luz aumenta en el ataúd hasta que se hace de muchos metros de altura. Un extraño zumbido emana de su interior.

Me acerco, irresistiblemente atraído por el ataúd lleno de luminosidad, y entro en la luz.



En la rueda del Renacer, Pakistán, 538 A.C.

*Traducido por Pimienta
Corregido por Dessy.!*

Hoy me encontré a un joven tendido en la carretera de Peshawar. Lo había conocido en casa de un amigo la noche anterior. Su compañero era un hombre que parecía noble de cuna, aunque más o menos vestido. Era evidente que ambos habían estado viajando mucho tiempo. El nombre de su amigo era Guatama Siddharta. Los dos compañeros ya habían bebido demasiado vino cuando empezaron a discutir sobre la naturaleza del alma. Este Siddharta, creía que el alma aparecía junto con el cuerpo. Mi joven amigo sin nombre, estaba en desacuerdo con vehemencia.

—¡El alma vive y sigue! —declaró.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Siddharta.

—No sé cómo lo sé. Sólo sé que lo sé —insistió ebrio, sin nombre.

—Tal vez estamos diciendo lo mismo y es sólo la naturaleza del tipo terrenal lo que se nos escapa —permitió Siddharta, deseando facilitar la discusión y hacer la paz, creo.

El sin nombre, negó con la cabeza. —No. No lo creo.

—Tal vez una sigue renaciendo en función de cómo se ha comportado, para bien o para mal, en una vida anterior. Uno continúa haciendo esto hasta que todas las cuestiones estuvieran resultas o fueran entendidas y, a continuación, se puede dejar de existir y pasar a la bienaventuranza del Nirvana —explicó Siddharta.

El hombre cuyo nombre no sabía, había drenado la jarra de vino de mi amigo en su petaca y chupó de ella.

—No entiendo todo lo que dices estos días —arrastró las palabras.

FORO PURPLE ROSE

—Hemos estado bebiendo y de juerga demasiado tiempo —dijo Siddharta—. Pero cuando traté de ayunar para estar al día, casi me muero de hambre. He estado pensando que debe de haber un término medio, de manera que evitemos los extremos de negarnos a nosotros mismos, así como los extremos del placer terrenal.

—¡Fuera de aquí! —bramó mi amigo sin nombre—. No eres divertido. Has llegado demasiado lejos. Haces que vuelvan mis dolores de cabeza.

Con una reverencia, Siddharta de apartó.

—¡Vete! —gritó el sin nombre—. Ve a sentarte bajo un árbol para el resto de tu vida, para lo que me importa.

No mucho después mi amigo camorrista se tambaleaba en la noche, solo, agarrado a una botella de vino.

Esta mañana lo encontré en el lado de la carretera. Lo acababa de ver muerto y di un paso más cerca. Su túnica estaba torcida y al principio pensé que había sido ejecutado a través de la espalda con una espada o una lanza. En una inspección más cercana, me di cuenta de que era una marca de nacimiento púrpura de una herida terrible.

Salté hacia atrás, sorprendido cuando él levantó la cabeza y me saludó. Nunca había visto una sonrisa más feliz en ningún hombre.



Atenas, 415 A.C

Traducido por AndreaN

Corregido por Dessy.!

La suerte estará contigo, Artem, hijo mío. Que los dioses y diosas del Monte Olimpo te llenen de bendiciones. Te dejo aquí con esta nota en tu manta, en esta roca junto al mar.

Tal vez mueras aquí, pero preferiría eso a que nacieras en la esclavitud. Soy una esclava de Egipto vendida a Grecia, la tierra que ahora gobierna mi hogar.

Eres un hijo de Egipto pero tu padre es un ciudadano libre aquí en Atenas. Él no sabe si tu eres un niño o una niña, sólo que debes irte para no traer desgracia.

Cosidos en tu manta están unos zarcillos de peridoto verde² traídos de una isla en el Mar Rojo. Han estado en mi familia desde siempre, pasados de una generación a la siguiente. Son todo lo que tengo en riquezas. Véndelos bien si es que debes hacerlo, porque son valiosos.

Adiós, mi pequeño, mi Artem.

² Peridoto: pertenece a las series minerales de forsterita-fayalita, que forman parte del grupo de olivino. Es una de las gemas "idiocromáticas", es decir que su color viene de la composición química básica del mismo mineral, no de impurezas menores, y por lo tanto se encuentra sólo en tonos verdes. Conocida por los antiguos Egipcios como "piedra del sol",



Atenas, 399 A.C.

Traducido por Traducido por Vanille, andre27xl, Kuami, flochi, Melo y Petty

Corregido por Dianita

Hyacinth se paró en su balcón de mármol, con los ojos fijos sobre el terreno en el bosque donde había visto al extraño salir al atardecer del día anterior. Metiendo un mechón suelto de su cabello castaño ondulado en el cordón de oro que mantenía su cabello hacia atrás, estudió la línea de árboles en busca de señales de movimiento.

Sus ojos vagaron por la rocosa costa del Mar Egeo, a la izquierda de los bosques. El rugido sordo de su oleaje llegaba a ella en la brisa. Fue allí donde él había desaparecido ayer después de que disparó con su flecha a la liebre, y más tarde a un pato.

Seguía pensando en él como el chico salvaje. A pesar de que quedó bastante claro por el vistazo que obtuvo de él el otro día, que se había convertido en un hombre joven.

Y allí estaba.

El rastro naranja del descendiente sol de Apolo perfiló los rizos negros y ajustados del chico salvaje mientras salía del bosque. Su túnica blanca alardeaba un físico esbeltamente muscular. Recordó sus asombrosamente negros y almendrados ojos de las veces que lo había visto antes.

Hyacinth se apresuró a bajar las escaleras laterales, levantando su larga túnica marrón de manera que no la hiciera tropezar. Un dolor sordo en su pie derecho la hizo ralentizar su marcha bruscamente, arrojándola a la barandilla de soporte.

Respirando con exasperación, disgustada por su cojera, maldijo a los pies débiles que desde su nacimiento se habían torcido en los momentos más

críticos. Más de una vez, mientras bailaba o corría, se había mortificado porque la hacían chocar con sus rodillas. Ningún médico podía dar cuenta de ello además de decir que era tal vez una maldición de los dioses por algún pecado de sus padres.

Frotándose sus ofendidos pies, partió a un ritmo más lento, manteniéndose dentro del amplio patio que terminaba en acres de densos árboles. Su padre lo mantuvo sin cultivar para que él y los dos hermanos mayores de Hyacinth pudieran cazar. Sus padres le habían prohibido ir demasiado lejos, considerando el bosque demasiado peligroso para una niña.

Sin embargo, los bosques no eran del todo desconocidos para ella, ya que no era, por naturaleza, inclinada a la obediencia. Ahora se abrió paso a través de los árboles salpicados por el sol, teniendo cuidado con su pie malo, cada vez más cerca del joven que había sido el chico salvaje.

Su nombre era Artem. Lo sabía porque lo había escuchado hace años en el mercado. La primera vez que lo vio, él había estado escogiendo a través de un abrevadero para cerdos, en busca de comida.

—No te preocupes por él —su esclava, Charis, la había reprendido ásperamente cuando se había dado cuenta de que Hyacinth miraba al niño.

—¿Pero por qué tiene que comer entre los cerdos? —Hyacinth había preguntado.

Charis centró su atención en el pescado colocado sobre la mesa con hielo ante ella, en busca de lo más fresco.

—Es basura, sin duda, abandonado por algunos esclavos —respondió mientras levantaba un pequeño pulpo y estiraba sus tentáculos para examinarlo—. Va a ser recogido y vendido como esclavo en algún momento. Grábate mis palabras. Eso es lo que pasa con gente como él.

Artem había levantado la vista del abrevadero y la dirigió hacia ellas, casi como si hubiera sentido que era el tema de su discusión. Hyacinth enderezó su postura, peinado hacia atrás sus largos rizos, y decidió conocerlo mejor.

Ella inclinó la cabeza confundida cuando él caminó cerca sin ni siquiera una mirada.

Nadim, el vendedor de pescado, recogió una anguila de la mesa helada y se la lanzó. Su cuerpo plateado, en forma de serpiente retorcida, navegó por el aire.

—Aquí está la cena para ti, mi joven amigo.

Con una risa de deleite, el chico la atrapó.

—Los hombres tienen un fuego ahí atrás, Artem. Diles que yo dije que lo cocinaran para ti —agregó Nadim.

La anguila se ondulaba en su mano, pero Artem la agarraba con fuerza, observándola alegremente. Se dio cuenta de que Hyacinth estaba estudiando profundamente la anguila, por lo que empujó la criatura hacia ella, con la intención de ver a una chica gritar de asco.

Decidida a no mostrar la debilidad esperada, Hyacinth se adelantó para acariciar la cabeza de la criatura.

El labio superior de Artem se curvó en una forzada sonrisa, y supo que se había ganado su respeto.

Desde ese día, Artem había estado en su cabeza. La idea de vivir por su propio ingenio, como él lo hacía, inflamaba su imaginación. Se emocionaba cuando lo veía en la calle o en el mercado. Al pasar los años, comenzó a pensar en él como alguien atractivo.

Estaba nuevamente en su mente porque lo había visto en la plaza no hace mucho tiempo. Y luego, de repente, había aparecido, prácticamente en su propio patio trasero.

Su corazón había saltado emocionado, muy contento de ver que a pesar de que era un ladrón, cazando furtivamente una liebre en las tierras de su padre, aún no era un esclavo. Ahora que había aparecido nuevamente el día de hoy, como había esperado, estaba decidida a hablar con él, para aprender cómo era su vida.

En el borde del bosque que daba hacia el mar, lo vio de nuevo, avanzando hacia la ligeramente pendiente y rocosa costa. Levantando la mano hacia una rama, se agarró de ella, oscilando para obtener una mejor vista.

Su arco estaba tenso y apuntado. Mirando hacia el cielo, vio su objetivo. Una gaviota gorda descendiendo a la costa por el pescado que sería su cena.

Su flecha silbó en el aire y golpeó al pájaro cuando todavía estaba en vuelo. La gaviota se desplomó desde el cielo entre las olas del océano.

Desapareció de vista mientras corría a reclamar su presa. Curiosa, se arrastró más lejos en su rama, tratando de ver adónde se había ido.

Pasaron los minutos mientras esperaba a que él volviera a emerger.

No apareció de nuevo, y comenzó a preocuparse. ¿Poseidón lo había empujado a las profundidades?

Más tiempo pasó, y él aún no regresaba.

Ella se había empujado hacia arriba para obtener una mejor visión cuando algo sujetó su pie derecho. Gritando por la sorpresa, cayó del árbol, desplomándose encima de Artem. Ambos aterrizaron en el suelo, la gaviota muerta que él sostenía se deslizó hacia las hojas.

—¡Déjame ir! —exigió ella.

Él se rió y la agarró con fuerza.

Embistiendo hacia la mano de él con sus dos manos, luchó para liberar sus dedos.

—¡Que me dejes ir, te digo! —el dolor en su pie derecho volvió a estallar—. ¡Ay!
—gritó.

Ante esto, la liberó, saltando hacia atrás.

—¿Estás bien?

—¡No! Oh, no es tu culpa. No del todo, de todos modos. ¡Este maldito pie siempre me da problemas! —lo miró bruscamente—. ¿Por qué hiciste eso?

—Los espías deben estar preparados para que los atrapen —dijo a la ligera, poniéndose de pie.

—Estás invadiendo propiedad privada, ya sabes —dijo ella, sólo para recuperar algo de dignidad mientras saltaba sobre sus pies. Con todo su peso sobre su pie izquierdo, se alisó la falda.

—No he cazado furtivamente en las tierras de tu padre —se defendió—. La gaviota estaba en el aire y, por lo tanto, pertenece a cualquier cazador.

—Ayer cazaste.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Cuánto tiempo has estado mirándome?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Lo suficiente. Tú eres Artem, el chico salvaje —dijo.

Se rió con un poco de desprecio.

—Así me llaman. ¿No temes que pueda rasgarte en pedazos y devorarte?

Ella negó con la cabeza.

—Te he visto antes. Y te vi en la plaza del pueblo hace no mucho tiempo. Escuchas al viejo filósofo hablar.

—Sócrates. Podría escuchar a ese viejo hablar por siempre. Nunca he oído palabras dichas con tal elocuencia e inteligencia.

—Tú mismo hablas muy elocuentemente —señaló—. ¿Quién te enseñó?

—Los marineros en los muelles, en su mayoría.

—Nunca he escuchado que los marineros sean conocidos por su elocuencia —comentó.

Esto lo hizo reír.

—No, tienes razón. He aprendido palabras de ellos que nunca repetiría en tu presencia. Pueden ser un grupo difícil. Lo que quise decir fue que algunos de ellos saben leer y escribir, y a través de los años uno u otro me ha enseñado.

Una vez que pude leer, me enseñé a mí mismo a leer todo lo que pudiera. Y, como dices, me encanta escuchar a los filósofos en la plaza.

Ella apuntó a un pergamino escondido en el cinturón de su túnica.

—¿Es eso una de las cosas que lees? —preguntó.

Él sacó el pergamino y se lo entregó, pero ella negó con la cabeza, rechazándolo.

—Me gustaría poder leer, pero mi padre cree que la educación es un desperdicio en una chica.

—Eso es una vergüenza —se compadeció—. Aunque me doy cuenta que es la opinión común, es una estupidez.

—Me gustaría aprender a leer —admitió por primera vez en su vida. Haber dicho esto a alguien más habría sido la invitación para el desprecio y el ridículo, así que nunca lo dijo, permitiéndose a sí misma apenas pensarlo. Aunque él era tan diferente de todos los demás. Ella sentía que siempre lo había conocido y podía confiarle sus pensamientos más secretos. No tenía sentido y, sin embargo, la sensación era tan fuerte.

—Debes aprender —dijo—. Te enseñaré si nadie más lo hace.

—¿Lo harías? —preguntó con entusiasmo.

Él asintió.

—No me gusta la idea de que alguien se mantenga abajo, especialmente tú.

—¿Por qué especialmente yo? —preguntó, sorprendida por su propia audacia.

Un rubor de color llegó a las mejillas de él.

—Porque no eres una niña tonta. Mereces aprender.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Sólo lo sé —murmuró en voz baja—. Podemos empezar con esto. Es una copia de una obra de Heródoto, el historiador. Es la descripción de la vida en el antiguo Egipto. Aunque Grecia gobierna Egipto ahora, no siempre ha sido así.

Es muy interesante leer acerca de su antigua cultura. Me han dicho que mi madre era de origen egipcio, aunque nunca la conocí.

—Puedo ver el egipcio en ti, sólo un poco —dijo.

—Vamos a leer juntos —acordó—. Déjame poner esta ave abajo primero.

Ella lo siguió hacia el bosque hasta que llegaron a un camping. Allí él destripó la gaviota y la ató boca abajo en un árbol.

—¿Es aquí donde vives? —preguntó ella.

—Yo vivo donde sea conveniente —le dijo—. Cuando no tienes un hogar es fácil moverse tan pronto como eres descubierto.

—¿No quieres tener un hogar? —preguntó.

—No quiero otra cosa que vivir cada día como viene. Querer cosas significa estar constantemente decepcionado.

—¿No quieres un trabajo o una familia?

—Definitivamente no un trabajo —dijo con una risa—. Cualquier trabajo es una forma de esclavitud. Te esfuerzas y trabajas como Hércules... ¿y para qué? ¿Unas cuantas dracmas y una muerte temprana?

—¿Por qué estás tan preocupado por la esclavitud? —le preguntó—. Tú no eres un esclavo.

—¿No te preocupa eso? —contestó—. Una mujer en Atenas es esclava de un hombre, sin derechos, sin libertades.

Hyacinth se rió con desdén.

—No trabajo duro como un esclavo. De hecho, no hago casi nada durante todo el día. Casi preferiría ser un esclavo.

—Eres una chica tonta por decir eso —la reprendió. Por primera vez, sintió su desaprobación, y estaba avergonzada por ello. Recordó a Charis diciéndole que él era hijo de un esclavo y podría ser arrastrado a la esclavitud también. Qué tonta debe haber sonado.

—Los esclavos de Casas están bien —continuó él— pero en las minas y canteras, los esclavos sólo conocen una vida de extenuante trabajo sin descanso.

—Supongo que tienes razón. —Estaba ansiosa por cambiar de tema, dándose cuenta de que había sonado poco profunda y probablemente estúpida—. Dime lo que has aprendido sobre el antiguo Egipto.

Artem se sentó a su lado en una roca plana y desenrolló el pergamino.

—Voy a apuntar hacia las palabras que he leído —dijo—. De esa manera tendrás la sensación de cómo encajan las palabras escritas y las habladas. Así es como comencé a aprender.

Hyacinth estaba fascinada mientras él le leía las palabras de Heródoto. Según el historiador griego, muchas de las costumbres que los griegos creían suyas provenían de hecho de los griegos que viajaban a Egipto. Afirmaba que incluso sus dioses y diosas eran simplemente versiones de los dioses egipcios, que la diosa griega de la fertilidad, Deméter, era la misma que la diosa egipcia Isis, pero sólo con otro nombre, y Dionisio era conocido en Egipto como Osiris.

—¿Sabes que había dioses y diosas que eran mitad animal y mitad humano, como Anubis, el dios con cabeza de perro? Tuvieron dos diosas que eran mitad gato, mitad mujer. Fueron nombradas Bast y Sempket —le dijo—. Es similar a nuestro Pan, y los otros centauros.

—He oído que adoraban gatos. Recientemente, he tenido un gato montés africano —mencionó ella—. Mi padre lo recibió de un marino mercante que lo trajo en un barco de Egipto. Lo llamé Baby y me encanta mucho.

—Heródoto menciona a los gatos monteses —le dijo Artem, encontrando en su texto—. Los primeros fueron traídos aquí cuando Alejandro Magno conquistó Egipto.

Heródoto describe tanto: la ropa, las ceremonias, la vida cotidiana del promedio de los egipcios, así como las formas de los faraones. Artem hizo una pausa en su lectura y levantó la vista del pergamino.

—Escribe tan bien. De alguna manera puedo ver todo tan claro.

Hyacinth asintió con entusiasmo.

—Me siento como si estuviera allí mismo.

—Es verdad —acordó.

—Leíste bien —añadió ella—. ¿De verdad no aspiras a ninguna posición en la vida?

—Quizás una sola cosa, aunque suena muy tonto, te reirás.

—Dime —lo instó. Disfrutaba verlo inseguro acerca de algo.

—He comenzado algunos poemas —admitió tímidamente—. No tan épico como aquel escrito por Homero, hablando de guerras y heroísmo, dioses y monstruos. Mis poemas son acerca de la naturaleza y su belleza. Algunas veces escribo acerca de Artemis, la diosa de la caza, por la que fui nombrado.

—¿Quién te dio tu nombre? —preguntó ella.

—Fui encontrado con una nota adherida a mí —le reveló—. Una esclava que había sido liberada por su patrón muerto me encontró y me crió hasta que murió cinco años después. No me importa ser nombrado por la diosa, desde que fue el mejor arquero.

—Igual que tú —Hyacinth señaló.

—Siempre he tenido habilidades con el arco —admitió.

Su labio superior se curvó en la más mínima sonrisa. Le recordó a la forma en que le sonrió ese día en el mercado de peces. Podía ver que estaba complacido de que hubiera señalado su habilidad. Parecía orgulloso de ello, lo que significaba que algo le importaba, al menos. Así que continuó—. Podrías competir en los Juegos Olímpicos con habilidades como las tuyas. Creo que existe alguna clase de premio. Podría mejorar tú... situación.

—Tiro al arco parece una bendición que Artemis me ha concedido, como su mismo nombre —reflexionó en voz alta—. He sido capaz de disparar con excelente precisión desde que era bastante pequeño y nunca he tenido realmente un instructor. Aunque, me has dado una idea interesante. Quizás los Juegos Olímpicos es algo que deba buscar. Después de todo, les brinda honor a los dioses del Olimpo y quizás pueda complacer a Artemis.

—Además, podrías usar el premio para mejorar tu situación en la vida —repitió—. Debes querer algunas comodidades.

Se rió—. Los espartanos no creen en comodidades. Piensan que debilita la mente y el alma.

—Sí, pero no somos espartanos —ella replicó.

—No, y tampoco desearía serlo. Tienes razón. No me importarían los fondos para comprar un poco de las buenas cosas de la vida —admitió. La miró, dándose cuenta de algo—. ¿Cuál es tu nombre? No me lo has dicho.

—Hyacinth.

—Ah, una flor hermosa —dijo suavemente, mirándola fuertemente como tratando de verla realmente. Ella quería que él la viera, deseando revelar todo lo que estaba bajo su superficie. Y del mismo modo, quería extraer a la persona tras su exterior que podía sentir estaba bajo él.

Se sintió envuelta por su mirada y se apoderó de la idea de que sus rostros, sus pieles, estaban disfrazados. Si sólo pudieran quitárselos de alguna manera, la persona real de su interior sería revelada y estas dos almas se reconocerían instantáneamente y se amarían profundamente.

Era loco, quizás, pero estaba segura de que era verdad.

El pergamino rodó de su regazo, rompiendo la tensión de sus miradas.

—Una vez que has aprendido a leer —dijo, inclinándose para recuperar el pergamino— todos se preguntarán cómo sabes tanto. Pagaría por ver sus caras sorprendidas cuando sepan todo lo que los libros pueden enseñarte.

Él rió ante la idea, y sus ojos brillaron—. No te preocupes. Me aseguraré de que aprendas.

Su promesa había sido que le enseñaría a leer pero ella sintió que significaba algo más. “Te enseñaré a leer” significaba que la iba a cuidar, quería lo mejor para ella, ser su compañía mientras conocía al mundo.

Hyacinth estaba segura de eso como si se lo hubiese jurado. Lo escuchó en su tono cálido, lo vio en la mirada en su rostro cuando la observaba.

Y la llenó de amor por él.

Él era el indicado para ella. Sólo lo sabía.

No había nada más que hacer, ahora, excepto confesar lo que había estado pensando. Hasta este momento, el pensamiento se había quedado en la parte de atrás de su mente. Sólo ahora se daba cuenta de que había estado allí todo el tiempo. Ella se inclinó lejos para no tener que mirarlo directamente.

—Tendré catorce pronto —comenzó— y mi papá está celebrando un concurso de habilidades atléticas para escoger un esposo para mí.

—¿Deseas un esposo? —preguntó.

—No —replicó ella—. Si pudiera elegir mi destino, iría a servir a Atenas en su templo como sacerdotisa. Una sacerdotisa de Atenas es enseñada a leer las sagradas historias de los dioses y diosas. Sirven a un propósito más alto que hacerle la comida a su esposo, como seré forzada a hacerlo si me caso.

—Entonces nunca querré competir por tu mano en matrimonio —dijo él.

—Pero mi padre no escuchará que quiero convertirme en sacerdotisa —aclaró rápidamente—. Y desde que tengo que casarme, prefiero estar con alguien que me lleve bien. El matrimonio puede ser una cosa agradable, quizás, si uno consigue a su alma gemela.

—¿Una qué?

—Yo, también, escuché al filósofo Sócrates hablar en la plaza una vez. Él cree que somos partes psicológicas y mortales, y parte de un alma, la parte que vive después de la muerte. Comencé a pensar: si uno realmente pudiera encontrar una pareja con la que viajarías con confianza a través de todo el tiempo en el amor y comprensión, entonces...

Se cortó, sintiéndose tonta.

—¿Entonces qué? —solicitó.

—Entonces una persona realmente podría encontrar la felicidad.

—¿Y piensas que eso puede suceder a través del matrimonio? —preguntó.

—Con la pareja correcta. Si uno tiene suerte.

Una vez más, sus ojos se encontraron y algo pasó entre ellos que ella no podía explicar. Era atracción, sí, pero también reconocimiento. Había algo en él que la hacía querer quedarse a su lado, recostar la cabeza en su pecho sin jamás tener el pensamiento de dejarlo.

Ella dio un paso hacia él pero él rompió la conexión, tirándola a la basura con una risa cruel. —Soy un sablista sin hogar —le recordó.

—Tengo una gran dote. Mi padre es un importador y exportador de bienes adinerado.

Ella apenas podía creer que esas palabras provenían de su boca. ¡Qué vergonzoso implorarle a un completo extraño que compita por su mano en matrimonio! Pero todos los hombres jóvenes que vendrían a competir también serían unos extraños, y algunos más viejos y ni tan cerca guapos. Si se iba a casar con un extraño, entonces que fuera Artem – Artem, quién apenas conocía pero que no se sentía como fuera un extraño.

Sabía que sería feliz al casarse con esta persona que había sentido que conocía desde ese día en que lo espío en el mercado de peces. Por supuesto, no tenía ningún sentido –pero allí estaba, justo lo mismo.

Él estaba parado y sacudió su mano—. No, nunca me podría casar con una sirena.

—¿Una qué?

Se volteó hacia ella. Había malicia en sus ojos aunque su cara estaba seria—. Te he escuchado en las rocas del océano, cantando entre las olas chocando.

—¿Lo has hecho?

—Sí —replicó—. Y creo que debes ser una sirena, una de las mujeres mágicas mitad pez que vuelve a los marineros locos con sus canciones. ¿Seguramente habrás leído de ello en el trabajo del poeta Homero?

Ella había escuchado el cuento hablado. Levantó su larga, morena, falda de lino para revelar dos robustas piernas—. Nada de cola de pez por aquí —dijo.

—Ya veo. Esas son ciertamente piernas —dijo y sonrió, sus ojos recorrieron con atención de arriba hacia abajo la extensión de su cuerpo—. Entonces, díganme, ¿cómo cantas tan encantadoramente?

Hyacinth estaba orgullosa de su voz y le complacía que hubiera sido escuchada. El canto era la única cosa que le había sido permitido estudiar a pesar del hecho de que sus dos hermanos mayores eran estudiosos en muchas materias.

—Tengo un profesor —le dijo—. Me asigna cantar por encima del choque de las olas para poder fortalecer mi voz.

Artem sacó un pergamino de debajo de su rollo de mantas de al lado de la ceniza que quedaba de una fogata. Luego sacó una flauta—. Canta esto —sugirió—. Es un poema que escribí. Quiero ponerle música para acompañarlo. Tengo el plan de que quizás pueda ganar si toco y recito mi trabajo en las casas de los ricos.

—No puedo leerlo —le recordó ella.

—Lo recitaré para ti. Quizás puedas recordarlo. —Comenzó a recitarlo de memoria. Era un poema que hablaba de un viaje por el río Nilo que hizo un esclavo cuando estaba siendo transportado a Tebas, la ciudad que una vez había sido llamada Luxor antes de que los griegos la renombraran.

Hyacinth estaba asombrada por la belleza del lenguaje. Describía la majestuosidad de las pirámides y el asombro del esclavo al pasar por primera vez la gran Esfinge.

Habló del deseo del esclavo de poder levantarse en el cielo como una grulla con gracia y regresar a su hogar.

El dolor y la soledad en los versos causaron lágrimas en los ojos de Hyacinth—. ¿Cómo conoces cosas tan antiguas? —preguntó cuando terminó—. No estás hablando del Egipto que nosotros los griegos gobernamos. Es de un Egipto más antiguo del que tú cantas. Tus palabras son tan claras que lo veo en la mente de mis ojos. ¿Por qué escribirías de la vida de un esclavo, tú que no estás atado a nada?

—No sé por qué estas imágenes vienen a mí. Algunas veces las musas me envían imágenes por día y otras veces Morfeo aparece en mis sueños y me lleva a visiones maravillosas que no puedo explicar.

—Quizás he viajado contigo —sugirió ella.

Él sonrió, un poco desconcertado pero sin despreciarla—. ¿Quizás es una cosa semejante al mito de Er al cual Platón se refiere en su trabajo La República?

Hyacinth había escuchado el nombre de Platón discutido en las noches cuando su padre, hermanos, y amigos se sentaban a tomar vinos y a debatir cuestiones que no entendía completamente. Pero no tenía idea de la República o el Mito de Er. Sin embargo, no podía soportar que pensara que era una tonta—. Quizás es como el Mito de Er —acordó.

—Lo leerás algún día por ti misma —dijo—. ¿Puedes recordar las palabras del poema?

—Dímelo de nuevo y esta vez escucharé con atención con mente para recordarlo —sugirió, cerrando sus ojos para concentrarse.

Macar miró alrededor del gimnasio, revisando que estaba vacío para lanzar, luego llevó hacia atrás su brazo, lanzando la jabalina con toda la fuerza de su mando.

Bajo su respiración, siseó una maldición. La jabalina había quedado una yarda entera lejos de la más lejana jabalina lanzada por Elpinor.

Se frotó la mandíbula. Le estaba doliendo, como siempre hacía cuando algo lo preocupaba. Quizás estaba rastrillando los dientes en sueños otra vez, preocupado por el próximo torneo por la mano de Hyacinth en matrimonio.

Elpinor lo palmeó en la espalda—. No te preocupes. No voy a competir por la mano en matrimonio de mi hermana, así que no tendrás competencia por mi parte —dijo, riendo—. Aunque por qué la quieres es lo que me confunde.

—No puedo resistir una competencia —Macar bromeó con soltura—. Además, escuché que viene con una dote impresionante.

—Así es —confirmó Elpinor—. ¿Pero vale la pena aguantar dicha disposición agria? De alguna manera no tiene ningún concepto del lugar correcto de una mujer. Siempre está escuchando las conversaciones de los hombres, siempre siendo espantada como una gallina entrometida.

Macar rió aún más fuerte mientras él y Elpinor recuperaban sus jabalinas—. Quizás es simplemente porque no tiene ningún interés en mí —reflexionó—. Me encanta el reto. Otras chicas siempre me coquetean. Soy considerado una buena captura. Pero tu hermana simplemente se da la vuelta cuando me ve, casi como si le hubiera hecho algo.

—Tu pecado es ser hombre —Elpinor le dijo—. Si lo hiciera a su manera se habría unido a las sacerdotisas en el templo y hubiera dedicado su vida a Atena.

—Eso sería un desperdicio de belleza —comentó Macar, pensando en las atractivas curvas de Hyacinth.

—Mi padre lo prohíbe, así que no habrá desperdicio de belleza —dijo Elpinor— pero, te digo, probará tu paciencia.

—Puedo dominarla —insistió Macar convencido—. Después de todo, sólo es una mujer.

Artem se sentó al lado de su hoguera. Chasqueaba mientras las llamas danzaban, devorando la rama quebradiza que había arrojado sobre ella. Le recordó a la mujer salvaje que había conocido en el festival del bacanal.

Había tomado su arco de su saco y había sacado una flecha de su carcaj. Recostado sobre la parte posterior de su cabeza descansando sobre una roca plana, apuntó la flecha hacia la gorda, luna llena, y esperó.

Un murciélago se elevó a través de su paso de plata.

La flecha siseó a través de la noche, tumbando la criatura. Levantándose perezosamente, caminó hacia dónde había caído y la recuperó. No había mucha carne en esto, pero había estado tan envuelto en trabajar en su poema egipcio esta tarde que había olvidado cazar su cena.

Todavía había unos higos que había hurtado de un bosque próximo a los árboles. Sería suficiente.

Apretó el murciélago, derramando su sangre en un vaso de barro. Había oído que beber sangre de murciélago podría hacer a un hombre invisible –una buena cualidad que tener cuando se casaba. Luego clavó el murciélago a un palo sobre el fuego.

Perdido en sus pensamientos, una vez más fascinado por el fuego, ausente arrancó la tensa cuerda de su arco.

Él podía ganar.

Tenía la capacidad, de eso no había duda.

La quería. La había visto de lejos desde hace años y pensaba que era adorable, pero cuando se le acercó hace dos días y habló con ella, sintió una extraña conexión entre ellos. Era sin duda algo más profundo que la atracción física.

Ella no podía volver a verlo hasta mañana porque se había comprometido a estar de pie sobre un taburete en la cámara de coser y probarse su vestido de novia. Podía imaginarla en él, el sol brillando a través de las suaves líneas blancas, de alguna manera la imaginó vistiendo una simple banda dorada alrededor de su frente en lugar de la tradicional corona de jacintos y violetas. Le sentarían mejor, en su opinión.

¿Cuánto hubiera deseado ser el novio de pie a su lado? Es cierto que se conocían, pero de un día.

Sin embargo, fue un día con una calidad atemporal: Se sentía como si la hubiera conocido desde siempre.

Pero siempre llevaba las cosas al desastre. Él siempre había tenido esta manera de pensar, aunque no estaba seguro de por qué o ni para qué había llegado a esta conclusión. Tal vez era simplemente porque sabía que una persona sin ninguna posición en la comunidad no iba a venir a él. Entonces ¿por qué intentarlo?

Artem tomó una botella de vino de su saco, tomando un largo trago. No tenía intención de lograr cualquier cosa, para nada. Había eludido el destino al evitar

la esclavitud. El ser todavía un hombre libre debería ser suficiente para él. ¿Por qué poseer una larga vida no era su destino?

Una vez más bebió de la botella.

No tenía intención de unirse en la cautividad del matrimonio. Tan encantadora como era, pronto se volvería exigente, le recordaría constantemente que todo lo que poseía en el mundo había venido de su dote. No podía imaginarla siendo así, pero en general parece ser que ese era el camino que tomaban las cosas.

Una vez más... había pensado en competir en los próximos Juegos Olímpicos, incluso antes de que ella se lo hubiera planteado. Tal vez con las ganancias y el estado de una victoria olímpica su posición sería más equitativa...

No. Era demasiado improbable la idea.

No se había escapado de un tipo de esclavitud simplemente para ser engañado en otra.

Cuando fuera a verlo por la mañana como habían quedado, él ya no estaría allí.

Cerrando los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y vació la botella.

Quizás bebo demasiado, consideró.

Hyacinth se comprometió a averiguar lo que había querido decir sobre el Mito de Er. Había preguntado a su madre en primer lugar, mientras estaba en un taburete modelando con su vestido de boda a medio terminar. —No lo sé y tampoco necesitas saber tales cosas —la reprendió su madre cuando fijó cuidadosamente la falda blanca en pliegues—. Deberías estar cosiendo esto. Espero que tu nuevo marido no note que no puedes bordar o tejer bien, o, si estas cantándole todo el rato.

—Quizás si supiera crear una vasija de barro lo impresionaría —dijo Hyacinth. Siempre había querido aprender el arte de la alfarería. La gracia de sus formas siempre la atrajo. Sería fantástico crear tanta belleza sacada de la arcilla húmeda, pensó.

—La alfarería no es el trabajo adecuado para una mujer, y lo sabes —su madre se burlo—. ¡Ahora quédate quieta!

Más tarde ese día, trató de preguntarle a su padre, pero estaba demasiado ocupado para hablar de cualquier cosa con ella—. Tengo naves que entraran al puerto en dos días, el día de la ceremonia de tu boda —dijo ausentemente mientras miraba el libro mayor de cuentas—. En ellos estarán los suficientes bienes para restituir tu dote.

—¿Restituir? —se preguntó.

Él farfulló y mostró su vergüenza. Al parecer, no tenía intención de decirle esto—. Tuve que pedir prestado sobre ella para pagar una deuda, pero es una medida temporal. Los productos que se encuentran en los buques entrantes devolverán el valor total para el fondo.

Cuando le preguntó a su hermano mayor Agapenor, le dijo que las muchachas no debían preocuparse de tales cosas. Así que ahora, como último recurso, le preguntaría a su otro hermano Elpinor que era dos años mayor que ella pero, en su opinión, actuaba como un niño de diez años.

—¿Cuál es el Mito de Er? —le preguntó Hyacinth a Elpinor en el almuerzo al día siguiente.

Elpinor la miró con curiosidad, como si no hubiera entendido la pregunta—. ¿Dónde has oído hablar de tal cosa? —le preguntó. La pregunta no era lo que él no entendía, era el hecho de que fuera ella quien le hubiera preguntado lo que le había sorprendido.

Todavía no había contestado cuando Macar entró para unírseles en el almuerzo. —Ella quiere saber el mito de Er —Elpinor dijo a su amigo.

Macar no entendió. —¿Para qué necesita a Platón? —le preguntó.

—¡Quizás puede darle consejo para la boda! —gritó Elpinor, riéndose.

—Sapo —Hyacinth insultó a su hermano disgustada.

Macar se encogió de hombros mientras se sentaba con las piernas cruzadas sobre el cabezal de la mesa. Por lo menos no era un total tonto como Elpinor.

Sin embargo, la confianza petulante de Macar hizo que lo detestara inmensamente. Deseó que no le disgustara tanto porque era el pretendiente con más probabilidades de ganar el concurso de su padre.

—Recuerdo los relatos sobre el Mito de Er — de repente dijo Macar —. Es una historia sin sentido.

—¿Cuál era? —Hyacinth se atrevió a preguntar.

—Oh, es una locura. Se trata de un tipo llamado Er, que regresa de entre los muertos. Es el único que vuelve. Dice que el resto de las personas que murieron fueron a vivir a otros cuerpos. En lugar de vivir para siempre felices en el submundo gobernado por Hades, Dios de los muertos... como toda la gente sensata sabe que sucede después de morir... Platón piensa que uno va a una especie de campo y toma un número como si estuvieras en el mercado. Entonces cuando llaman tu número, regresas a este mundo en otro cuerpo.

—¡Otro cuerpo! —Elpinor gritaba de risa—. ¡Imagínate, si me ahogo en el mar y la próxima vez que abro mis ojos alguien está limpiando mi trasero desnudo y alimentándome como un bebé! —Vendavales de risa lo sacudían.

—No creo que suene tan divertido —comentó Hyacinth. Eso le parecía infinitamente más interesante que pasar los interminables días alrededor de algunos en el aburrido inframundo.

—¡Tienes razón! —Elpinor rugió—. ¡No es cómico, es divertido!

Macar apretó los dientes con una sonrisa al llegar a un plato de orejones y frutos secos sobre la mesa—. Déjala en paz. Las mujeres son propensas a dejarse llevar por este tipo de imaginación y fantasía infantil —le comentó—. Es absolutamente normal.

Una ira caliente empezó a subir dentro de Hyacinth, coloreando sus mejillas.

—Platón no era una mujer.

Macar rió ahogadamente. —No, pero tendría que haber estado borracho cuando se le ocurrió eso.

Elpinor se volvió casi púrpura de la risa al comentario de Macar.

Hyacinth, se quedó mirando a Macar, estrechando sus ojos con ira. Seguramente no podría esperar tener que casarse con este tonto engreído, y estúpido condescendiente.

Tenía que convencer a Artem para competir por ella. Era su única oportunidad.

Lanzando una mirada desdeñosa a Macar y a su hermano todavía cacareando, se fue corriendo de la habitación y salió al balcón, donde descendió los escalones laterales. Corrió hacia el bosque, se encontró con Artem empacando su campamento—. ¿No estarás yéndote? —exclamó, alarmada por lo que estaba viendo.

—¿Importa mucho? —preguntó ligeramente.

—¡Sí! —insistió urgentemente—. Tienes que competir por mí.

—Nosotros apenas nos conocemos —protestó.

—Sé que eres mejor que cualquiera de los otros. Sé que eres mejor que Macar el amigo de mi hermano. Él viene a casa pero apenas le hablo, y cuando lo hago, me repudia. Yo te gusto. Puedo decirte que hacer. ¡Prometiste enseñarme a leer!

—Conozco Macar —dijo—. A menudo se mofa de mí, llamándome "el huérfano del esclavo."

—No le gustas más que yo.

—No. No mucho —estuvo de acuerdo.

—Entonces lucha por mí —le instó—. No le permitas que sea quien me gane.

—Macar habría arrastrado a Hyacinth a abandonar la casa. Podía ver que estaba enfadada con su hermano y molesta con él por burlarse de ese tonto Mito de Er. Si pudiera tranquilizarlo, hacerlo entrar en razón, vería lo que la fuerte voz de la razón decía sobre tenerlo a él como un compañero. No importaba si lo amaba o le gustaba. Pero su vida iría mejor si ella, al menos, le respetara. Y ellos tendrían una vida en común juntos. De eso, estaba seguro.

Corrió tras ella, cuando la vio lanzarse al bosque. Corriendo a su ritmo para no perderla, y atraparla, reconoció el color claro de su vestido moviéndose a través de los árboles.

Arrastrándose silenciosamente, se escondió detrás de un árbol para observar la otra figura que había aparecido. Ella estaba hablando con alguien.

¿Quién?

¿Artem? ¿El sucio vagabundo?

Antes los ojos incrédulos de Macar, Hyacinth echó los brazos alrededor de Artem y se besaron.

Desde su balcón, Hyacinth observó el campo de deportes cuando el trueno irrumpió en el cielo. Era un mal presagio. En el horizonte, el mar Egeo estaba cubierto por las nubes negras. La tormenta estaba todavía en el mar pero el cielo estaba gris por encima de ellos, y el mal tiempo parecía estar rodando cada vez más cerca de tierra.

Sus ojos no estaban en los competidores que se alineaban para la competencia de jabalina. En cambio, examinó la muchedumbre que había venido a mirar, en busca de Artem. Al igual que Ulises, que había regresado de la larga guerra para salvar a Penélope de los pretendientes codiciosos que sólo amaban su riqueza, tal vez Artem se presentaría, despojándose de su disfraz en el último momento. Así como Ulises había utilizado su experiencia con el arco mejor que los demás, Artem podría dar un paso adelante y ganarla.

Eso sin embargo, podría suceder. Por el momento, Artem no estaba a la vista.

Sin embargo, le había prometido que estaría allí.

Macar estaba muy visible, claramente era el campeón. Ya había ganado el salto de longitud y la competencia de lucha libre.

El evento de tiro al arco llegó sin señal de Artem. Cuando el evento acabó, Macar volvió a ser el ganador. Los cielos se abrieron, dejando caer un torrente de lluvia.

Hyacinth corrió a su dormitorio, con los ojos tan húmedos como la tierra. ¿Por qué no había venido Artem? ¿No deseaba ningún de las comodidades de la vida que ella podría darle? ¿No la deseaba?

Arrojándose sobre la cama, sollozaba. Los relámpagos iluminaron con enojo. Se alegró de las condiciones meteorológicas. Se adapta a su estado de ánimo.

Aproximadamente una media hora más tarde, su madre entró y habló con suavidad, aunque sus palabras eran firmes—. Deshonrarás a Macar si no lo felicitas. Levántate y ve con tu futuro marido, Hyacinth.

Hyacinth miró hacia arriba, empujando hacia atrás el pelo empapado de lágrimas. Antes de que pudiera protestar, su padre abrió de golpe la puerta.

Se apoyó en la entrada, con la cara roja y respiraba con dificultad—. ¡He recibido la peor noticia ahora mismo! —anunció, y estaba tan sobreexcitado que Hyacinth temió que se derrumbara ahí mismo en el suelo.

—¿Qué? —preguntó su madre, sosteniendo a su marido a su lado.

—Un solo mensajero ha remado a tierra con las noticias. Mis naves se han hundido con la tormenta. ¡Nuestra fortuna ha desaparecido! —se lamentó.

—¡Todos alaban a Poseidón! —Hyacinth susurró, repentinamente llena de nuevas esperanzas.

Se precipitó pasando a sus padres en la puerta y corrió a toda velocidad hacia abajo al patio. La lluvia la empapó en un instante, pero no le importó. Tenía que encontrar a Artem.

Su dote ya no era importante para él. La tendría como era. Podrían marcharse juntos. Su vida estaría llena de aventura. Otros podrían pensar que estaba loca pero sabía que eso no era verdad. Estar con Artem era la única cosa que había tenido sentido alguna vez para ella.

Dejó que el agua se derramara sobre ella mientras tropezaba entre las ramas del bosque, corriendo hacia el campamento de Artem.

Un anillo de ceniza empapado era lo único que quedaba de él.

Quizá podría encontrarlo en la orilla. Corriendo a través de los bosques, salió a la línea de la costa. La lluvia golpeaba el agua del océano. Una nube gris se asentaba sobre la tierra. Se había ido. Desaparecido.

Habían pasado más de dos semanas desde la competencia y Artem aún yacía en el catre de una pequeña habitación detrás del puesto de pescado. Nadim el pescadero entró—. ¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Agradecido por su amabilidad —contestó Artem.

Nadim gruñó—. Sigo diciendo que no debes llamar la atención de Macar. Un hombre no debe ser libre de pegarle a otro hombre hasta casi la muerte y salirse con la suya. ¿Qué pasa si no te hubiera encontrado, tirado sin sentido? ¡Estarías muerto ahora mismo!

—Los dos estábamos invadiendo y cazando furtivamente en la tierra de otro hombre. Macar diría que estaba defendiendo a su amigo y anfitrión. No nos beneficiaría nada hacer tal cargo y podríamos ser detenidos a cambio. Además, estoy en vías de recuperación y pronto serás libre de mí.

—¿Vas a ir a buscar a la chica, por la que gritabas cada noche mientras delirabas? —le preguntó Nadim.

Artem negó—. Ya debe estar casada. Además, estoy seguro de que me odia. Rompí mi promesa de competir por ella.

—Apenas estabas en forma para competir, por no hablar de caminar —le recordó Nadim—. He escuchado algunas noticias sobre esta chica. Supe por Charis, la esclava con quien viene al Mercado, que no está casada. Su dote yace en el fondo del mar.

Artem se sentó erguido de la emoción—. ¡Eres un verdadero buen amigo por traerme tales buenas noticias! ¿Puedes mandarle un mensaje a través de Charis? Decirle que iré por ella tan pronto como pueda moverme sobre mis piernas. Dile que entraré a la Competencia Olímpica y usaré el premio para llevarla lejos conmigo.

Nadim tomó una bolsa de su cinturón y abrió su contenido sobre su palma extendida—. Esto podría ayudar en tu causa —dijo. Sostuvo dos aretes largos en forma de pera, de color verde oscuro.

—Son espectaculares —remarcó Artem—. Pero no puedo aceptarlos.

—Son tuyos —lo informó Nadim—. Lo supe por Herata, la vieja esclava que te encontró. Estaban en un envoltorio junto a una nota atada a tu manta. Tenía

miedo de que alguien te los robara por lo que me pidió que me aferrara a ellos hasta que fueras grande. Creo que la gema es llamada una Esmeralda de noche porque brilla incluso más en la luz de las lámparas. Ha llegado el momento de que te las devuelva.

Anonadado por la magnificencia de las joyas, Artem se llenó de determinación. —Dile —urgió Artem—. Dile que espere. Voy a ir por ella.

Hyacinth acarició la forma de la arcilla emergente que giraba en la rueda de la ceramista. La urna en formación que redondeó y alargó sobre la rueda estaba resultando bien. La vida como sacerdotisa de Atena le había abierto tantos nuevos mundos. Sus días los pasaba atendiendo a la alta sacerdotisa y aprendiendo tantas cosas.

Había aprendido a hacer cerámica, como siempre había querido. Como sospechaba, poseía una aptitud natural para eso, tomando la artesanía con una segura y casi mano practicada.

No borraría la tristeza que había vivido en su corazón desde el día en que Artem desapareció, sin embargo era satisfactorio. Y era mejor, que pasar sus días como la mimada pero servil esposa de Macar.

Deteniendo la rueda, inspeccionó su trabajo. El resultado le agradó.

Estaba orgullosa de servir a Atena. Había aprendido que la diosa era la patrona de las tejedoras, alfareros, orfebres, escultores, músicos y jinetes. Como sacerdotisa de Atena, y consumada ceramista también, tenía algo de status. Aunque tenía prohibido salir del gran y acolumnado templo en la Acrópolis, en muchas maneras se había convertido en su propia mujer.

Después de poner la olla en el horno, se lavó las manos y se preparó para ir a enjuagar el resto de la arcilla. Estaba bastante cubierta de ella, su ropa, la cara, e incluso el pelo.

Para llegar a su habitación, tenía que cruzar las dos grandes plantas centrales de la sala de Atena con la imponente estatua de la diosa. Se detuvo, como siempre, a mirar hacia arriba y admirar la majestuosidad y el poder de Atena. Las aberturas en el techo hacían listones de luz solar en la sala oscura. Iluminando la enorme estatua, confiriéndole una cualidad natural.

Con una mano levantada, Atena celebraba la llegada de Nike, la diosa de la victoria. En su otra mano sostenía una lanza. A sus pies estaba una serpiente y una rueda. La altura y la corona de oro deslumbraban por el sol.

Atena, diosa de, entre otras muchas cosas, del conocimiento, lo que más valoraba Hyacinth de lo que le había dado, porque en los últimos meses había empezado a leer. Después de que Artem había desaparecido, había perdido la esperanza de alguna vez aprender. Pero ahora, como un milagro, bajo la tutela de sacerdotisas mayores, había dominado el arte. Él tenía razón, era como si un millar de puertas cerradas se abrieran repentinamente para ella.

¡Qué regalo! ¡Tal riqueza!

Su lectura era todavía rudimentaria, pero las otras sacerdotisas podían leer con habilidad. Leían entre ellas, toda variedad de cosas. En las últimas semanas, había aprendido acerca de los medicamentos de Hipócrates, los pensamientos de Sócrates y Platón, las obras de Aristófanes. Era más conocimiento de lo que podía haber imaginado que llegaría a ella.

Una sacerdotisa sencilla, vestida con cinturón color amarillo pálido entró en la sala con tanto silencio, que Hyacinth la sintió cuando le tocó el brazo. Era Iphigenia, funcionaria de la gran sacerdotisa. Sus ojos verdes brillaron y echó atrás los rizos rojos cuando le daba el mensaje.

—Un joven desea hablar con usted. No se le permite estar en el templo, así que lo han hecho esperar afuera.

Hyacinth miró bruscamente.

—¿Sabes su nombre?

—Su nombre es Artem.

Artem... después de todo este tiempo.

Una visión de él apareció en su mente.

—Recuerde que usted se comprometió con Atena ahora —Iphigenia le recordó.

Hyacinth se mordió el labio. Sus ojos viajaron a Atena, la diosa que le había proporcionado esta nueva vida.

Macar no la había querido después de que su dote se había perdido. Artem no había aparecido. Pero Atena había estado aquí esperando para tomarla.

—Por favor, dígame que se valla —le dijo a Iphigenia. Con una pequeña inclinación de consentimiento, Iphigenia se fue.

El estómago de Hyacinth se cerró de la angustia. ¿Esta había sido la elección correcta? Por lo menos debió hablarle. Pero si lo veía, se dejaría llevar. Y no podía huir con él ahora. Salir de ahí sería la desgracia no sólo para ella, sino para toda su familia, y sus vidas se habían vuelto bastante difíciles con sus reducidas nuevas circunstancias.

Su posición como sacerdotisa era la única cosa de su situación social que les quedaba.

Pero Artem había venido por ella.

Llena de sentimientos contradictorios, confusos, se apresuró desde el gran salón hasta su habitación. Era una habitación pequeña con sólo un plato y una jarra de agua sobre una mesita de noche junto a la cama. Tenía un balcón estrecho, sin embargo, desde donde podía mirar hacia abajo la empinada ladera de Acrópolis. La puerta del balcón estaba abierta ahora, y la brisa cálida sopló en su habitación.

Sentada en su cama, dejó caer la cabeza en sus manos. Su gato naranja y negro, bebé, saltó ligeramente sobre la cama y lamió el brazo para consolarla.

—Artem —dijo en voz baja, sólo por el placer de escuchar su nombre. Al levantar el gato en su regazo, acarició su piel—. Artem —susurró de nuevo.

Una explosión rápida desde el balcón la hizo saltar. La pequeña planta de color azul violáceo que había colocado en la barandilla había caído, por el viento, sin duda. Estaba saliendo a la derecha del balcón cuando una mano tocó su hombro.

Jadeando, se apartó.

—Tenía que verte —dijo Artem—. ¿Por qué no me esperaste?

—¿Esperarte?

—Te envié un mensaje con Charis, tu esclava.

Ella negó con la cabeza, sin entender.

—No he recibido ningún mensaje.

Él le dijo todo lo que había sucedido. Hyacinth maldijo a Macar por el dolor que le había causado a los dos.

—Y a Charis, también. No cabe duda de que recibió el mensaje pero considero que no era necesario pasármelo —dijo.

—Sólo ahora he recaudado lo suficiente como para venir por ti —explicó.

—Si lo hubiera sabido —dijo, dejando caer su cabeza. Una lágrima se abrió paso por su abatida cara y no se molestó en borrarla—. Ahora es demasiado tarde.

—No puede ser —protestó furiosamente—. Los dioses no pueden jugar así con nosotros.

Ella se rió amargamente mientras un torrente de lágrimas inundaba sus mejillas—. Solo somos juguetes para los dioses —dijo, su voz rota de dolor—. Deben estar muy entretenidos con el giro de los eventos. —Rompiéndose completamente, enterró el rostro en sus manos y sollozó.

—No —insistió él—. Si esta es la voluntad de los dioses, entonces los desafío. No estoy de acuerdo con ser soplado por el viento de algún juego divino. —Volteando su cara hacia el cielo, siseó en un intenso susurro— ¡Escúchenme, dioses del Olimpo! No me someto a su voluntad. Maldíganme como elijan no me importa, mi destino es mío y tendré a esta mujer que tan risueñamente han arrebatado de mi lado.

Hyacinth aferró su brazo—. No tientes al destino. Los dioses son poderosos. Escucharan tus desafiantes palabras y te destruirán.

Artem descansó la punta de sus dedos gentilmente sobre sus labios para detener su temeroso clamor de palabras—. Atenea no quiere tu servicio si tu corazón está en otro sitio. Ganaré el concurso de arquería Olímpico, no hay nadie mejor con un arco y una flecha, y huiremos con el dinero del premio.

Él estaba tan seguro. Si tan solo ella pudiera sentirse tan confiada.

Artem alcanzó su mano y vertió el contenido de una bolsa en su palma.

Ella inhaló una respiración aguda.

Los zarcillos verdes brillaban en el sol.

—Son hermosos —dijo, golpeada por el asombro. Lo miró con una repentina alarma—. ¿Dónde los conseguiste?

—No los robé, si eso es lo que te preocupa —dijo con una disgustada nota de amargura asomándose por su suposición—. Parece que son mi legado, todo lo que tengo de valor, y te los doy a ti.

—Amaría tenerlos, Artem. Son maravillosos por si solos y como muestra de tu amor, lo son aún más.

—Son tuyos para que los guardes.

Las lágrimas comenzaron de nuevo, bajando por sus mejillas, salpicando el aire mientras ella sacudía su abatida cabeza.

—Mi familia estaría en desgracia. Sus vidas serian completamente destruidas.

—¿Qué hay de mi familia? —le contestó—. Estaría acabado si no te tuviera.

—Tu vida continuará. Debes hacerlo. Conocerás a otra. Todavía serias feliz. Mi familia no podrá recobrase como tú serás capaz de hacerlo. Debes irte. Toma estos hermosos zarcillos y por favor vete.

Él presiono los zarcillos en sus manos—. ¿Realmente eso es lo que quieres que haga?

Amargas y saladas lágrimas cayeron en las piedras verdes de sus manos—. ¡No! Sabes que eso no es lo que quiero, pero tienes que irte —insistió ella—. Por favor vete —susurró, con su voz apenas audible.

Él balanceó sus piernas sobre el balcón y se preparó para descender—. Quédate con los zarcillos —dijo—. Si los dioses no pueden detenerme, tampoco podrá hacerlo tu sentido del deber. Me rehúso a renunciar a tu amor, Hyacinth. Viene de un lugar más viejo y más sagrado del que incluso los propios dioses podrían conocer.

Sus palabras la atravesaron como si fueran verdaderas y aún así eran peligrosamente irreverentes—. No hay lugar más viejo y más sagrado que el Olimpo —dijo.

—Lo hay, y está en nosotros —insistió él.

Ella le alargó los zarcillos—. Debes llevarte esto. Dáselos a otra que esté libre para aceptar tu amor.

Artem envolvió los dedos de Hyacinth alrededor de las gemas verdes y apretó su mano—. No hay nadie más a quien pueda amar.

Balanceó sus piernas sobre el balcón y se preparó para saltar—. Mantenlos —le dijo—. Devuélvemelos el día que estés segura de que no me amas.

Artem se sentó en la Acrópolis tocando su flauta. Habían pasado meses desde la última vez que vio a Hyacinth. Como había predicho, había ganado la medalla Olímpica de oro en la competencia de arquería. Incluso tuvo el placer de vencer a Macar. No sabía que había sido más dulce, ganar el premio o ver la cara de ese idiota contorsionada por el ultraje cuando vio quien lo había vencido.

Pero de todos modos, Hyacinth no lo vería. Cada vez que iba al templo de Atena, ella enviaba a Ifigenia¹ con su furtiva mirada para que lo echara.

No iba a ser disuadido tan fácilmente. Noche tras noche, se sentaba bajo su balcón tocando su flauta. Diría y recitaría su poema del ancestral Egipto, el cual había completado durante su larga recuperación de la derrota de Macar.

Ya no solo era una historia de un esclavo Nubia, cautivo en Egipto. Ahora hablaba sobre una mujer egipcia que había amado. Ellos habían escapado de Egipto juntos y navegado hacia el sur bajando el Nilo. La canción era rica con imágenes de las arenas doradas, las imponentes pirámides, y los majestuosos templos y palacios Nubia, el adorado hogar del esclavo.

Estas imágenes le habían llegado en un arranque de inspiración, no tenía duda, por las musas del Monte Olimpo, las criaturas divinas que inspiraban todas las artes. ¿Donde más imaginaciones como esas podrían originarse en alguien como él, que nunca había salido de Atenas? No tenía idea.

Y luego una noche, ella apareció. Su corazón había saltado al verla, el satinado cabello oscuro, su tan deseable forma silueteada por la luz de la lámpara. De pie en el balcón, cantó al sonido de su flauta, entonando las palabras de su poema que había aprendido de memoria. ¡Esa voz!

Seguramente las sirenas sobre sus rocosos acantilados que habían hipnotizado incontables marineros con sus hechizantes canciones no podían cantar más hermosamente que Hyacinth.

A la luz de la lámpara colgando sobre su puerta, centellaban brillantes destellos verdes a un lado de su mejilla. ¡Ella estaba usando sus zarcillos! ¡Todavía lo amaba!

Pero cuando comenzó a escalar hacia su balcón, se giró y entró, cerrando la puerta detrás de ella.

¡Maldito su testarudo, estúpido y equivocado sentido del deber! ¿Qué había hecho su familia además de hacerla sentir estúpida e inmerecida? ¡Era su destino estar con él! ¿Por qué dejaba que el miedo y el deber la gobernaran de esta manera?

Pero incluso mientras la maldijo, su corazón estalló con amor por su hermosa niña, su Hyacinth. Nunca renunciaría a ella.

Iphigenia estaba en la puerta de la habitación de Hyacinth. Era la fiesta de Atenea Pallas, el único día del año, cuando salían del pueblo en la celebración de Atenea, el guardián de su ciudad.

Hyacinth se acercó a la ventana, mirando sobre la Acrópolis. Su cabello estaba recogido en hilos dorados. Su túnica era nueva. Estaba ausente tarareando una canción que Iphigenia reconoció. Fue la canción que cantó la noche para el que había sido conocido como el niño salvaje.

Los ojos de Iphigenia vagaron hacia los magníficos zarcillos verdes, unidos uno al otro, reposando en un plato de cerámica sobre la mesa de noche de Hyacinth. Eran un regalo del niño salvaje, robados por él, sin duda. Hyacinth nunca los usaba en el templo. Tenía que ser que sólo los usaba en la noche cuando los dos creaban música.

Todas las noches, Iphigenia caía dormida nerviosamente escuchando esa enloquecedora canción esparcirse por su habitación.

Hyacinth jugaba tantos juegos con ese pobre compañero, cantando con él, y sin embargo le cerraba la puerta, negándose a verlo. O lo uno o lo otro, lo amaba o no. ¿Por qué él se lo aguantaba?

Y ese estúpido chico ni siquiera reconocía a Iphigenia, cuando la veía. Nunca se había dado cuenta de ella, incluso antes, cuando había llegado al templo pidiendo comida. Ella se crió allí, una huérfana abandonada en las escaleras del templo, recogida por las sacerdotisas. Había sido enviada para llevar la comida a los mendigos, entre ellos él. Incluso así nunca la había visto.

Pero ella lo había notado. Si él hubiera estado cantando bajo su ventana, deseando su amor, se hubiera ido hace mucho del templo.

Cómo odiaba a Hyacinth. Qué ridícula arrogancia, tirando ese tipo de adoración, un amor por el que Iphigenia habría dado cualquier cosa por poseer.

Hyacinth se dio cuenta de Iphigenia y se alejó de su ensoñación en la ventana.

—¿Es hora de ir? —preguntó ella.

—Sí, la suma sacerdotisa está lista. He venido por ti. ¿Vas a usar tus encantadores zarcillos verdes en la celebración?

Hyacinth negó con la cabeza al pasar a Iphigenia en la puerta—. ¿Vienes?

—En un minuto. —Iphigenia esperó hasta que Hyacinth hubiera bajado las escaleras hacia El Gran Templo. Luego tomó los zarcillos del plato.

Si no podía tener el amor del niño salvaje, entonces tendría su regalo. Al presionar los pendientes con sus labios, les dio un ávido beso, y se alejó a toda prisa a esconderlos en su habitación.

El desfile en honor a Atenea tuvo su final de vuelta en los anchos escalones del templo. Hyacinth estaba detrás de la suma sacerdotisa. Una estatua de Atenea se había paseado por las calles. Era un tercio del tamaño del Gran Palacio, pero con la imponencia del mismo.

Un mar de personas se había reunido frente al templo.

El jefe del gobierno de Atenas dio un paso adelante—. En honor a Atenea, —proclamó— presentamos a los ganadores de los Juegos Olímpicos de este año.

Macar dio un paso adelante, su medalla en el cuello, la cabeza alta, dura mirada, auto impuesta como siempre. Lanzó una mirada a Hyacinth en los escalones. Por un instante sus ojos se encontraron antes de que Macar mirara hacia otro lado. No había duda de que estaba avergonzado por haberse negado a casarse con ella después de que su dote se perdiera en el mar. Naturalmente, nadie lo culpaba.

Hyacinth se estremeció, al recordar que se había escapado por muy poco. El matrimonio con Macar habría sido una conformidad sin amor, sin brillo. La vida como sacerdotisa era infinitamente mejor. Escucho que se había casado y esperaba un hijo. Su nueva esposa probablemente fue muy feliz de tener por premio ese marido. De cualquier manera, Hyacinth esperaba que fuera así.

Otros dos jóvenes usando sus medallas siguieron a Macar. Y luego vino Artem, con su medalla en la mano.

No miró a nada, excepto a Hyacinth. Su mirada directa la hizo apartar la mirada de vergüenza, todo el mundo podía ver cómo se centró en ella.

Sin embargo, parecía que sólo Iphigenia era consciente de ello. Le envió a Hyacinth una mirada que no se atrevía a reconocer.

A cada ganador se le pidió que se dirigiera a la multitud. Cuando fue el turno de Artem, habló con la suma sacerdotisa—. Me gustaría ofrecer a Atenea esta medalla de oro olímpica y todo su valor con la esperanza de que pudiera reclamar a su sacerdotisa Hyacinth como mi novia.

La multitud se quedó sin aliento por su temeraria declaración.

—Hago esta súplica —Artem continuó— porque sé que ella me ama, pero no será mía porque deshonraría a la diosa al romper su juramento. Sin embargo, prefiero terminar mis días ahora que vivir sin ella en mi vida.

La sacerdotisa dio un paso adelante para responder—. Su suplica es enternecedora, joven hombre, pero Hyacinth ha jurado una promesa tan fuerte

como cualquier juramento de matrimonio. No puedo aceptar su medalla, ni liberarla a ella para usted.

Volviendo al templo, le ofreció a Hyacinth y a otras de las sacerdotisas seguirla adentro. Cuando estaba a punto de entrar, Hyacinth lanzó una mirada por encima del hombro. Artem estaba con los ojos clavados en ella.

Por primera vez esa tarde, el templo de Atenea le parecía a Hyacinth como una tumba viviente. De rodillas ante la inmensa estatua, rezó a la diosa de la fuerza y la autodisciplina. Ir lejos con Artem sería invitar a la ruina no sólo para ella sino para su familia. Oh, pero las ganas de hacerlo era abrumadora, sobre todo a partir de hoy.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que otra persona había entrado en la sala y ahora estaba a su lado. Pero pronto se dio cuenta del calor y la energía de esa presencia. Abrió los ojos, vio a una mujer de mediana edad. Su pelo largo, salvaje, blanco y tieso jugando alrededor de su rostro y hombros. Sus lechosos ojos azules estaban desenfocados cuando le dio la cara a Hyacinth sin hablar.

Hyacinth nunca había visto a esta mujer ciega antes, pero sabía quién era por la reputación y las descripciones de las otras sacerdotisas.

—Usted es el Oráculo de Delfos —reconoció Hyacinth en un susurro atemorizado.

El Oráculo era la gran profeta que predecía el futuro, es decir tan difícil de descifrar que sólo los sabios podían burlarse de los significados que ella decía. Hyacinth asumió que había llegado al templo a causa de la fiesta. ¿Por qué, sin embargo, estaba hablando con ella ahora?

—Me conoces, porque nos hemos visto antes —retumbó la voz de la mujer, que emana riqueza de las profundidades de su garganta.

—No, seguramente no —se atrevió a contradecirla Hyacinth—. Tal vez piensas que soy otra persona. Soy Hyacinth de Atenas, una nueva sacerdotisa de Atenea.

—Te conozco —dijo el Oráculo de nuevo, levantando la voz con irritación.

Hyacinth se encogió, asustada de haber provocado la ira de este poderoso personaje.

El Oráculo levantó los brazos, sus anchas mangas colgaban—. Has estado en la cueva. Te espí en la cocina. Te llevé a las ruinas ardientes. La joya no es lo que piensas. Debes buscar su significado. Si me buscas te ayudaré —desvarió.

Hyacinth se esforzó por dar sentido a esto. Nunca había estado en una cueva. Había estado a veces en una cocina. Respecto a la mención de la joya, pensó en sus zarcillos.

—El que viene por ti con la joya es tu destino.

Hyacinth quedó sin aliento. ¡Artem!

—La joya se interpondrá eternamente entre los dos si tu corazón no es puro.

—Por favor —dijo Hyacinth— No entiendo.

—El desenlace es el viaje —respondió el oráculo.

¿Por qué no hablaría con claridad esta mujer?! ¿Y por qué incluso hablaba con ella, alguien de tan poca importancia?

—Mis palabras se volverán normales en el tiempo —continuó el Oráculo, al parecer, leyendo los pensamientos de Hyacinth—. Vengo a pagar una deuda. Te he hecho mal antes. El destino me ha mandado a modificar todo lo que he hecho mal para que mis poderes puedan expandirse por el bien de todos.

—Dime. Por favor. ¿Debería irme con la persona que amo, el que me ha dado las joyas verdes? —le preguntó Hyacinth.

—El desenlace es el viaje —dijo el Oráculo de Delfos, una vez más. De repente, giró y, caminando a su manera con la gracia del líquido, giró a la izquierda en el Gran Templo.

Esa noche, el resto de Atenas se deleitó y celebró el día de fiesta. La luz de la lámpara y fogatas iluminaban el negro cielo. En la Acrópolis, sin embargo, nubes bajas borran los rayos de la luna.

Iphigenia se sentó en su cama examinando los zarcillos verdes con la luz de su pequeña linterna. La forma en que brillaban !Tanta elegancia!

¡Que declaración la que había hecho! Y esa idiota, esa estúpida chica, había estado allí en silencio. Yo hubiera corrido a sus brazos, abandonando todo por él. Iphigenia estaba segura de eso.

Y entonces allí estaba, esa flauta sonando una vez más sobre la colina.

¡Él estaba de vuelta! ¿Volvería cada noche por toda la eternidad?

¡Era desesperante!

Sin soltar los zarcillos, salió a la oscuridad de su balcón a observar como había hecho tantas veces antes.

La flauta se detuvo.

El balcón de Hyacinth estaba oscuro y vacío.

Ella no había salido. ¿Sería que finalmente él renunciaría?

La mente de Iphigenia se aceleró. Tal vez debería ir abajo, hacer que él conociera sus sentimientos, y decirle que podría incluso llamar a su Hyacinth si lo deseaba. A ella no le importaría, cualquier cosa con tal de tener su amor, para ser llevada lejos de este terrible templo que había sido su prisión desde la infancia.

En la oscuridad, Iphigenia de repente empezó a respirar fuerte. Una forma aún más oscura estaba descendiendo por el balcón de Hyacinth, bajando.

¡Ella iba a él!

Iphigenia, ahora no tenía oportunidad con él—. ¡Te maldigo! —escupió mientras lanzaba los zarcillos verdes por encima de su balcón.

A Hyacinth le dolían los pies mientras buscaba un punto de apoyo en la columna por debajo de su balcón. ¡Estaba tan oscuro! ¿Dónde estaba Selene, diosa de la luna, esta noche cuando la necesitaba?

¿Por qué había dejado de tocar la flauta?

Estaba tan oscuro. Rezó para que no se hubiera ido. Pero tal vez no tenía derecho a rezar, ahora que había roto su voto a Atenea. ¿Sería maldita por la diosa por esto?

¿Artem la maldeciría a ella también? Se le acercaba sin los zarcillos que representaban su amor. Hace apenas un momento, había oído la flauta y había decidió que no podía seguir viviendo sin él, que ningún precio era demasiado alto para pagar. Se había ido a poner en los zarcillos, preparándose para irse con él, ¡sólo para descubrir que faltaban!

Una rápida y frenética búsqueda y no los había encontrado.

Se habían ido por completo.

Y entonces la música se había detenido. Corriendo al balcón, buscó en la oscuridad, pero no podía verlo. No podía dejarlo ir, tal vez para siempre.

Fue entonces cuando comenzó a descender, demasiado frenética como para preocuparse por el inconveniente de los zarcillos. No estaba segura de cómo lo iba a manejar, pero él había subido antes... lo que significaba que podía bajar.

Ella tenía dos partes del cuerpo abajo cuando las nubes se abrieron y vislumbro el paisaje con la luz de la luna.

Como el brillo de una estrella fugaz, los zarcillos verdes volaron por el aire, brillando en el blanco resplandor de la luna.

¡Fue una bendición de Atenea! ¡Una señal de que la diosa no le tenía malicia!

Pero ¿y si Artem estaba allí, esperando escondido detrás de un árbol o un arbusto? ¿Y si pensaba que ella había arrojado los pendientes abajo como señal de que ya no lo amaba?

—¡Artem! —llamó en un suave susurro, por miedo de alertar a las otras sacerdotisas.

—¡Artem! —no hubo respuesta.

Vio brillar los zarcillos, atrapados en los cardos de un arbusto de enebro en el borde de un afloramiento rocoso.

Luego lo detectó moviéndose bajo lugares no iluminados por la luna. Se dirigía hacia los zarcillos para recuperarlos.

Aún tenía miedo de gritarle, consideró que podía saltar al suelo. Cayó de rodillas y le latía el pie que había golpeado en la tierra.

Él no había llegado aún a los pendientes. Tenía que llegar en primer lugar, y esperarlo con los brillantes en sus orejas.

Estaba cerca, adelante, en precario equilibrio sobre el campo de enebros. En su prisa por recuperar los zarcillos, no lo vio, también corriendo en la oscuridad.

De repente, él se vino sobre ella, inesperadamente, patinando para detenerse.

Sorprendida, se tambaleó hacia atrás.

Su débil pie torcido, cedió bajo su peso. De repente estaba cayendo hacia adelante sin control, cayendo por la ladera.

Cayendo, rebotando, golpeando y golpeando de nuevo.

Escucho alguna cosa romperse.



Entonces

Traducido por Taty95.12

Corregido por Dianita

Artem, lo siento. No tienes ni idea de cómo me duele verte llorar. Cómo esperaba que por fin pudiéramos estar juntos. Quería navegar lejos, tal vez a tu Egipto de oro, donde nadie nos encontraría. No me oyes, tan profundo es tu dolor. Sentir tu cuerpo encima del mío mientras aúllas a la luna como un hombre lobo. Pero no estaré ahí nunca más.

Ya no soy la joven cuyo cabello estaban desatados en los senderos de la tierra mientras cargabas por la empinada cuesta mi cuerpo roto hasta el templo de Atenea.

Él e Ifigenia me llevan al interior. La sacerdotisa viene y grita en alarma.

Todavía llorando, Artem se va. Lo llamo, pero no regresa.

Nadie me habla. Estoy en silencio viendo como mi cuerpo sin vida es lavado, vestido con una túnica nueva, y acostado en un ataúd. Las cenizas se dispersan por mi pelo suelto. Una corona de jacintos es colocada en mi cabeza.

Jacintos.

Creo que esta palabra tiene un significado para mí, pero lo he olvidado. No puedo recordar mi nombre, ni el de mi madre o mi padre.

Tratando de recordar estas cosas, paseó por la pendiente de la Acrópolis a través de las calles de Atenas. No es seguro para una mujer joven caminar en silencio a través de Atenas en la noche. Lo sé, sin embargo no tengo miedo.

Bajo una calle desconocida de la ciudad, y al final de ella llego a un río. Flota un barco, amarrado a un poste que sobresale del agua. En ella, un hombre con una toga marrón, se encuentra como si me estuviera esperando.

Esto debe ser un sueño, creo, a pesar de que parece tan real.

—La llevaré al otro lado — dice el hombre.

—¿Qué hay al otro lado? —Le pregunto.

—A usted le va a gustar — dice.

—No tengo manera de pagar.

—El cordón de oro enredado en su pelo es suficiente.

Recorro a través de mis cabellos anudados, liberando la pieza restante del cordón roto—. No vale la pena —menciono.

—Es suficiente.

Vagamente recuerdo un cuento que Caris me conto cuando era niña. La historia no regresa a mí con claridad, aunque recuerdo la moraleja. No pagarle al barquero hasta que te lleve con seguridad al otro lado, de lo contrario te tirara en medio de la laguna Estigia.

—¿Este es el río Estigia? —Le pregunto.

Él asiente, y me estremezco con miedo. Este es el río de la muerte. Al otro lado está el infierno.

Temo, arrugo el cordón de oro en mi puño—. No. No. —Retrocedo.

Me doblo hacia adelante, segura de que voy a vomitar. Sólo me convulsiono, sin producir nada. Mis ojos arden por las lágrimas, pero aún permanecen secos.

El barquero hace señas para que me acerque—. Se arrepentirá toda la vida como un espíritu —dice—. Esta soledad es inimaginable. Esta es su oportunidad de cruzar.

—Le pagaré al otro lado —le ofrezco.

Sonríe amargamente, moviendo la cabeza—. Incluso ahora, ellos le cuentan a los jóvenes la historia, ya veo. Es triste que los jóvenes sean desconfiados. Págame cuando lo desees.

Cuando me subo a la barca, la desamarra y empuja con su palo. El silencioso río negro fluye más allá de la casa de mis padres y hermanos. Un jarrón de agua de

hisopo se encuentra en la puerta de entrada mostrando que se ha producido una muerte en la familia.

El río fluye a lo largo de la costa, donde Artem se sienta en una roca, las olas del mar chocan a su alrededor—. ¡No! —Lloro mientras lanza los pendientes a las olas.

—Adiós. Adiós, —Le digo. Por un momento levanta la vista como si me hubiera escuchado en el viento o las olas. Luego baja la cabeza con desesperación.

Es de madrugada para el momento en el que el barco llega al otro lado. Apenas llegamos a la orilla, dejo en la mano del barquero el cordón de oro. Luego desaparece, no se ve por ningún lado.

De pronto estoy en un prado con los demás. Está lleno de flores con una cálida brisa flotando. Hablamos y descansamos. Soy consciente de que estoy muy cansada.

El tiempo deja de ser significativo. Podría haber estado en la pradera cientos de años, tal vez cientos de minutos.

Da lo mismo.

Parece que hay mucho en que pensar, resolver, en dar algún sentido.

Siempre estamos hablando entre sí, discutiendo, preguntándonos si hemos tomado las mejores decisiones, mientras vivimos:

—¿Qué crees que debí haber hecho diferente?

—¿Qué habrías hecho tú si hubieras sido yo?

—¿Hice mal al dejar a un lado el amor por un bien material?

—¿Es tan malo el deseo de estar a salvo?

—¿Hice eso por la razón correcta?

Esto sigue y sigue... y sigue.

Nunca estamos hambrientos, sino que bebemos como si estuviéramos sedientos, de los dos ríos que atraviesan la pradera, Lethe y Amelete. Me he dado cuenta que cuanto más bebo, menos puedo recordar del pasado.

Cada vez que bebo del río, duermo mucho. Después de un largo, y profundo sueño, me despierto en la pradera y pienso: me gustaría volver a intentarlo.

Luego, poco después de tener este pensamiento, una columna de cegadora luz blanca aparece. Tiene el nombre que he escuchado de los demás en el prado.

Es la bisagra del Universo.

Canta constantemente, vibrando a un ritmo muy rápido.

La he visto antes y, he vistos como los demás entran en su luz, pero nunca antes me afectó. Ahora, el día de hoy, soy incapaz de resistir su fuerza, quiero ir hacia ella.

Estoy en el centro.

En una corriente rápida, estoy rodando hacia abajo, a través de una extensión negra llena de estrellas, hacia la tierra. Voy a regresar.

Voy a estar en el mundo aguantando los caprichos de los hombres. Voy a hacer mi propio poder. Voy a servir a la diosa y sacar fuerzas de ella.



En la rueda del Renacer, Canaán, 28 A.C.

*Traducido por Flochi
Corregido por Selune*

Mi querido hermano Thaddeus,
Fue una boda de nivel a pesar que el anfitrión se quedó sin vino en un momento dado. Parece que ese Jesús de Nazareth del que todos están hablando de alguna manera produjo mucho, después que su madre le pidió que así lo hiciera... un hombre que después ha robado mi corazón.

Tengo que dejar de beber tanto vino. Hace que estos dolores de cabeza empeoren. También me vuelvo demasiado pendenciera cuando bebo. Por ejemplo, algunas personas estaban afirmando que ese Jesús que mencioné es el Mesías que ha sido profetizado. Yo rápidamente argumenté que él no podía ser. Según la profecía, el Mesías se supone que no vendría hasta *después* de que el profeta Elías regresara de entre los muertos.

Ahí tienes. Les recordé eso.

Ni siquiera sabía que ese Jesús había estado escuchando, pero si. Él dijo: *Te digo que* Elías ya ha venido y ellos no lo reconocieron.

Le dije: —Bueno, está bien, si tú lo dices. —Pero para ser honesta, esto me había desconcertado así que le pregunté qué quería decir con eso. El grupo de doce hombres que viajaban con él me dijeron que estaban bastante convencidos de que lo que él quiso decir es que Elías *había* renacido, esta vez como Juan el Bautista. Después, cuando le cortaron la cabeza, fue más esa cosa del karma de la que hemos escuchado en los textos de Suddha³. Parece que Elías fue

³ Ley de Trascendencia o Suddha Drama: Ley de Trascendencia, que resulta de la síntesis de espíritu y materia, funcionando conjuntamente en el proceso evolutivo mundial que continúa eternamente.

responsable de haber cortado algunas cabezas hace mucho tiempo. Así que se volvió contra él en su siguiente vida.

Elías se reencarnó en Juan el Bautista y eso quiere decir que estaba claro que el Mesías iba a venir. Puedo aceptarlo. Sin duda alguna, la reencarnación no es una idea nueva.

Bueno, creo. Está bien.

Aunque, definitivamente voy a dejar de beber tanto.



Londres, Inglaterra, 1247

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Selune

Mi querida, bebé Gwendolyn, te entregó a estas buenas monjas de la Orden de la Estrella de Belén ya que soy demasiado pobre para alimentarte por mi cuenta. Ojalá que te críen para ser una monja piadosa y al servicio de Dios, especialmente a María, la madre de Dios, como ellas hacen. Tu vida será simple y santa pero nunca padecerás hambre. No tendrás que preocuparte por tomar decisiones difíciles en la vida.

Es una buena época en Inglaterra. Edward el Primero es un buen rey. Permanece fiel a Dios y al país y nunca te ira mal.



Londres, Inglaterra, 1348

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Marina012

Descansa en Paz, la Madre Abadesa María Regina (nacida Gwendolyn de Canterbury), la líder de nuestra orden que ha muerto el día de hoy a causa de la terrible Peste Negra que ha tomado a tantos otros. Su devoción a María, nuestra madre divina, no tiene igual. Su caridad y compasión hacia enfermos y moribundos no caerá en el olvido pronto. Su prodigioso conocimiento del latín y del griego abrió un mundo de aprendizaje para las hermanas de nuestra orden.



En el registro del Capitán, 1518

*Traducido por masi
Corregido por Marina012*

Hoy llegamos a la costa de África occidental, y allí soltamos el ancla en alta mar por temor a ser atacados, o contraer alguna de las enfermedades nativas, a las que muchos antes que nosotros han sucumbido. Mi mandíbula está dolorida. Sin duda, he empezado a hacer rechinar mis dientes por la noche, una vez más debido a las presiones de este arduo viaje y las largas noches húmedas. Rezo para que no sea tétanos, debido a cuando me corté yo mismo con un clavo oxidado a principios de semana.

Finalmente, después de tres días de haber echado el ancla, los representantes de una de las tribus de la costa, comerciantes de esclavos remaron hasta nosotros en un gran bote cargado de hombres, mujeres y niños. El jefe me informó de que estos prisioneros eran de una tribu vecina, del interior, que fueron capturados durante una redada.

Había muchos llantos y gritos, especialmente de madres a hijos y viceversa, mientras los cargaban hacia la parte inferior de las cubiertas de nuestro barco, situándoles uno al lado del otro, en orden, para que cupiese tanta carga como fuera posible. Pagamos por ellos con ron, abalorios y algunas espadas.

Como gesto de buena fe, el jefe comerciante de la tribu de la costa, me dio como regalo una lanza finamente tallada, ya que, en nuestra última visita, yo le había confiado a él que soy un coleccionista de jabalinas, lanzas y arpones. Yo le aseguré que estaba muy agradecido por ello y que regresaría dentro de seis meses para un cargamento adicional.

Mi primer oficial, un marinero experimentado que había emprendido su primer viaje, antaño, en un barco de esclavos, había demostrado hasta ahora ser un marino experto y de primera clase. Al ver a los esclavos con grilletes de hierro, en la mano y el pie, reivindicó sentirse enfermo por nuestro trato, diciendo que él no se había dado cuenta de que le afectaría tan profundamente como lo hacía. Y lo demostró, casi de inmediato, al vomitar copiosamente por la borda del

barco. A continuación, afirmó que los dolores de cabeza violentos que había sufrido de niño habían regresado, reavivados por su enorme culpa.

Eran de tal fuerza que se sentía abrumado e incapaz de desempeñar sus funciones. Pidió que se le permitiera desembarcar y ser liberado de su servicio hacia mí.

Yo respondí que una vez que hubiéramos anclado en la isla caribeña de La Española, que era donde enviaríamos a los prisioneros al comerciante de esclavos que había contratado esta expedición, justo en ese momento sería libre de dejar su puesto. Hasta ese momento, estaba obligado a cumplir con los términos de su empleo, por muy repugnantes que los encontrara. De lo contrario, no me lo pensaría dos veces antes de tirarle por la borda, en las aguas infestadas de tiburones.

Recordaré, durante mucho tiempo, el odio que vi en sus ojos cuando él bajó la cabeza y se inclinó como gesto de obediencia. Fue un alivio ver como se alejaba, ya que, durante un breve instante, le imaginé echando su brazo hacia atrás y lanzando un duro golpe contra mi mandíbula. La imagen era increíblemente vivida y estoy contento de poder decir que no ocurrió.

Cerraré mi camarote esta noche, tan intensa fue la aversión, que sentí que él me fulminaba con la mirada. Lamenté haber tenido que hablar con él con tanta dureza, pero esa es mi obligación como capitán de este barco, para mantener el orden si no mantuviera el control, una revuelta y un motín le seguiría.



Expedición al Nuevo Mundo, bajo el mando de Francisco Pizarro, 6 de junio 1532

*Traducido por masi
Corregido por kuami*

Hoy tengo que hacer una entrada triste en mi diario, de este registro sobre las cosas maravillosas que mis ojos han visto en este nuevo mundo húmedo, exuberante y bañado en oro.

Durante muchos años antes de unirme a esta expedición, yo zarpaba en dondequiera que pudiera encontrar trabajo como marinero. Cuando era un hombre joven, incluso, lo hacía hasta las costas de África occidental, aunque esos recuerdos los preferiría olvidar. Las flotas españolas, en las que he navegado en los últimos tiempos, son las mejores del mundo, y he visto muchas de ellas en mis viajes por todo el mundo. Debo decir, con toda sinceridad, que las maravillas de este nuevo y extraño mundo, con su exótica vegetación, sus templos, sus esculturas, su abundancia de oro y joyas, han desafiado mi gran imaginación. El líder de los indígenas, Incas, lleva una corona llena de cientos de esmeraldas. Esta joya asombrosa se extrae, abundantemente, en esta tierra, aunque los líderes de la gente se niegan a revelar los caminos hacia las minas a Pizarro.

Escribo hoy apesadumbrado, como he mencionado antes. Una de las mujeres más notables que he conocido ha fallecido. Debo dejar constancia del paso de la Sacerdotisa Acana, a través de su pueblo, los poderosos Incas, que a pesar de poseer una cultura superior, no tienen el don de la escritura y no pueden registrar la historia de su vida.

Acana era la guardiana de la esmeralda sagrada de su pueblo, a la que llamaban Madre de las Esmeraldas y era adorada devotamente. Su posición era de gran respeto. Pasó sus días modelando exquisitas vasijas, para ser utilizadas en ceremonias sagradas y cantando mientras creaba e interpretaba cartas astrológicas. Esta santa mujer era poseedora de una voz que podía hipnotizar, y

FORO PURPLE ROSE

a menudo se la veía caminar por la selva, con su tigre, que era su mascota, paseando mansamente a su lado.

Acana hoy ha sucumbido a una enfermedad, que me temo que ha venido de nuestro grupo de exploradores. Hasta el final de sus días trabajó, arduamente, para salvar a su pueblo que ha muerto por la viruela, en grandes cantidades. Qué cruel era el que ella, que había enseñado la utilidad de los medicamentos antiguos de su pueblo, que desarrolló nuevos tratamientos a partir de cortezas y raíces, no hubiera podido hacer nada para curar sus propios males.

He estado en los tribunales de España y he hablado con los hombres más sabios de Europa, pero nunca he conocido a una persona con tales conocimientos, como Acana.



Del diario de Abigail O'Brian, 1687

Traducido por Gabrii

Corregido por Sera

Supongo que hoy es mi día de suerte. Seguramente podría usar uno. Ya que parece que no he tenido mucha suerte desde que tontamente subí a bordo de un barco siguiendo a mis compañeros que había atracado en el puerto de Dublín con dirección a las colonias en América del Norte. Él dijo que adoraba mis brillantes ojos y mis rizos rojizos y que me sería fiel durante todos mis días.

Supongo que un hombre dice cualquier cosa cuando está borracho. Más tonta fui yo al creerle.

El capitán nos dijo a los setenta o más que estábamos a bordo que el pasaje era gratis. Todo lo que teníamos que hacer era trabajar para un maestro en América durante seis o siete años como algo a lo que él llamó un sirviente contratado, de lo cual él se encargaría. No nos pagarían por nuestro trabajo pero tendríamos casa y alimentos, ¿así que quien necesita dinero de todas formas?

No se me ocurrió que hubiera algo mal con ese trato hasta que estuvimos demasiado lejos en el mar para hacer algo al respecto. Tenemos poco que comer, un trozo de pan duro cada dos semanas para un viaje de doce semanas. Después de cinco semanas, una pareja de casados imploró ser arrojada por la borda en vez de aguantar otro día de hambre. Se les dijo que debían de regresar abajo donde murieron de debilidad e inanición antes de finalizar el viaje. La disentería era una pesadilla allá abajo; el hedor era insoportable. A la sexta semana mi compañero había encontrado a una chica nueva, su marido había muerto de viruela y había sido arrojado por la borda dos semanas antes. Me había hartado de él, así que no puedo decir que me sintiera triste al verle irse.

Pensé que era feliz cuándo el viaje terminó, pero no tenía idea de que mis problemas sólo acababan de comenzar. Desembarcamos en Virginia donde un hombre nos llevó a todos para trabajar en su plantación de tabaco. Nunca has hecho un trabajo agotador hasta que has recogido tabaco, aunque he oído que

recolectar algodón es aún peor. Tuvimos que trabajar junto con los esclavos de África. La mayor parte de ellos ni siquiera podían hablar inglés sino que hablaban en el lenguaje más extraño que nunca había oído antes.

He estado demasiado cansada como para escribir en este diario pero finalmente recibí un descanso. El hombre en Virginia perdió la tercera parte de sus sirvientes abolidos en un juego de póker con un hombre denominado Wheldon que vive en un lugar llamó Nueva Inglaterra. Con tal de que no sea una plantación de tabaco, eso tiene que ser mejor que donde estoy.



La Sra. Charles Wheldon, Esq.
Salem, Massachusetts, 3 de Marzo
de 1691

Traducido por Aishliin

Corregido por Sera

Estimado Sr. Wheldon,
Esta carta es para informarle que en una semana estaré embarcando a mi hija, Elizabeth May, en un barco rumbo a la ciudad de Salem en las colonias. Ella es consciente de que, la última vez que estuvo en Inglaterra, me consultó sobre sus buenas intenciones de casarse con ella. Ella me ha asegurado que, aunque ustedes dos no se conocen muy bien, está en una posición favorable por lo que ella sabe sobre su apariencia y su disposición que dio a conocer en sus varias visitas a nuestra casa con su estimado padre.

Elizabeth May ha sido bien educada, ya que ha leído los clásicos de mi biblioteca bien surtida, la misma sobre la que su padre comentó favorablemente la última vez que les vimos. También ha sido educada por una institutriz versada en latín, historia y francés. La vida de la mente es de un interés extremo para mi hija, pero confió en que usted encontrará en ella una compañera bastante animada ya que siempre ha sido una chica aventurera. Será un buen augurio de su felicidad compartida si usted pudiera proveer su camino de libros así como estimular actividades que mantengan su mente activa.

Como usted sabe, Elizabeth May acaba de alcanzar su decimoséptimo cumpleaños este mes. Mi esposa, la señora Harrinton, y yo estamos seguros de que ella es bastante madura para ser su esposa, pero os ruego que tengáis en cuenta su temprana edad, mientras al mismo tiempo, la guíe con el beneficio de su experiencia. Estoy seguro de que usted la tratará bien ya que no conocerá a ningún otro en esta nueva tierra a la cual irá. Si yo no estuviera seguro de su buen carácter, no la enviaría tan lejos de casa.

Atentamente,

Sr. Henry Harrinton,

Londres, Inglaterra



Salzm, Massachusetts, 1691

Traducido por Emii_Gregori y Mar...!

Corregido por Melo

Charles Wheldon sacudió la nieve de sus guantes al entrar por la puerta principal. Como siempre, su joven esposa, Elizabeth May, estaba leyendo sobre el sofá en la biblioteca. A su llegada, ella levantó la vista de su libro.

—¿Qué te trae a casa tan pronto? —preguntó ella.

—Mi caso en el tribunal fue pospuesto.

—¿Por qué? —Ella dejó su libro y se acercó a él.

Él hizo un gruñido agravado y desdeñoso.

—Las hermanas Lewis estaban en el tribunal. Afirman haber visto brujas volando por el aire en los postes y creen reconocer que una de ellas era su vecina.

—¿Ellos les creen? —Elizabeth May se agachó para acariciar a su gato negro, que estaba acolchado en la biblioteca después de ella.

—Sí, muchos —le dijo—. En los últimos días este pueblo se ha vuelto loco con las observaciones de brujas.

La mano de Elizabeth May voló a su boca mientras ella jadeaba. Expresiones como esta le recordaban a él lo joven que ella era, a pesar de su posición de esposa.

—Espero que las hermanas Lewis no señalen con el dedo a la vieja Señorita Pritchard.

Él la miró bruscamente.

—¿Por qué habría de ser sospechosa?

—Ella se crió en la isla de Barbados y sabe muchas antiguas curaciones populares del lugar. Además de eso, siempre está hablando de presagios y de lo que podría predecir.

—Le aconsejaría mantener tales nociones para sí misma. La pena para la brujería es la muerte.

—Se lo diré —concordó Elizabeth May, tomando su gorra de invierno y la capa que mantenía colgada en un perchero de la puerta principal.

Charles levantó su mano.

—Pensándolo mejor, no lo hagas. No queremos ninguna culpa por asociación.

—Le diré lo que viene en camino y mas nada —dijo Elizabeth May.

—No es nuestro asunto.

—¡Pero ellos ahorcaron a Jane Stewart como una bruja apenas el mes pasado! —protestó ella.

—Esa mujer debería haber estado en un asilo —Le recordó—. Ella le escupía a cada ciudadano que cruzaba su camino, lanzándoles maldiciones.

—Eso no la hace una bruja. Ella era más digna de compasión que de desprecio, —insistió Elizabeth May.

—Su ahorcamiento fue también una pequeña pérdida. En estas cacerías de brujas escogen a criminales, desviados, indigentes, y al insano de nuestra sociedad.

—Eso es duro. Además, la Señorita Pritchard no es nada de eso, pero ella es una mujer soltera que no asiste a la iglesia y por lo tanto un objetivo —presionó Elizabeth May.

—Si ella no asiste a la iglesia, entonces ella debe tener sus asuntos.

—¡Charles! La mujer es anciana y ciega.

—¡Lo prohíbo! —insistió Charles firmemente. Su tono se elevó lo suficiente como para decir que esta era su última palabra sobre el tema—. Y quizá ese gato tuyo debería ser eliminado. Sabes lo que dicen sobre los gatos, estoy seguro.

Elizabeth May tomó su gato, acunándolo en sus brazos. Bajando sus ojos de esa manera en que ella lo hacía, se inclinó un poco antes de retirarse de nuevo a la biblioteca.

Esos ojos falsos, humildemente bajos lo enfurecían. Él había visto sirvientes y esclavos que hacían el mismo movimiento de cabeza para no comprender el desprecio que esto enmascaraba. Sí, señor. Gracias, señor. Le apuñalaré mientras duerma a la primera oportunidad que consiga, señor.

No era una mirada que deseaba ver en su esposa. Pero entonces, él había llegado a ver muchas cosas en su nueva esposa que deseaba que no estuvieran allí.

Colgó su abrigo y su sombrero en el armario delantero y se fue a su estudio. Este retraso en la audiencia del tribunal había sido una pérdida de tiempo. El hombre que él defendía, el Sr. Woolcot, le había vendido a otro hombre, el Sr. Matherson, un caballo que resultó ser cojo.

El Sr. Woolcot demandó no tener conocimiento de esa enfermedad y había hecho el trato de buena fe. ¿Era necesario devolver el caballo y regresar el dinero? El cliente de Charles dijo que no, pero el señor Matherson no estaba de acuerdo y le demandó.

Bajando uno de sus libros de leyes del estante, Charles se abrió en la esperanza de encontrar un precedente legal para tal situación. Él había encontrado varios casos que eran similares, pero había que buscar uno que fuera exactamente el mismo y por lo tanto se convertiría en una audición fácil y rápida.

Con su mente a la deriva del caso en su mano, se frotó distraídamente el mentón.

Él notó que era doloroso. ¿Había estado rechinando los dientes por la noche de nuevo? Si era así, por lo general significaba que algo pesaba en su mente. No era el caso en su mano, aunque estuviera, de alguna manera, relacionado con él: ¿Debería esperar el Sr. Henry Harrington recuperar a su hija y rembolsarle a Charles sus gastos? Tal como con el Sr. Matherson, lo que Charles había conseguido no era lo que había esperado.

Aunque fuera hermosa para mirar, Elizabeth May era terca, voluntariosa, casi adicta a la lectura, e insaciablemente curiosa por todo lo demás, además de su marido. Cuando llegó a él, Elizabeth May estaba muy implícita en que él era una especie de tirano, debidamente atado al statu quo, y alguien cuyos deseos y reglas debían simplemente ser desplazados por el secreto y el engaño. En resumen, ella se comportaba como una niña, entregada, una niña inteligente y bonita, pero su mente era inmadura.

Era tal vez en parte su culpa haber elegido una novia joven, apenas con diecisiete años, cuando él tenía casi veinticuatro años. Pero había estado tan pegado a ella cuando la vio por primera vez en Londres. Ella conversó tan inteligentemente en una serie de temas, incluyendo medicina e historia. Ella incluso tenía conocimiento de geología. Cuando él mencionó que podría invertir en una mina de esmeraldas en Rhodesia, ella había suministrado el hecho de que las esmeraldas lustradas venían del berilo, un mineral que se encuentra en el aluminio y en el silicato de berilio.

Había quedado impresionado. ¿Quién no lo estaría?

En aquel momento ella lo había golpeado como la esposa más deseable posible, una pareja lo suficientemente joven como para adaptarse a la dureza de la vida en las colonias y que podía aprender para no aburrirse en lagrimas durante los inviernos largos y duros.

Aunque, sin embargo, ¿le había impresionado él a ella?

Muchas mujeres habían querido casarse con él. Y ¿por qué no? Era guapo, de una familia adinerada, y un abogado. Atlético en su construcción, había sido una estrella del deporte en la universidad, sobresaliendo en los eventos de pista y de campo. Él confiaba en su comportamiento, un líder natural e innato entre los hombres.

Quizá la pregunta más pertinente era ¿Qué le había desilusionado de él en los seis meses desde que se había casado? ¿Qué había causado la distancia cortés entre ellos?

Encogiéndose de hombros por aquella preocupación, volvió a su libro de leyes. Ciertamente no era su culpa si se comportaba infantilmente; le miraba con desaprobación cuando él era fuerte con los criados, entrecerrándole los ojos por

espantar a un mendigo de la puerta de atrás. El orden debía mantenerse en un hogar, y estuvo dispuesto a hacerlo.

Una hora más tarde, había encontrado el precedente legal que había estado buscando, y lo dejó en su estudio. En la sala, se encontró con Abby, la asistenta contratada que era una de sus criadas. Su padre había ganado sus papeles de escritura en un juego de póquer junto con muchos otros. Él les había dado dos de ellos a Charles y a Elizabeth May como regalo de bodas.

Abby rellenaba sus rojos rizos detrás de su cabeza de una manera seductora antes de darle una reverencia rápida.

—Buenas noches, señor —dijo, su voz era cálida y acariciante.

—Dile a Missus Wheldon que estoy listo para el almuerzo —pidió.

—Me temo que Missus Wheldon ha salido, señor.

—¿Fuera? ¿Sabe a dónde?

—No, señor.

Él se frotó la barbilla. Estaba bastante seguro de que sabía dónde había ido.

Elizabeth May levantó su vestido largo encima del flujo de nieve que se arremolina mientras ella llamaba a la puerta de atrás de la casa de la señorita Pritchard. Fue atendida por Lily, la familia de esclavos que la Señorita Pritchard había traído de Barbados.

—Entra niña —dijo Lily en su grueso acento de la isla—. Está cerca una ventisca por ahí. —Con palmadas vigorosas cepilló la nieve de la capa de Elizabeth May.

—Oh, uno nunca se podrá acostumbrar a este clima miserable. Es lo que me va a matar al final —dijo.

—¿Ha venido para otra ronda de cataplasma a base de hierbas para calmar el tobillo suyo? ¿Le molesta de nuevo?

—No. Gracias, Lily. Gracias a su buena medicina mi tobillo no me ha molestado últimamente. He venido a hablar con la señorita Pritchard sobre una noticia que

creo que es de importancia para ella —Elizabeth May le contó cuando ella colgó su capa y sombrero sobre las clavijas cerca de la estufa de leña.

—La señora se levantará de su siesta del mediodía pronto. Permítame hacer una taza de té en el salón, y puede esperar allí.

—Yo solo lo tomaría con usted aquí —dijo Elizabeth May.

—Si eso le complace —asintió Lily—. No es lo correcto, pero la señorita Pritchard no es quisquillosa con eso.

Lily hizo el té, mientras que Elizabeth May le contó lo que había escuchado de las acusaciones contra las brujas. La expresión alegre de Lily se fundió en un ceño de preocupación

—Nadie ha venido para implicarnos con tal cosa, no aún, de todos modos, —dijo mientras puso la caldera de té sobre el plato caliente de hierro encima de la estufa.

Elizabeth May notó varios gatos paseando por la cocina. Un gato atigrado gris saltó sobre la mesa y Lily rápidamente lo echó.

—¿Cuántos gatos tiene usted? —preguntó Elizabeth May.

—Oh, he perdido la cuenta —respondió ella—. La señorita Pritchard tiene un buen corazón. Ella no puede rechazar un gato callejero. Cada vez más gatos parecen estar sin un hogar en estos días. Es como si las personas ya no quisieran estar más asociados a ellos.

La señorita Pritchard apareció en la puerta. Su pelo largo y blanco estaba ligeramente extendido sobre los hombros de su vestido negro. Elizabeth May encontró inquietante el vacío blanco azulado de los ojos ciegos de la mujer, e hizo un esfuerzo para no mirarlos.

—La señorita Elizabeth ha venido a visitarnos, —informó a la señorita Lily Pritchard—. Ella está aquí en la mesa.

—Soy consciente. Gracias, Lily. —La anciana se sentó al otro lado de Elizabeth May—. Esta es una agradable sorpresa. ¿Qué te trae por aquí, mi niña?

—Inquietantes noticias, me temo. —Ella le contó lo que le había dicho Charles.

—Y usted naturalmente asumió que yo era la bruja que estas muchachas vieron montar a través del cielo, ¿verdad? —La señorita Pritchard preguntó, con una risa divertida que se aprovechaba de sus labios delgados y rayados.

Elizabeth May se sonrojó de vergüenza.

—Pensé en esto sólo porque se le ha conocido por prescribir curas inusuales para los vecinos.

—Lo aprendí de mi mamá —ofreció Lily—. Ella era la cocinera de la Pritchards en Barbados.

—Es cierto, —admitió la señorita Pritchard—. La madre de Lily me enseñó todo en la isla. Cuando yo era niña, creía en todo lo que me enseñaba. A medida que fui creciendo, me di cuenta de que muchas cosas supersticiosas no eran ciertas. Pero también sabía sobre muchos remedios naturales que había elaborado.

—Mamá le enseñó a sanar por medio del tacto, como ella lo hacía —Lily le recordó.

—La fuerza vital, la energía curativa, corre a través de todos los seres vivos —explicó la señorita Pritchard a Elizabeth May—. He utilizado mis manos para dirigir esa fuerza vital a una zona enferma o lesionada.

—¿Usted cree en las brujas? —Elizabeth May preguntó.

—San Agustín, un teólogo católico del siglo IX, argumentó que sólo Dios puede controlar los mecanismos del universo. Ni el diablo ni cualquier ser humano tiene esa misma capacidad. Eso es lo que creo.

—¿Es usted católica? —Elizabeth May preguntó.

—Yo no creo en esa religión o ninguna otra. Yo adoro a Dios en privado y en mi propio camino —replicó la señorita Pritchard—. Dios es Dios como quieras llamarlo, o llamarla.

¿Ella? Esta idea golpeó con fuerza Elizabeth May.

—¿Crees que Dios puede ser una ella? —preguntó, inclinándose con entusiasmo sobre la mesa. A pesar de toda la enseñanza que había recibido, ella siempre sospechaba que Dios podría ser una hembra.

—Tal vez Dios no es él o ella. Tal vez Dios es una fuerza tan grande que combina los sexos o no tiene en cuenta el sexo por completo —propuso la señorita Pritchard.

¿Dios no era ni hombre ni mujer? Esta era una idea nueva para Elizabeth May. Ella no podía imaginarse un ser o fuerza más allá de los límites de hombre o mujer. Le dio la sensación de que su cerebro estaba torcido, se extendía de una manera que era casi doloroso.

—Tendré que pensar más acerca de esa idea antes de poder estar tranquila con eso —admitió.

—Pensar profundamente nunca ha matado a nadie —dijo la señorita Pritchard.

Lily se echó a reír amargamente mientras servía el té para ellas.

—No estoy tan segura de que eso sea verdad —comentó.

Después de su té, Elizabeth estaba llena de preguntas acerca las curaciones de la isla. Ella y Lily siguieron a la señorita Pritchard a un estudio pequeño, desaliñado, donde Lily, bajo la dirección de la señorita Pritchard, buscó entre los libros apilados en desorden. A pesar del aparente caos, rápidamente encontró lo que buscaba.

—Estos dos libros son los mejores que tengo —dijo la Srta. Pritchard—. La madre de Lily me los dio poco antes de morir.

Elizabeth May tomó los libros. Ambos estaban tan desgastados que ella se preocupó si podrían desvanecerse en polvo si intentaba abrir cualquiera de ellos.

—Puedes tomarlos prestados el tiempo que quieras —ofreció la señorita Pritchard.

—Gracias. Me gustaría mucho leerlos. Sería interesante estudiar medicina y ser médico, aunque me doy cuenta de que ninguna de esas oportunidades está disponible para las mujeres.

La señorita Pritchard suspiró.

—Ya lo sé. Es tan tonto y equivocado. Las mujeres a lo largo de la historia han sido comadronas, curanderas en los partos, han cuidado a los enfermos. El por qué no deberían ser médicos es un misterio.

—No es un misterio —no estuvo de acuerdo Lily—. Es porque los hombres no lo permiten. Quieren mantener todo el poder y el conocimiento para sí mismos.

—Lily —dijo la señorita Pritchard—. ¿Podrías encontrar mi mazo especial de cartas del Tarot? Me gustaría hacerle una lectura a Elizabeth May.

Lily se volvió a Elizabeth May.

—La Señorita Pritchard tiene dotes especiales en las cartas, le dicen que es cada una, aún cuando ella no puede verlas. No hay ninguna mejor lectora de cartas que la señorita Pritchard. Incluso Mamá dijo que ella era lo mejor, aunque Mamá fuese la que le enseñara como hacerlo.

—Nunca he visto una baraja del tarot —dijo Elizabeth May.

Dando vuelta en la mesa de la cocina, la señorita Pritchard extendió las cartas boca abajo con la seguridad de una persona con vista. Le dijo a Elizabeth May que seleccionara trece cartas y que las dejara boca abajo, entonces las arregló.

La primera carta que giró se llamaba Los Amantes.

—Este es tu pasado inmediato —dijo la señorita Pritchard—. La tarjeta está al revés. Has perdido un amor verdadero.

Elizabeth May se quedó sin aliento, pero no dijo nada. Era verdad, aunque ella tratase de empujarlo fuera de su mente y de no pensar en el pasado.

Miss Pritchard le acarició la mano para consolarla. Y dio la vuelta a la siguiente carta.

—Volverás a reunirte con este amor —dijo.

A medida que continuó con sus cartas, reveló una torre que estaba siendo golpeada por un rayo.

—La torre predice un cambio repentino, un cambio brusco.

—¿Qué sucederá? —Elizabeth May preguntó.

—Pronto lo sabrás —dijo la señorita Pritchard

Abby se sentó en la parte inferior de la escalera de caracol e hizo una mueca de dolor al escuchar como el señor Wheldon estrellaba cosas contra la pared en el piso superior. Fue desconcertante la facilidad con la que su temperamento estalló. Nadie lo enfurecía más que su esposa, una cosa linda, seguro, pero sin ningún sentido. Cualquiera otra mujer se sentiría afortunada de tenerlo, pero todo lo que ella hacía era resistirse a sus deseos constantemente. Ella ponía a prueba la paciencia de un santo, y él estaba lejos de ser un santo.

—¿Ha vuelto? —preguntó Helen, la cocinera, saliendo por la puerta de la cocina. Abby negó con la cabeza.

—Espero que cuando regrese se calme —dijo Helen.

—Él le dijo que no saliera. Pero ella se fue de todos modos. No sé lo que esperaba —Abby respondió cuando se escuchó otro estruendo.

Helen suspiró con fuerza, y se fue a la cocina.

Abby miró hacia las escaleras. Un hombre enfadado no la asustaba. En sus días había visto mucho de ellos.

Podría manejarlo y tal vez hacer algo bueno en el proceso. Este último hecho le había dado una idea. Su mujer no duraría. El terrible matrimonio terminaría tarde o temprano. ¿Por qué no podía ella hacer que algo sucediera?

Abby sabía que los hombres la encontraban atractiva. En Irlanda o Inglaterra sería inaudito que un hombre como el señor Wheldon pensara en casarse con una doncella, una sirvienta, por cierto. Pero su contrato de aprendizaje casi había terminado, y los americanos eran gente práctica. Una mujer que sabes que es una buena ama de casa, buena compañía y obediente, podía hacer una sustitución rápida y sensible de la primera esposa que lo había abandonado o que había sido enviada lejos por que se creía que era infiel a su marido.

Por supuesto, Abby no sabía con certeza que Elizabeth hubiese sido infiel, pero ella había visto algo que podía servir como prueba de que había otro hombre en

su vida. Y eso podría servir de sobra para enfadar más a un marido ya enojado. Posiblemente este fuera el momento perfecto para mostrárselo.

Levantando su falda delicadamente, ella subió las escaleras.

Charles estaba afuera esperando por su esposa, que se iba a colar por la puerta trasera. Con el ritmo agitado y preparado para saltar sobre ella. Era casi de noche. ¿Qué había estado haciendo todo este tiempo? En el gris púrpura del atardecer, vio su ardua caminata a través de la nieve que caía, mientras ella se acurrucaba contra su capa.

Ella lo vio mirándola por la ventana trasera. Se quedó inmóvil por un momento y pensó en echar a correr, pero después de un segundo siguió hacia la puerta de la cocina.

—¿Dónde has estado? —preguntó con enojo, tan pronto como entro.

—Tenía que advertir a la señorita Pritchard de que tuviese cuidado, yo se que ella no es una bruja. Ni siquiera cree en las brujas —se defendió Elizabeth May por sus acciones.

—No sé si has estado todo el tiempo en casa de la señorita Pritchard. Tal vez estas mintiendo. Tal vez te fuiste a ver con un amante. He enviado ahora directamente a Abby a casa de la señorita Pritchard a comprobar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó asombrada.

Él estaba seguro de que ella había ido a advertir a la vieja ciega, y que estaba dejándose llevar por la ira. Estaba harto de tener una esposa desafiante. No se le había ocurrido que ella fuera infiel, hasta que Abby había entrado y le mostró lo que había encontrado.

Charles sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta. Y lo desdobló mostrando lo que sostenía. Elizabeth May se quedó sin aliento cuando vio lo que había envuelto en el pañuelo.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó ella.

Había un par de arietes de peridoto verde oscuro en forma de lágrimas laicos conectadas entre sí, en el centro del pañuelo. Que resplandecían con brillantez.

Cogió los pendientes, pero los volvió a dejar de nuevo.

—Yo no te los regalé de eso estoy seguro.

—Estaban en mi propiedad privada —dijo— tú no tienes derecho a entrometerte.

—Abby pensó que habían sido un regalo mío para ti. Ella entro en la habitación para devolverlos. Ella me dijo que los había encontrado en el suelo y que pensó que se te habían caído. Pensando que me estaba dando un cumplido, ella dijo que el amor que sentía debía verse reflejado cada vez que los llevabas puestos. Nunca te había visto usarlos. ¿Qué hombre te los dio?

Elizabeth May parecía que no podía hablar, pero se le quedó mirando como si quisiera huir. Ahora estaba seguro de que ella tenía un amante. Y eso le explicó todo.

Su frialdad con él, el hecho de que desafiara sus órdenes de no salir cuando había una tormenta de nieve. Y ahora tenía la prueba de ese amor en estos pendientes, un regalo de lujo, podía estar seguro. Y esa mirada suave que Abby había descripto no estaba en sus ojos ahora.

—¡Dime! —gritó, golpeando sobre la mesa— exijo saber.

Elizabeth May se sentó en la mesa de la criada de la cocina. Bajo su capa con manchas, sujetó los libros que la señorita Pritchard le había dado. Solo causarían avivar las llamas de su ira ahora. Brian. Recordó un par de ojos castaños verdes en un rostro pálido, guapo, su pelo espeso, su pelo espeso casi negro se instaló en una onda sobre su frente. Podía oír su acento irlandés mientras apretaba los pendientes en su mano:

—hay una historia con estos pendientes. Mi tática-tática-tática-abuelo los encontró en el mar de Irlanda cuando él estaba nadando por su vida. Era un marinero español a bordo del buque de Girona, que formaba parte de la Armada invencible enviada por Felipe II de España para conquistar Inglaterra. Su barco había sido hundido por los ingleses y fue nadando a la orilla tan rápido como pudo, cuando en el fondo del mar, donde se libraba la batalla,

estos pendientes llegaron directamente hacia él. Conectados entre sí, tal y como están ahora.

Su padre importaba bienes de Irlanda y ella lo había acompañado al puerto un día. Ella había puesto primero los ojos en Brian, viendo como descargaba mercancías desde el barco donde era marinero. La atracción entre ambos había sido instantánea. Él no tardó en sentarse a su lado en el banco mientras su padre llevaba a cabo el negocio en otra parte.

A partir de entonces, acompañaba a su padre al puerto cada vez que podía. Brian vino a veces a Londres y encontró el camino a su dormitorio. Se sentaban en el porche hasta por la mañana. Fue una noche como aquella, en la que él le dio los pendientes.

—Quiero que los tengas, —había dicho. Minutos después de que él se los hubiera dado la ventana de su dormitorio se abrió y su padre subió a la azotea con un arma de fuego en sus manos. Sin hacer una pregunta, el disparó un poco más arriba de la cabeza de Brian. Elizabeth había gritado, aterrorizada. Él se había deslizado del tejado, chocando con los arbustos después.

—¡¡Si alguna vez te vuelves a acercar a mi hija te vuelo la cabeza!! —Henry Harrington le gritó.

Temblando, Elizabeth había deslizado los pendientes en el bolso de su falda justo antes de que se diera la vuelta hacia ella con la cara roja de ira.

—Entra, chica descarada, ¿Quién más sabe de esto?, porque si alguien se entera tu reputación estará arruinada. Si es que no está arruinada ya.

—Pero, padre no hice nada malo —dijo con voz temblorosa.

—Salir en mitad de la noche con un marinero es suficiente —señaló la ventana— sube te digo.

A partir de ese momento la vida había sido insostenible. Gracias a que su padre había disparado y gritado el chisme se arremolinaba alrededor de la familia. La especulación llegó a las nubes. Alguien había visto a Brian salir corriendo de la casa.

La madre de Elizabeth May había evitado mirar a su hija con decepción en los ojos cada vez que esta entraba en el cuarto. Su padre no quería hablar con ella tampoco, naturalmente, tampoco la llevaba al puerto con él. No había manera de que pudiese ponerse en contacto con Brian a pesar de que pensaba en él constantemente. Se sentía morir si ella no podía verlo de nuevo.

Fue poco después que Charles Wheldon visitó a su padre, con una importación de colonias de Londres. Él estaba en la ciudad para realizar un envío de tabaco, que sería introducido por su padre en la sociedad londinense.

Harrington se había movido rápidamente para fomentar el encuentro. Invitando a Charles frecuentemente y ordenando a Elizabeth May presentarse bajo una luz favorable.

Cuando Charles le había hecho la proposición ella había aceptado como un modo de irse lejos, para evitar así su reputación hecha jirones. La desaprobación de sus padres y sobre todo la memoria de Brian.

Ahora ella miró a Charles, casi había olvidado que estaba allí, ceñudo y esperando por su explicación.

—Alguien me los dio hace mucho tiempo, y los tengo como un recuerdo. Él se fue para no regresar jamás.

Oyeron que alguien abría la puerta de entrada. Los ojos de Charles se precipitaron hacia el lugar, pero no se movió.

—Si él se ha ido entonces este símbolo de su amor debe desaparecer también —Él puso los pendientes en el bolsillo interior de su chaqueta—. Voy a salir esta noche y les daré un uso por usted.

—No. No puedes. ¡Son míos!, —Mientras hablaba las palabras tenían un eco en su cabeza. Se oyó gritar: ¡¡Mía, es mía!!

Ella no sabía de dónde provenía esta voz, pero sabía que ahora era la suya. La sala se arremolinó alrededor suyo.

—¡Míos! —gritó y su voz salió de algún lugar muy interno. Perdió toda la razón o moderación. Saltó de la silla y los libros de la señorita Pritchard cayeron al suelo, por debajo de su capa.

Arremetió contra él, pasando las uñas por su rostro.

—¡Dámelos, son míos!

Aturdida se tambaleo hacia atrás.

Los pendientes cayeron en sus manos y los recogió en su escote. Abby corrió a la cocina y apuntó hacia Elizabeth. Dos hombres estaban justo detrás de ella.

—¡Mírenla! ¡Ella es una bruja!, ¡Esto lo demuestra!, ¡Mira lo que le ha hecho a él!

Elizabeth May estaba sentada de cuclillas, con el cabello suelto, y la sangre goteando de sus dedos. Los hombres la agarraron cada uno por un brazo.

—Ella... me atacó —murmuro Charles.

Abby sacó los libros y los abrió por la primera hoja. El nombre de la señorita Pritchard estaba escrito, en una placa de datos.

—Como si se necesitara alguna prueba más, pero aquí hay una —Anunció a los hombres, enseñando los libros—. Ella es aprendiz de la bruja y su sirvienta, las que acaban de ser detenidas. Es una suerte que yo estuviera aquí para avisar del tercer miembro que ella quería convertir en malvado.

—¿Es esto cierto, señor? —preguntó uno de los hombres—. ¿Usted cree que su esposa es una bruja?

Charles se tocó la cara y miró su mano manchada de sangre. Sus ojos vieron como Abby celebraba el encontrar los libros.

Elizabeth May vio lo que estaba a punto de suceder. En un destello de comprensión se dio cuenta del papel de la doncella.

—Eso es mentira —dijo—. Yo no soy una bruja. Esta mujer me quiere fuera del camino para casarse con mi marido.

El hombre miró a Abby.

—Eso es mentira —dijo— una mentira contada por una bruja.

—¿Quién miente, señor? —preguntó el hombre.

El gato negro de Elizabeth saltó de la mesa de la cocina. Con un salto se situó en sus brazos y comenzó a lamerle la mejilla.

Abby se sentó en la escalera escuchando el tic—tac del reloj del abuelo. Su cabello era rizado y cuidadosamente recogido atrás. Helen se acercó, con la cara hinchada de tanto llorar.

—No puedo creer que quemen a esa muchacha, nunca se había quemado a nadie antes por ser bruja.

—Ella se lo buscó —dijo Abby

—¡Pero para ser quemada viva!

Abby resopló.

—No es la primera vez. Ella no será la última.

—¿Cómo pudo el Sr. Wheldon estar allí para verlo?

—El puso su corazón en contra de ella, porque era una bruja infiel.

—Ella no lo era

—¿Quién soy yo, para decir que no cuando el señor Wheldon, un abogado, dice lo contrario? Eso es lo que le dijo el juez en el juicio, y así debe ser. —respondió Abby—. Ella cayó bajo el dominio de la señorita Pritchard y su esclava bruja debe ser quemada junto a ella. Es por eso que las brujas no se han librado de esto, ellas dañan y corrompen a los inocentes. Debería haberla visto aquella noche en la cocina. Ella era salvaje con la brujería dentro de ella.

—No puedo imaginarlo —dijo Helen.

—Yo lo vi con mis propios ojos

La puerta se abrió y apareció Charles, que parecía pálido y exhausto. Abby se puso en pie cuando Helen que se retiró a la cocina.

—Déjeme quitarle la túnica, señor —dijo, Abby deslizándola por su espalda—. ¿Quiere que le lleve el té a su estudio?

—Si, por favor

Ella preparó el té y lo sirvió en una bandeja de plata.

—¿Cómo le fue, señor? —preguntó ella.

Su cabeza cayó sobre sus manos y se puso a sollozar.

—Ya, ya —lo tranquilizó Abby, poniendo las manos sobre sus hombros.

—Estoy tan lleno de culpa —sollozó.

—Usted, hizo lo correcto.

—¿Lo hice? —preguntó de repente levantando la cabeza—. ¿O es que solo querías deshacerte de ella?

—No. Usted es un hombre muy honorable —insistió Abby—. ¿Fue muy horrible?

Él asintió con la cabeza.

—Yo casi no podía soportarlo. Justo antes de que fueran a encender el fuego, casi me acerco y digo que yo estaba equivocado. Equivocado en todo.

—¿Por qué se detuvo?

—Me di cuenta de que llevaba los aretes, brillaban excepcionalmente a la luz del fuego.



Entonces

Traducido por Strella

Corregido por Melo

Antes de que comenzara el fuego, mientras estaba en la hoguera junto a la señorita Pereyra y Lily. Creí que Brian vendría por mí. Él brotó de entre la multitud. Desaté mis uniones y continuamos en un caballo blanco. La lectura de las cartas de la señorita Pritchard había anunciado que volvería a verlo. Me puse los pendientes para demostrarle que mi amor todavía seguía vivo. Entonces él lo sabría

Él no apareció.

Cuando el fuego se encendió, algo se rompió en mi mente, se agrietó.

Se rompe.

Mi muerte. No quiero hablar de ello.

Ahora soy el humo. Perpetuo, escapando de las llamas.



En la rueda del Renacer Salem - Massachusetts, 1750

Traducido por Strella

Corregido por Dessy.!

Aquí se encuentra Abigail Wheldon 1670-1750
Murió de viruela a los 80 años de vida

"como soy ahora, ustedes también lo son"

Viuda de Wheldon Carlos de Salem, Massachusetts.

La Sra. Wheldon fue la propietaria de la plantación de tabaco Wheldon. A pesar de que llegaba a su casa de Salem para su descanso final. Ella seguía afligida por los esclavos que había dejado atrás en Virginia.



Dublín - Irlanda, 1695

Traducido por AndreaN

Corregido por kuami

Del diario de la Sra. Brian Kelly

El bebé nació mientras mi esposo estaba lejos en otro largo viaje por el mar, ella tenía los ojos color verde avellana de su padre. La llamé Maureen. Todo parecía ir bien con ella hasta que encendí una turba⁴ para mantenerla en calor. La pobre bebé empezó a gritar histéricamente. La cuidé y la mecí e hice todo lo que estuvo en mi poder para calmar los patéticos lamentos de la criatura pero ella no se calmó por ninguno de ellos. Estaba tan distraída que olvide atender el fuego y dejé que se apagara. Sólo eso hizo que la pequeña Maureen dejara de llorar.

Después de eso ella durmió, durante bastante tiempo y fue un buen bebé, excepto cuando encendía el fuego. Cada vez que lo hacía ella caía en un ataque de lastimosos lloriqueos. No podía mantener el fuego apagado porque estamos a finales de invierno y podríamos congelarnos sin él, a pesar de que ahora desearía haberlo hecho, sin el fuego y correr el riesgo debajo de mantas de lana. Una noche hacía tanto frío en todos lados de nuestra cabaña con techo de paja que me senté al lado del fuego, meciendo al bebé en mis brazos, soportando sus horripilantes gritos.

Me quedé dormida y cuando desperté, el bebé había muerto en mis brazos. El doctor dijo que probablemente murió por inhalar humo. Yo creo que murió de miedo y me culpo a mi misma por dejarla cerca de las llamas durante tanto tiempo. Por mi propia vida, no puedo imaginar porque un niño podría haber nacido con un terror tan salvaje a las flamas como ese, pero que ella lo había tenido, de eso estoy segura. Mi corazón está roto. Su padre, Brian, llega a casa desde el mar hoy. No sé cómo le diré que su niña se ha ido.

⁴ es un material orgánico compacto, de color pardo oscuro y rico en carbono. Tiene propiedades físicas y químicas variables en función de su origen. Se emplea como combustible y en la obtención de abonos orgánicos.



Rosseta - Egipto, Julio de 1799

Traducido por AndreaN

Corregido por Dianita

*P*ara mi Rosalie,
Como sabes, desde que zarpamos el 19 de Abril de 1798 bajo el comando del gran Napoleón Bonaparte mucho ha pasado. La ciudad de Alejandría, la cual conquistamos exitosamente en el nombre de Francia durante la Batalla de las Pirámides el Julio pasado, se han visto muchas mejoras bajo el gobierno Francés. Han instalado luces en las calles, los hospitales han sido establecidos, y se han desarmado a los ciudadanos ilegales, junto con muchas otras mejoras.

Estas cosas, sin embargo, no son lo que quiero contarte. En otras cartas he ido impartiendo las sensaciones que he sentido desde que llegue a este exótico país. Cosas que deberían serme completamente desconocidas son extrañamente familiares para mí. Cuando luché contra las tropas del gobernador Egipcio el año pasado, apenas podía disparar mi arma, estaba tan sobrecogido con el sentimiento de que había estado ahí antes. Al comienzo, los viejos dolores de cabeza regresaron. De tan aterradoras e inexplicables que eran esas sensaciones.

Y ahora, justo ayer, la más extraña de todas las ocurrencias pasó. En una ciudad conocida para nosotros como Rosseta, aunque los nativos la llaman Rashid, en la orilla oeste del formidable Rio Nilo, mi compañía estaba trabajando bajo la dirección del Capitán Pierre Francois Xavier Bouchard, un líder capaz. Nosotros estábamos ocupados en la tarea de derrumbar una vieja pared para extender el Fuerte Julien, nuestra base de operaciones. Yo estaba a punto de demolerlo con un martillo cuando note que había algo escrito en la pared. Era un texto grabado en tres lenguas diferentes. Ya sabes que yo escribo y hablo únicamente una lengua, el francés, pero esta es la parte curiosa: Podía leer la mayor parte de esta inscripción ancestral.

Estaba escrito en Griego, y en jeroglíficos Egipcios, y podía leer ambos. La tercera inscripción, debajo de las otras dos, no podía leerla, a pesar de que parecía ser una

especie de egipcio. Los jeroglíficos y lo Griego decían lo mismo. Estaban agradeciendo a uno de los ptolomeos⁵, que me dijeron fueron faraones Griegos de Egipto, o algo así.

Llame al Capitán Bouchard para decirle lo que había descubierto. —Eso es imposible, —dijo él—. Nadie puede entender el significado detrás de esta ancestral imagen en el lenguaje de los egipcios. ¿Cómo sabes esto?

Confesé que estaba tan desconcertado como él, sin embargo, estaba seguro de mi lectura era correcta. Todavía escéptico, el capitán preservó la pieza de escritura y se la presentó a los expertos que habían acompañado a Napoleón aquí a Egipto. Ellos la están estudiando ahora.

Después de esto, mis sueños han estado llenos de imágenes extrañas. Me veo a mi mismo tirando flechas y un pulsante ojo verde cerniéndose en un cielo negro salpicado de estrellas. Anoche soñé que estaba remando en el Nilo en un barco antiguo con muchos otros hombres. Y látigos chasqueando sobre nuestras cabezas.

Supongo que estos sueños febriles son de esperar en esta tierra extranjera. A pesar de que espero ansioso verte de nuevo, parte de mí siempre pertenecerá a Egipto.

Atentamente, Jacques.

⁵ La dinastía ptolemaica, llamada así porque todos sus reyes recibieron el nombre de Ptolomeo, fue fundada por un general de Alejandro, Ptolomeo, quien desempeñó un papel importante en sus últimas campañas por Asia Menor. Era hijo de Lagos (por lo que también se conoce como dinastía lágida), aunque, según un rumor no desmentido en su época, en realidad era hermanastro de Alejandro quien le tuvo gran consideración. Esta dinastía gobernará Egipto, desde la muerte de Alejandro Magno en el 323 a. C., hasta que pasó a ser una provincia romana en el 30 a. C.



Hospital Bedlam - Londres, Septiembre 1810. Caso 781

Traducido por Kanon 🎵🎵🎵

Corregido por Dianita

Por orden del administrador del asilo, el Sr. Phineas Smith, la desafortunada Marianna Clark hasta ahora estaba inmovilizada de manos y pies y atada a una silla durante las horas de vigilia. Esto se había sido considerado necesario a causa de que la Señorita Clark esta bajo una ilusión desde su nacimiento: ella cree que está en llamas.

Hasta la semana pasada, esta condición sólo surgía bajo estrés por lo que se le daba confinamiento a corto plazo.

La condición pareció estar empeorando con el resultado de que la señorita Clark creía que estaba en llamas en casi todas las horas de vigilia.

Bajo estas condiciones extremas se recomienda que a la Señorita Clark se le sea suministrado un potente derivado del opio⁶ conocido como láudano⁷, con el fin de calmarla. Sin embargo, en este estado de sedación, la señorita Clark afirmaba con toda certeza a alguien a quien llamó Madre Abadesa María Regina, continua insistiendo, insistiendo continuamente: —Esta es mi abadía. ¡Conozco este edificio pero alguien me ha movido de habitación! ¿Dónde está mi cuarto?

Esta afirmación sólo parece ser más el desvarío de un loco desgraciado, pero esto tiene una dimensión extraña en sí. Éste edificio del hospital donde la miserable Señorita Clark está ahora encarcelada fue en sus comienzos, en la

⁶ Opio: Es una droga analgésica narcótica que se extrae de las cabezas verdes de la adormidera, planta muy parecida a la amapola común.

⁷ Láudano: Es una preparación alcohólica, compuesta de vino blanco, azafrán en otros compuestos además del opio. Antiguamente se usaba comúnmente para reducir cualquier tipo de dolor, para adormecer, para la ansiedad y para el tratamiento de la diarrea.

Edad Media un priorato para los hermanos y hermanas Católicos de la Orden de la Estrella de Belén. Con toda probabilidad, la señorita Clark leyó esta información durante sus momentos más lúcidos de su estada aquí y lo recuerda ahora en su delirio.

En mi opinión, siempre con el mejor interés del mundo por la Señorita Clark, a demás de ser atada de pies y manos, debe ser dada diariamente una dosificación considerablemente aumentada de láudano. Esto va a tranquilizarla y reducirá sus chillidos y las exigencias dementes, que tanto atemorizan al personal.



Ciudad de Nueva York, 1863

Traducido por Bautiston

Corregido por Selune

*Querido George,
¿Qué tal estás? Espero que las cosas hayan estado calmándose allá en Gettysburg. ¿Adivina qué? Un hombre me ofreció trescientos dólares por tomar su lugar en la armada y yo acepté. ¡Ahora no serás el único soldado!*

Jane gritó durante una hora cuando llegué a casa y se lo dije. Estuvo encantada por los trescientos dólares y se sosegó cuando se los mostré.

Cuando me marché del Orfanato a la edad de dieciséis, ella era la única a la que conocía, ya que crecimos juntos en la casa. Ella era como una hermana para mí y siempre me gustaron sus hermosos rizos rojos. Casarme con ella parecía ser el paso más sensato a dar. Ella me dijo que lo era, aunque ahora me arrepiento profundamente.

Así que esa fue parte de la razón por la que necesitaba alejarme. Ella estaba volviéndome loco. Escuché que el señor Lincoln tiene además una tediosa y loca esposa, así que supongo que no sólo los pobres padecen de cosas semejantes.

La otra razón por la que necesitaba irme era que estos apartamentos están a punto de volverme loco. Cada dos días hay un incendio en alguno de ellos. Estos viejos edificios de madera arden en un segundo. Están tan llenos de gente que alguien siempre está accidentalmente tirando una lámpara o dejando la flama de una estufa encendida, por no mencionar los borrachos que se desmayan con cigarros encendidos aún ardiendo.

Como si todo esto no fuera lo suficientemente malo, es parte de mis deberes encender ese nuevo horno en la Alfarería de Pfeiffer donde trabajo. Estuve bastante feliz de conseguir el empleo porque, como tú bien sabes, me encanta hacer las ollas como nos enseñaron en el orfanato. El horno lanza llamaradas justo afuera del edificio. Puedo ver las flamas a través de la ventana. Cada vez que veo la llama saltando, casi me desmayo de terror. Jane dice que soy como una persona loca con el fuego, pero no puedo evitarlo.

Ese es probablemente el porqué empecé a tomar el láudano, por mis nervios alterándose a causa de mi temor al fuego. Encontré un doctor para que me ayudara a tratar mi tobillo malo, el cual aún me agota en los peores momentos. Espero que no me cause problemas durante la batalla (me refiero a mi tobillo, no al láudano). Para ser totalmente honesto, espero con ansias tomar el láudano mientras me ponga más o menos en otro mundo.

Bueno, quizá me encontraré contigo. Eso espero. Lo único que extrañaré de mi vida presente es a mi gato, al cual llamo Baby. En realidad, es el gato de la Alfarería, pero lo he convertido en mi mascota. Supongo que las mascotas no están permitidas en la armada. Puedo decirte que estoy excesivamente feliz de estar yéndome de aquí.

Tu hermano, John.



La batalla de Honey Springs - Territorio Indio, 17 de Julio de 1863

*Traducido por Bautiston y Virtxu
Corregido por Selune*

John Mays miró a través del campo que acababa de cruzar. Los soldados confederados estaban todavía en línea, fusiles en mano, pero se había sentado a descansar.

Mirando a su alrededor, vio miles de colinas salpicadas de árboles y rodeadas por el río. Había visto más campo en los últimos seis meses que en toda su vida pasada en la ciudad, pero nunca esperó que los combates lo llevaran tan lejos. Honey Springs ni siquiera era un estado. Era territorio indio.

Esta batalla ya llevaba más de una hora y las fuerzas de infantería de la Confederación al mando del General Douglas Cooper estaban resistiendo. Y no eran sólo las tropas rebeldes, tenían los regimientos independientes de Texas y los indios luchando con ellos. Algunos Cherokee estaban luchando con el norte, Choctaw, Creek, Chickasaw, y Seminole estaban luchando con el Sur. Los indios llamaban a esta el área Elk Creek.

Estaba agotado. Habían caminado toda la noche bajo la lluvia para llegar a la fortaleza. Además, estaba sin láudano, lo que era malo. No se había dado cuenta de lo mucho que había llegado a depender de él. Sin eso, realmente se sentía muerto.

Los soldados de caballería de la Unión a caballo no se hallaban muy lejos. Al igual que los soldados de a pie, ellos y sus caballos se encontraban temporalmente descansando, preparándose para regresar a la batalla.

John no sabía si podría volver a la batalla de nuevo. Su tobillo, que siempre había sido débil, ahora latía. Dando un tirón a la pierna del pantalón, vio que había aumentado a más del doble de su tamaño normal. Había empezado a doler durante la larga caminata de la noche anterior y le había dificultado el

primer avance, pero aún así se había obligado a seguir adelante. Ahora se puso de pie y el tobillo instantáneamente comenzó a doler, derribándolo sobre una rodilla.

Todavía estaba abajo cuando vio una línea de nuevas tropas de infantería de la Unión marchar junto a él, avanzando sobre el enemigo. ¡Eran soldados africanos! Algunos de ellos podían haber sido nacidos libre, especialmente aquí en los territorios, pero otros de ellos eran esclavos liberados. —¿Quiénes son? —Le preguntó a un soldado cercano.

—Kansas, Primer Regimiento —respondió el soldado. Su cartuchera estaba fuera y estaba cargando el fusil—. Todos los voluntarios de color de infantería están bajo el mando de James Lane.

—¿Pueden luchar? —Le preguntó.

El soldado se encogió de hombros. —Eso espero.

El regimiento de John recibió la orden de mantenerse en la línea de tiradores, disparando contra cualquier tropa rebelde que intentara romper la línea. Mientras tanto los soldados africanos, con la ayuda de los Cherokee, avanzaron directamente sobre el enemigo.

La Primera de Kansas marchó a cincuenta pasos de los confederados y abrió fuego. Intercambiaron una andanada de disparos que llenaban el aire con el humo.

Lou Jones estaba en el frente de la línea de la Unión, su fusil apuntando hacia delante, listo. Con su pelo negro corto y su físico delgado, atlético, ella parecía un niño, un niño soldado. En su uniforme gris de la Unión, nadie se daba cuenta de la diferencia. La lluvia había comenzado a caer más fuerte. Su uniforme era pesado. Incluso aunque lo tenía empapado, no se adhería a su cuerpo. Pronto tendría que cargar y estaba preocupada porque su pólvora se mojara.

Entre la lluvia y el aire gris lleno de pólvora, no podía ver mucho. Ella tiró hacia delante, a la línea enemiga, dejando que sus oídos fueran su guía.

Agachada allí en el campo, tomo un cartucho de la carcasa del hombro. Como había sido entrenada para hacer, mordió el cartucho de papel que contenía la bala. Sosteniéndola entre los dientes, inclinó la pistola y vertió un poco de la pólvora del cartucho en la bandeja de cebado.

Estaba a punto de escupir la bala en el cañón de la pistola y el pistón hacia abajo con la baqueta adjunta a la escopeta cuando un guerrero Cherokee salió volando de su caballo, a toda velocidad a través del aire. Antes de que lo pudiera esquivar, se estrelló en la parte superior de ella mientras su caballo salió corriendo salvajemente por el campo.

Rodando por debajo del muerto, luchó por su arma, que estaba preparada, a varios pies de distancia.

Un soldado rebelde se puso delante de ella, bloqueando la ruta de acceso a la pistola. Mirando hacia arriba, vio los ojos llenos de odio que la miraban mientras levantaba su arma de fuego.

Ella conocía esa cara.

Un rubor de humillación y la rabia se apoderó de ella. Uno de sus terribles dolores de cabeza mortales, empezó a palparle en la esquina derecha de la sien. ¡No! ella lo ordeno. No podía dejarse vencer por un dolor de cabeza en este momento.

Este hombre no iba a ganarle. —¡No esta vez! —le gritó recogiendo el arco y el carcaj de flechas que el Cherokee caído había arrojado al suelo. Con un conocimiento aparentemente nacido en su cuerpo, con habilidad, con fluidez armó el arco y disparó la flecha al soldado rebelde.

El arma de él se disparó, rasgándole la piel de la frente mientras se tambaleaba hacia atrás.

La sangre corría por su rostro, Lou agarró su arma y se levantó. El soldado estaba en el campo sobre su estómago.

Y entonces él comenzó a quejarse, ¡no estaba muerto!

Su arma no estaba cargada por lo que tomó otra flecha, se posicionó, apuntándole. Era su momento para acabar con él. Pero, extrañamente, no sentía el menor deseo de hacerlo.

Tomando conciencia, él miró a su alrededor. Sus ojos se agrandaron al mirar hacia arriba y verla allí. En ese momento ella se dio cuenta de que la infantería de la Confederación, el regimiento de Tejas, y las tropas indias se retiraban, huyendo del campo.

El rebelde que había acorralado salió corriendo, agarrándose el hombro con la flecha que sobresalía de él todavía.

Ella podría fácilmente dispararle nuevamente, pero bajó el arco. Al verlo correr por el campo, se sintió plenamente satisfecha.

El médico de campo había enviado a John al río para sumergir el tobillo en el agua helada. Él puso su mano en su fusil, sintiendo a alguien acercarse, pero se relajó cuando vio que era sólo un soldado del Regimiento Primero de Kansas. Era un soldado joven, delgado, que aún no tenía rastro de barba. John supuso que había mentido sobre su edad para unirse a su regimiento.

—Ustedes hombres lucharon bien ahí afuera hoy —dijo felicitando al soldado—. Después de esta batalla, no puede haber duda de que esos hombres son soldados de bien. Oí al General Blunt decir lo mismo. Creo que va a escribir todo en su informe, también.

El joven soldado asintió con la cabeza. John pudo ver que su cara estaba cubierta de sangre seca. Una herida púrpura horrible cruzaba su frente. Después de todo lo que había pasado, sin duda tenía suerte de estar vivo. El soldado se agachó junto al arroyo a unos cuantos metros y comenzó a salpicar la cara con agua, lavando los rastros de sangre de su cara.

John se levantó y cojeando se acercó al niño. —Tienes una herida de aspecto repugnante en la frente —comentó. Sacó un pañuelo limpio de su bolsillo interior—. Aquí, toma esto. Te hará el trabajo más fácil.

—Gracias —Murmuró el joven soldado, empapando el pañuelo en el río.

John se sentó junto a él, sintiéndose extrañamente cómodo, tal vez porque acababan de pasar una dura prueba juntos. Se sorprendió por su nivel de comodidad. Nunca había conocido a una persona de color antes, a pesar de que había visto algunos esclavos y artesanos nacidos libres en la ciudad. Nunca había hablado realmente con alguien de otra raza distinta a la suya.

—¿Cómo fue que te uniste a tu regimiento? —John le preguntó, cogiendo un trozo de barro de la orilla del río y apretándola distraídamente. Su fría humedad fue suave en su mano áspera, como la arcilla húmeda en la cerámica de la tienda Pfeiffer.

—Sólo me ofrecí —respondió el joven soldado, mirando a otro lado—. Me parecía lo correcto.

—¿Naciste libre o esclavo? —John le preguntó.

Los ojos del chico se estrecharon con recelo. —Nací libre —respondió él, de pie—. ¿Puedo quedarme el pañuelo durante un tiempo? —apretándolo contra su herida.

—Claro. Quédatelo —respondió John.

—Gracias —el joven soldado se apresuró y John tuvo la sensación de que no podía alejarse lo suficientemente rápido.

En su pequeña tienda de campaña, Lou escuchaba el silencio en su cabeza. A pesar del dolor en la frente ensangrentada, el fuerte zumbido del dolor de cabeza con el que había crecido no estaba presente.

Ella no se atrevía a respirar o moverse, temiendo que el más mínimo cambio en su posición trajera de vuelta los dolores de cabeza nuevamente. Con nervios de acero, giró la cabeza, primero hacia la derecha, luego a la izquierda.

No había dolor.

Desde su nacimiento, había sufrido los peores dolores de cabeza, un dolor cegador que le daba náuseas, haciéndola ver destellos de luz. Cualquier tipo de dificultad o trastorno lo hacían volver.

Pero ahora no tenía ningún dolor, al menos no en la cabeza.

Su costado estaba caliente, aunque a la derecha, en su parte inferior del abdomen. No era su momento de mes, ya había pasado. Era otra cosa y no estaba bien.

Desabrochándose los pantalones, se los bajó, rebelando la marca de nacimiento color azul oscuro en su costado, la que su mamá dijo que parecía una herida de arma blanca. Ella miró su costado con ternura. ¡Ay!

Después de un momento de recostarse, respiró profundamente, el dolor que sentía había disminuido lo suficiente para ser capaz de salir a buscar comida.

Fuera, en el patio, los hombres estaban arriba y alrededor, comiendo la carne picada que se sirve de la cocina del regimiento en una mesa larga, tosca. Una hoguera rugía en el centro del patio, convirtiendo a los hombres en siluetas oscuras, con la cara de vez en cuando iluminada por la llama.

Estaban cantando cancioncillas bulliciosa subidas de tono. Una estruendosa carcajada estalló en la noche. Las bebidas espirituosas por la victoria del día dominaban cualquier fatiga.

Lou sonrió y asintió con la cabeza a los demás en su regimiento mientras cargaba su plato. Por lo general, el Primer Regimiento de Kansas comía un poco lejos de los demás, sin saber qué tipo de recepción recibirían de los soldados blancos, y por la comodidad que experimentaban sólo entre sí.

Era diferente para Lou, sin embargo. Ella se mantenía al margen, incluso de su propio regimiento. Ninguno de ellos sospechaba que era una mujer, y así era como tenía que quedarse.

Esta noche, la Primera de Kansas parecía haber bajado la mayor parte de la guardia. Anteriormente, el General Blunt había elogiado su valor y habilidad militar delante de todos los regimientos. Ahora se rió y bromeó con los soldados blancos, y a su vez les alabó con buen humor.

Estaban bebiendo cerveza, y de pronto el asistente del General Blunt apareció con una barrica de roble de whisky. Esto fue recibido con un estruendo de aplausos.

Lou aceptó el whisky que se vertió en su taza de estaño, pero discretamente, lo derramó en la tierra a sus pies. Dejar que el whisky la hiciera bajar la guardia en un momento de descuido podría tener consecuencias desastrosas.

Después de un par de canciones alborotados por los miembros de la caballería, los soldados de la Primera de Kansas fueron llamados a cantar. Comenzaron con una canción espiritual llamada "Swing Lo, Sweet Chariot"⁸. Que muchos de los otros soldados conocían y cantaron.

Mientras cantaban, Lou sintió sed y buscó algo sin alcohol para beber. Recordando la bomba de agua que había visto por la pared exterior de la fortaleza, se fue del calor de la hoguera para hacer su camino por las sombras para conseguir un poco de agua.

En la oscuridad cerca de la bomba vio rápidamente una figura. Estaba vomitando violentamente.

Rápidamente bombeo un poco de agua en la taza de lata que llevaba y se la ofreció. —Oye, toma esto.

El enfermo era el mismo soldado que había conocido en el río. Limpiándose la boca con la manga, se tragó la copa y escupió en la tierra. —Gracias.

—Espero que no fuera la carne picada —dijo con una carcajada—. Acabo de terminar de comer un plato.

Él negó con la cabeza. —No, es el fuego. Es parte del problema, de todos modos.

—¿El fuego?

Él se dejó caer pesadamente en un tosco banco cercano. —Tengo miedo a morir por el fuego, siempre lo he tenido. Y también está la cosa que tomo para el dolor de mi tobillo. Láudano.

—¿Qué pasó con tu tobillo?

⁸ Ven aquí, dulce carruaje

—Nada. Siempre ha sido un tobillo malo. El láudano es supuestamente para aliviar el dolor. He estado usándolo tanto tiempo que no tenerlo ya me está haciendo sentir realmente enfermo.

—Pregúntale al médico, por un poco —Sugirió.

—Ya lo hice. Dijo que le gustaría tener algo. El amputa las piernas a los chicos dándoles solamente whisky para el dolor. Cuando se entere que Blunt dio a algunos el whisky esta noche, él va a tener un ataque.

Ella asintió sombríamente, había sido testigo de las condiciones del hospital de campaña y conocía las atrocidades.

—Eres un esclavo fugitivo, ¿no? —John dijo.

—Sí, me escapé —Ella se escucho decir, como si las palabras vinieran de la boca de otro. La Ley de Esclavos Fugitivos se había derogado el año pasado y los esclavos ya no tenían que ser devueltos a sus propietarios, pero admitir ser una fugitiva aún la ponía nerviosa.

—Tuve la sensación —respondió—. No parecías demasiado a gusto hablando conmigo allá en el río. ¿Cómo lo hiciste?

Ella se echó a reír con amargura. —Tu odiarás esto. Yo estaba trabajando en la casa y prendí fuego las cortinas. Mientras todos estaban ocupados apagando el fuego, me deslicé por la puerta trasera. Era tan simple, casi no lo podía creer.

—Tuviste suerte —comentó.

—Suerte, y tuve ayuda. Escapé hasta el río Ohio en la noche. Un antiguo esclavo que ahora vive libre en Ohio remó y me saco.

—¿Has visto muchas luchas? —Preguntó el hombre.

Ella negó con la cabeza. —Hasta ahora, hemos sido utilizados como soldados de escolta, en su mayoría. Fuimos atacados por las tropas de Texas con algunas tribus Seminole mientras escoltábamos un convoy de aquí a la fortaleza. Los sacamos corriendo, así que supongo que el general se sentía bien llamándonos hoy. Esta fue nuestra primera pelea oficial real.

Aunque la noche era fresca, el otro soldado estaba sudando profusamente. —¿Cómo se siente eso hoy? —Preguntó, secándose la frente con la manga.

Ella reflexionó un momento una antes de contestar. Libre para luchar. Para no morder furia asesina como había hecho en su papel de esclava. Ella se había sentido tremendamente libre durante la pelea en el tren y otra vez hoy. Y, sin embargo, cuando ella había visto la retirada del otro lado del campo de batalla, algo en ella había cambiado. Era consciente de que a su pesar no podía negar el nombre de esa sensación. —Sentí pena por ellos —dijo al fin.

El soldado soltó una carcajada. —No lo hagas. Te paralizará. No serás bueno para nadie. Yo solía estar lleno de empatía, pero esta guerra la ha eliminado de mí. ¿Y sabes qué? Se siente bien que no te importe.



Entonces

*Traducido por Anelisse
Corregido por Marina012*

De repente estoy mejor. No sólo el dolor salió de mi cuerpo, también mi mente está extrañamente contenta de que yo salga de mi caparazón sin vida.

Ya he terminado con la vida de esclavitud, ya no soy un fugitivo.

Saliendo de la tienda, me paseo. Los miembros de mi regimiento vienen a verme. Ellos aún no saben que yo era una mujer. Espero que pueda permanecer el tiempo suficiente para ver las miradas en sus rostros.

Son hombres buenos. Los quiero como hermanos. De hecho, los reconozco de un cierto modo. El nombre de Ato viene a la mente. Y el nombre de Aken, también.

Es este Ato, el que ahora está fuera de mi tienda y habla con el médico. Él mira sorprendido al principio. Escucho que les dice a los otros que he muerto. —Lou era un soldado valiente —les dice, sin revelar mi secreto.

Los otros inclinan la cabeza y murmuran de acuerdo. Adiós, Primer Regimiento de Kansas. Yo estaba orgullosa de servirte. Tal vez nos volvamos a encontrar.

Regreso con John, que está sentado al lado de mi cama, llorando. Hemos compartido un vínculo fuerte, que fue roto demasiado pronto. La historia que acaba de explicarme es importante, tiene un significado para mí que no entiendo, pero me ha dejado con una gran tranquilidad.

Creo que tiene que ver con algo que he olvidado. Mi mente se esfuerza por recordar qué podría ser.

No puedo recordar. Me gustaría que me contara la historia de nuevo. Siento que podría escucharla un centenar de veces.

Pero él se está desvaneciendo. Durante un momento se ha estado volviendo borroso.

Mi regimiento empieza a cantar en voz baja "Swing Low, Sweet Chariot", por mi cuerpo.

¡Oh!, no quiero irme.

Tengo miedo de olvidar todo lo que acabo de llegar a conocer.

Me enseñaron a temer a Dios y desear el cielo. No lo quiero ahora, no estoy lista. Demasiado en mí anhela esta tierra verde, verde, toda la belleza, incluso la tristeza y la angustia.

Las carpas del hospital de campaña ahora se desvanecen, como un diseño blanqueado por el sol sobre paños viejos. Levanto mis brazos. —¡No quiero irme! —me lamento, pero de mi boca no sale ningún sonido—. ¡Deja que me quede!

La escena se transforma, y estoy en una nube. Estoy de pie frente a un hombre alto, una puerta blanca, brillante. Llamo, pero nadie contesta. Espero tanto tiempo que me canso y me siento delante de la puerta, apoyando la espalda contra ella.

Me duermo y caigo a través de muchos sueños. Imágenes con flashes delante de mí: pirámides, estatuas, barcos de vela, hombres encadenados, personas que he amado, a los que he hecho mal, cosas que he ganado, cosas que he perdido.

Y respondo preguntas.

¿Fue tan bueno? Sí.

¿Te gustaría cambiar eso? No

¿Qué es lo que necesitas, entonces?

¿Recibió él?

¿Qué necesitas ahora?

¿Qué debes aprender?

¿Cómo se contrae?

Elije.

Me despierto, aún delante de la puerta. No puedo recordar mi nombre o en el que he venido de o cualquier cosa que me haya sucedido.

—¿Cuando voy a ver el rostro de Dios? —Pido en voz alta.

He oído la respuesta casi como si una voz hablara dentro de mi cabeza.

Todavía no.

Una columna de luz blanca aparece delante de mí. Se eleva hacia arriba y me acompaña con un profundo y vibrante zumbido.

Yo he visto esto antes, pero no puedo recordar dónde o cuándo. Estoy familiarizada con esta iluminación brillante, de la misma manera.

El latido que baja de su zumbido me baña hasta que también resuena con una vibración que emana respondiendo a mi alma.

—Eres un ángel —le digo, mirando hacia arriba en su cara translúcida, ya sus enormes alas con plumas, y de alguna manera sé que esto es cierto—. ¿Cómo te llamas?

—Yo soy el Arcángel Miguel —responde con una voz tan aguda que debo cubrir las orejas—. Yo soy la bisagra del Universo.

Él extiende sus cegadoras alas blancas. Le hago caso a esta invitación y entro en su luz.



En la rueda del Renacer.
Boston - Massachusetts, 1915

Traducido por masi
Corregido por Marina012

***E**l Sr. y la Sra. de Robert Brody anunciaron la llegada de su nuevo recién nacido, un niño de tres kilos y seiscientos cincuenta gramos, lleno de vitalidad, nacido ayer.*

El bebé y la madre están muy bien.

El orgulloso papá nos dijo: —Se llamará Robert Brody IV, pero tenemos la intención de llamarlo Bert.



Paris, 1937

*Traducido por Dham-Love, masi y Anelisse
Corregido por kuami y Sera*

Delilah Jones acarició el elegante abrigo negro de pantera. —Saldrás en diez, Señorita Jones —le dijo el director de escena a la cabeza del Club Pantera.

—Gracias —replicó, levantándose de la silla de su camerino. Se ajustó las correas de su vestido rojo de satín ajustado así revelaría más de su piel color chocolate. Mientras se arrojaba su capa blanca, con pliegues, atándosela a su cuello, puso su tocado dorado con forma de cobra cuidadosamente sobre sus rizos negros. Enganchó una correa en el collar de esmeraldas y clavos de su mascota pantera—. Vamos, Baby —ella dijo— vamos a contonearnos.

La pantera se tensó en su correa mientras caminaba por el angosto pasillo detrás del escenario. Juntas, esperaron en el lateral. Desde el escenario iluminado, el dueño del club, un hombre con el brillo de una estrella de cine enfundado en un traje bien cortado, la anunció. —Todo el camino desde los clubes de jazz de Nueva Orleans, aquí con nosotros en Paris... ¡La propia Señorita Delilah Jones del Club Pantera!

Las luces se apagaron, mientras Del silenciosamente llevaba a Baby al centro del escenario. Luego la luz concentrada golpeó su rostro dramáticamente.

Del comenzó su actuación con un jazz sensual mientras la luz se expandía para revelarla junto con Baby a su lado.

La audiencia jadeó un poco cuando Baby extendió su mandíbula, Del extendió sus brazos, abanicando su capa rebelando así lo bien formada y estupenda que lucía en su vestido. Su canción comenzó con un sensual deslizamiento por el escenario. —Si te encuentras en el río Nilo y estás muy necesitado por una razón para sonreír... —ella cantó mientras dejaba caer la capa al suelo. La parte del casco se desprendió mientras la banda iba a toda marcha—. Sólo llámenme

Isis. Soy la más agradable del Nilo —dijo Del con los brazos estirados— soy una diosa con un gran estilo. Encontraremos una pequeña habitación en una gran tumba de una momia. La arena del desierto podrá soplar nuestro camino pero aún enterrado querrás quedarte...con Isis, la más agradable en él Ni-i-i-i-l-o

La canción continuó llena de juegos de palabras y chistes picantes todos centrados en la versión cómica de la vida antigua egipcia. La audiencia se rió en todos los lugares correctos, y mientras se aseguraba más de que los tenía, la voz de Del se aumentó como nunca antes, gruñendo un poco bajo en algunas partes y aumentándose en otras. Cantó los siguientes versos en francés, lo que garantizo que todo el mundo entendiera los chistes.

Cuando la canción hubo terminado, la audiencia golpeó las tablas, aplaudiendo, silbando, y gritando su nombre. Mientras se inclinaba y los saludaba, se aseguró de darle un golpecito a Baby para mantenerla calmada.

¡*Delilah Jones ha llegado!* Ella pensó, dándole a la audiencia una brillante sonrisa.

Bert Brody golpeó la puerta del camerino. El nombre Delilah Jones estaba garabateado en rotulo negro. Necesitaba un poco de fondo y tal vez algunas citas para el examen que estaba escribiendo para la revista *Traveling Abroad*.

—Pase —una voz alta, rica y aguda respondió.

Bert abrió la puerta para encontrar a Delilah Jones envuelta en un kimono de satín color verde esmeralda. A su lado estaba el hombre con el gran traje. Bert sabía que era el dueño del club, Leonard Raymond. —Dile que estuvo sensacional —dijo Raymond.

—Estuviste sensacional —Bert obedeció secamente.

—No te desmayes del entusiasmo —ella replicó.

Él se rió. —No, lo siento. Lo dije en serio. Estuviste genial. Honestamente. Con las canciones apropiadas, realmente podrías ser una estrella.

—¿Qué quieres decir con "las canciones correctas"? —respondió de vuelta, sus delgadas cejas arqueadas—. ¡Soy una estrella! Amo esa canción. La mujer que solía cantarla cuando viajaba tenía tres veces mi tamaño y un cocodrilo en una correa, ¿no crees? ellos amaron esta noche, ¿o no Lenny?

—Los impresionaste, Del —él le aseguró.

—¿Ves? ¿Qué sabes de canciones de todos modos? —ella retó a Bert.

—Bien —él empezó dubitativamente—. Las escribo y...

—Oh, ¡justo puedo imaginar el tipo de canciones que escribes! ¿Cuáles son sus títulos ¡Que viva Harvard! O ¿Hurras para Yale?

—En realidad me acabé de graduar de Princeton.

Ella se rió en una manera que lo hizo mirar a la botella de champaña en la mesa de su vestidor. Estaba medio vacía y vio que los dos vasos habían sido desocupados. —Así que supongo que tu canción es "Hip, hip por Princeton" —ella dijo

—Tal vez no sea un buen momento. Sin embargo, me gustaría entrevistarla. Soy un escritor de la revista Viajar al Extranjero.

—¿Me estás llamando una extranjera? —dijo. Él no estaba seguro si en realidad estaba ofendida o estaba bromeando.

—No, nunca lo haría...

—En realidad no vas a viajar a ningún lado conmigo, extranjera o no, metete esa idea en la cabeza —ella continuó, burlándose.

—Lo entendiste todo mal, yo...

—¡Te estás sonrojando! —ella cacareó, señalando su rostro, y luego gritaba de risa, balanceándose en su silla.

El calor en las mejillas de Bert le indicó que ella tenía razón, y saberlo le hacía poner aún más rojo. Esto era un desastre.

—Alguna otra vez —murmuró, retrocediendo en el vestidor. Los oyó riéndose a carcajadas detrás de la puerta cuando escucho unos ligeros pasos que corrían.

—¡Espere! —girándose, vio a Delilah Jones, descalza y todavía en su kimono corriendo hacia él.

—Lo siento —sin aliento, ella puso su mano en su brazo.

Él empujó la puerta abriéndola. —Está bien. Olvídalo.

—Es el champán. Me hace pensar que soy mucho más graciosa de lo que en realidad soy. Encuéntrame en el Partenón mañana al medio día. Le compraré un croissant y un café para compensarlo. Haremos la entrevista entonces. ¿De acuerdo?

Él estuvo tentado a decir no; lo había tomado tonto, y eso no le gustaba. Pero quería que esta historia fuera buena. Si lo era, le darían más tareas bajo su responsabilidad. Si obtenía trabajos regulares en la revista, podría quedarse en París y tratar de escribir más canciones, tal vez lograr que las pusieran en un show musical como el que acababa de ver. Podía hacerse su propio camino.

—Por favor. Podría usar la publicidad —ella lo engatusó.

—Bien, en realidad creo que podrías ser genial con mejores canciones —dijo— ¿en serio esa mujer tenía un cocodrilo?

Delilah se rió entre dientes y apartó la mirada durante un segundo y luego le miró de nuevo. —La inventé. Escribí esa canción.

—¿Lo hiciste? —se sintió enrojecerse de nuevo. Hubiera sido más cuidadoso si hubiera sabido que esa canción era de su propia creación—. ¿Cómo llegaste a algo de eso?

Ella se encogió de hombros. —La canción simplemente me llegó. Al igual que la historia de la mujer gorda y el cocodrilo. Las cosas sólo aparecen en mi cabeza. En realidad canto en vaudeville, después del circo.

—Puedo decir que eres una artista con experiencia —él concedió.

—¡Puedes apostar que lo soy! Y no me digas que la audiencia no adoró mi canción... porque lo hicieron —ella insistió.

—Sí, lo hicieron —admitió—, la canción es divertida y tienes una voz espectacular. Los impresionaste, como Lenny dijo.

—¡Ah! Sí, Lenny... no me lo recuerdes —dijo con desdén—, me contrató para ser el siguiente brindis de París, la siguiente Josephine Baker. Él estaba justo

abriendo el club y necesitaba alguien que se presentará. Me dio el trabajo porque le juré que podría hacerlo, pero aquí entre nosotros, no estoy segura.

—Puedes hacerlo —dijo Bert, de repente seguro de que era verdad— si cantas mis canciones, definitivamente pasará. Si sigues sólo con el material cómico, siempre serás un acto novedoso.

Se preparó a sí mismo para otra erupción de risa burlona. Pero esta vez ella sólo lo miro pensativamente, así que atrevió a continuar. —He escrito algunas canciones de amor, cosas realmente sofisticadas. Te dará algo de clase.

—Oye, ¡Ya tengo clase! ¿Qué te hace pensar que sabes tanto, Chico Universitario? —Ella preguntó a la defensiva.

—He estado en Broadway en el teatro de Londres.

Ella asintió, considerando sus palabras. —Te apuesto que has estado en ballet y en opera también.

Él asintió. —¿Puedes bailar? —preguntó.

—Puedo, pero tengo algo en el tobillo que me tumba plana en el suelo algunas veces —confesó—, no quiero arriesgarme a que pase eso en escena.

—¿Te lastimaste en el circo?

—No, nací con eso. Es sólo una de esas cosas raras.

Una chica del coro con una melena de rizos rojos, vestida con pantalones amarillos y un pequeño top se acercó a ellos —Del, Lenny quiere verte—, le dijo con un fuerte acento inglés.

—Estaré allí de inmediato —Delilah miró a Bert en un ángulo que de repente la hacía ver muy joven para ella. Se dio cuenta que era una adolescente, lo que no había pensado hasta ese momento—. ¿Te veo mañana de acuerdo?

—De acuerdo —él estuvo de acuerdo mientras ella se apresuraba hacia el camerino.

Se dio cuenta que la chica del coro que había venido a por Del estaba haraganeando cerca, mirándolo de arriba abajo. —¿Quieres comprarle a una chica una cena? —preguntó coqueteando.

Él en realidad no quería comprarle nada a nadie hasta que su cheque por este artículo llegara, pero ella era linda y él estaba cansado de comer solo. —¿Estás luciendo ese traje? —él le preguntó.

—Si te gusta, lo haré.

—Seguro, pero necesitaras un abrigo.

Fueron a un café que a él le gustaba frecuentar cuando estaba en la ciudad en la zona de Montmartre. Era sencillo pero la comida era genial.

Su nombre era Yvette. Era fácil hablar con ella porque ella misma hacía la mayoría de la charla. Le dijo que había trabajado como criada en un hotel hasta que un día había conocido a Lenny y le había ofrecido trabajo en su club.

—¿Cómo sabía que podías bailar? —preguntó Bert.

—No podía. Creo que sólo le agradé. Es mejor que ser una criada —ella siguió hablando, diciéndole cosas sobre su vida mientras también le preguntaba por la de él. Tuvo la sensación que ella estaba tratando de desentrañar el preciso estado de sus finanzas y la estaba confundiendo—. Entonces ¿tu familia es rica pero tú no? ¿Cómo puede ser eso? —preguntó.

—Porque no quiero ir tras la fábrica de vajillas de papá —explicó— parece como una forma de esclavitud para mí.

—No es esclavitud cuando eres el hijo del jefe —señaló.

—No es sobre el dinero —él estuvo en desacuerdo.

—Todo es sobre el dinero —dijo ofendida, presionando su concha de caracol con el tenedor. Él puso los ojos en blanco ligeramente, mirándola; Nunca se acostumbraría a comer caracoles.

—Yo podría cantar su parte, ¿sabes? —dijo Yvette, sacando el caracol de la concha con su tenedor—. Deberías entrevistarme a mí. Olvídala.

—¿No te gusta la Señorita Jones? —preguntó.

—Ella es... ¿cómo puedo decirlo...? atrapada en sí misma. No es para tanto. Puedo ser como una chica egipcia también. Tengo lo necesario para eso. Pero no con ese gran gato negro. No.

—Bien, cuando tengas un espectáculo, te entrevistaré. ¿Puedes cantar?

—Puedo hacer lo que sea —dijo, limpiándose la boca—. Si me pagan, puedo hacerlo.

Tres hombres entraron en la cafetería. Ellos llevaban el uniforme del Partido Nazi. Los había visto en un viaje a Berlín y al instante se había decidido que no eran para él. Despreciaba a su arrogancia y había escuchado historias de una brutalidad terrible. Había estado entregando panfletos en la calle y las calumnias anti Judías que tenía lo habían disgustado.

Tomaron una mesa cercana. Cuando ordenaron, hablaron en voces que él encontró demasiado fuerte. Continuaron su conversación en alemán, que él no entendía.

—Vamos —le dio a Yvette antes de que ella hubiera terminado. Estaba abrumado por la fatiga y de repente no quería nada más que dormir en la pequeña habitación amueblada que había alquilado.

Dejó a Yvette en el teatro y tomó un taxi de vuelta a su habitación. Una vez que estuvo lejos de ella y no escuchó más a los alemanes, su fatiga se alivió un poco. Incluso estaba inspirado para trabajar en alguna idea para una nueva canción. Era sobre una mujer que caminaba una pantera con una correa.

Alguien golpeó a su puerta y él gruñó, enojado por ser molestado de su canción. Probablemente sería el dueño del hotel buscando el alquiler semanal, que él ya no tenía porque había invitado a Yvette a cenar.

Esa fue una jugada tonta, se reprendió, abriendo la puerta. Y empezó a pensar en lo que diría para persuadir al dueño del hotel para esperar.

Pero el hombre al otro lado no era el dueño del hotel. Era alto y vestía un abrigo. Su expresión era tan austera que Bert instantáneamente decidió que era alguna clase de policía.

—¿Robert Brody? —el hombre preguntó con una pizca de acento inglés.

Bert asintió.

—Inteligencia británica —dijo el hombre, sacando una identificación de su billetera—. ¿Podría hablar con usted un momento?

Lenny dejó el camerino de Del y sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo. Esta noche, cuando trató de poner sus brazos alrededor de ella, ella se las había arreglado para deslizarse fuera de su agarre, riéndose y haciendo un chiste sobre eso de nuevo.

Una vez más, estaba dejando su camerino frustrado y enojado. Frotando su mejilla pensativamente, él consideró la situación. *¿Cuánto más iba a vérselas con sus evasivas? No estaba seguro.*

¿Qué quería ella de él? Las chicas estaban todas locas por él. ¿Y porque no deberían estarlo? No tenía los veinticinco años todavía, era el dueño del club más joven en todo París. Con el respaldo efectivo de algunos hombres que había conocido de vuelta de Chicago, había presentado a La Pantera y la había convertido en una de las principales atracción en París. Era una buena cosa también, porque sus compañeros en Chicagos no eran del tipo de hombres que él quería hacer infelices.

Cuando Del había caminado con ese gato loco grande con una correa, había llamado incluso al club así por su mascota. La había hecho protagonista principal en la cartelera, ¿o no? había comprado la pantera y su collar de esmeraldas también. Las joyas hubieran costado una fortuna si sus contactos en Chicago no le hubieran conseguido un hombre en París que hacía cosas como esas por un buen precio. Él había apostado todo lo que tenía en su intuición a que ella tenía lo que se necesitaba.

El momento para que Del le mostrara un poco de gratitud había llegado.

No era sólo que él quisiera estar con ella. Había muchas chicas del coro para eso, por ejemplo la pequeña y coqueta Yvette. Ella habría caído por él en un segundo; tanto como ella lo había dicho. Casi todas las chicas del coro amarían tenerlo, pero eso no era todo de lo que él iba detrás.

Delilah Jones era la cosa real: un poco descarada llegando al límite, tal vez, pero eso podía ser arreglado. Era tenía todo el paquete completo: talento, apariencia, estilo, era divertida e inteligente. Y más que eso, más importante que eso, tenía calidad de estrella. Cuando Delilah Jones caminaba en un salón, todo el mundo lo notaba.

Él podía moldearla en la estrella más grande que Paris hubiera visto... pero no iba a desperdiciar su tiempo haciéndolo si ella iba a seguir rechazándole como lo había estado haciendo. Él quería que fueran un equipo en la mejor manera posible.

—Hola, Lenny

—¿Por qué estás aquí todavía, Yvette? —le preguntó, moviendo su cigarrillo.

—Ese reportero me invitó a un café.

—¿Quien? ¿Bert Brody? —preguntó con una risa despreciativa—, saldrías con cualquiera ¿No?

—Es un buen chico, pero se fue a su casa y no estoy cansada. Tal vez me llevarías a un club. ¿Sí?

—Claro ¿por qué no? —estuvo de acuerdo, soplando un poco de humo.

El día siguiente, Del corrió por la calle empinada que conduce al monumento del Partenón, una mano en el sombrero de ganchillo que abrazaba su rostro y la otra sujetando su abrigo contra el viento.

Ella quería que esta entrevista saliera bien pero era difícil mantener sus pensamientos en eso, no después de lo que había pasado anoche. Había estado en su apartamento cocinado el bocadillo de medianoche de Baby, hígado, crudo y con cebollas salteadas, de la manera que a Baby le gustaba, cuando un extraño hombre llamó a su puerta. Era de la Inteligencia Británica, o eso le dijo. Le pidió que trabajara para ellos.

Parecía que un grupo de científicos estaban completando los planes de un cohete que podría, en teoría, ser lanzado desde lugares tan lejanos como Berlín y sería capaz de disparar con precisión un misil sobre un objetivo en Londres.

—Pero Alemania no está en guerra con Inglaterra —ella señaló.

—Tenemos razones para pensar que eso cambiara pronto —él le contestó.

Ellos creían que los oficiales Nazi habían estado en París, esperando para recoger los planos de ese cohete y pagarle a los científicos. —Ellos vienen a tu club —él dijo—, quiero que te muevas y andes a su alrededor. Averigua que es lo que puedes aprender.

—¿Cómo te contactare?

—Nosotros te contactaremos.

La cúpula del Partenón apareció a la vista. No estaba segura de por qué lo había elegido como lugar de encuentro, salvo que ella siempre había gustado su redondez y columnas. Parecía tan majestuoso y tranquilo, casi sepulcral en el interior, tan diferente del bullicio de la margen izquierda del río, un oasis de calma. Algún día le gustaría ver el original del Partenón en Grecia. Siempre le había atraído, era extrañamente acogedor. Mientras alcanzaba la cima de la calle que conducía a la rotonda que rodeaba al Partenón, vio a Bert Brody de pie en la gran escalinata frente al monumento.

Era el tipo privilegiado de América que había visto en las revistas y, a veces miraba en una audiencia, los estudiantes universitarios buscaban un punto de vista del lado más sórdido de la vida, antes de regresar a la comodidad de sus propios refugios. Ella nunca había hablado con alguien como él y estaba ansiosa por descubrir cómo era, como si fuera algún tipo de orquídea rara que nunca más tendría la oportunidad de examinar. Si su actitud era demasiado condescendiente o superior, tenía una estrategia de salida: Le diría que tenía necesidad de ir al club. Lo importante era no perder la calma. Estaba escribiendo un artículo sobre su obra, después de todo. Eso le daba a él, la última palabra.

Desde el otro lado de la rotonda, ella le saludó con la mano y él le devolvió el gesto. Esperando a que el tráfico pasara, cruzó al Partenón en el centro. —Bonjour —le saludó alegremente. Empieza el show, pensó ella.

Juntos volvieron a cruzar y ella lo guió a un pequeño café que conocía. En el interior, pidieron y ella comenzó a llenarle de antecedentes, la ficción que se

fraguaba en su mente, la bonita casa victoriana en Baltimore, donde había sido criada por sus propias tías.

Era casi verdad.

Ella había vivido en una casa bonita con su anciana abuela, hasta que la mujer había muerto cuando tenía cinco años. Era un vago recuerdo y sin duda le había servido en su fantasía acerca de sus tías. Cuando tenía ocho años, había salido del orfanato en el que estaba viviendo, y prefirió elegir sus posibilidades por su propia cuenta. Nadie había venido a buscarla.

—¿Qué pensaron tus tías sobre que te unieras al circo? Anoche dijiste que habías estado en el circo —le recordó.

—Umm... mis tías no estaban a favor de mis ambiciones teatrales, y como artista tenía que ir más allá de las restricciones del coro de la iglesia.

—Así que ¿te uniste al circo? —preguntó.

—Sí, pero sólo los fines de semana. Durante la semana tenía que ir a la escuela y atender mis estudios de ópera.

¿Se estaba creyendo esta historia? Ella no podría asegurarlo.

Hablaron durante toda la comida y descansaron mucho tiempo después de que ella insistiera en pagar la cuenta. Se sorprendió de que él hubiera viajado por su cuenta, trabajado en trabajos extraños y escrito para periódicos y revistas para pagar sus cuentas. No parecía poseer la asignación de casa, con la que tantos estadounidenses en el extranjero, contaban. Cuando preguntó gentilmente sobre ello, él le dijo que su padre era severo y una persona determinada. —Si yo no estaba en su negocio, iba por mi cuenta. Así que aquí estoy, sin dinero y libre.

El surtido de pequeños trabajos en los que había trabajado, casi igualó su lista. Había incluso formado parte de la tripulación de un barco en Grecia, mientras que escribía una historia sobre viajar al extranjero hacia el Partenón griego. —Navegar es una de mis grandes aficiones —dijo.

—Nunca lo he hecho —admitió—. Háblame más acerca de Grecia. ¿Qué te gustó más?

Él la había amado. Ella estaba intrigada por todo lo que tenía que decirle. —¿Sabías que durante un tiempo en lugar de ser el templo de Atenea, el Partenón griego estuvo dedicado a la Virgen María? —le dijo a ella.

—Eso es muy interesante —dijo ella, con sinceridad—. Ellos cambiaron la figura de una mujer fuerte y divina por otra. Me preguntaba si a lo largo de la historia, la gente simplemente le daba nombres diferentes a los poderes que son más o menos lo mismo.

—A menudo he pensado lo mismo —dijo—. Y luchamos por las diferencias que no son realmente tan diferentes si se araña bajo la superficie.

—Yo pienso así, también. Parece tan obvio, pero la gente conseguirá enojarse en serio contigo, si dices una cosa así.

Él se echó hacia atrás y estudió a Delilah, como si también estuviera revisando su idea de quién era ella. Un camarero se acercó para encender una vela, en un candelabro sobre la mesa. Del lo cubrió antes de que el camarero llegara a la mecha. —Por favor, no —pidió a ella.

—¿A la señorita no le gustan las velas? —preguntó el camarero.

—No, por favor.

El camarero asintió con la cabeza y siguió adelante.

—Soy un poco recelosa con respecto al fuego —le explicó Del a Bert—. Nunca me gustó, pero cuando Baby era un cachorro, tuve que correr hacia la tienda que se estaba quemando y sacarla de su jaula. —Echando la cabeza hacia atrás, ella se rió con ganas—. Creo que saqué a todo los grandes felinos. Era la única manera de salvar sus vidas. ¡Qué escena tan loca causé!

Se echó a reír también. —¡Debió haber sido brutal!

—Sí, pero no había otra opción: no podía dejarlos morir allí.

—Supongo que eso es cuando te mudaste a Vaudeville —supuso él.

—Sí —dijo ella, sin dejar de reír al recordarlo—. Los dueños del circo no estuvieron tan felices conmigo después de eso. ¿Pero sabes lo gracioso? Después de ese incidente, no tuve más miedo al fuego. Toda mi vida me había

aterrado. Todavía no me gusta, pero ya no me pone los nervios de punta, como lo hacía antes.

Él pretendía escribir en su cuaderno. —Delilah Jones ha superado su miedo al fuego, entrando en un edificio en llamas.

Oírle decir esas palabras tocó la profunda fibra sensible de su interior. Lo que dijo era cierto. Lo había sabido, pero nunca se había parado a pensar en lo mucho que había logrado realmente saliendo de esa tienda en llamas.

De pie, se dirigió al mostrador y cogió una caja de cerillas de un cuenco. Cuando regresó a la mesa, encendió un fósforo. —Para superar por completo nuestros temores —dijo mientras encendía la vela.

—Estoy a favor de eso —dijo Bert, sonriendo—. Bien por ti.

—Gracias. Se siente bien.

—Tú eres una mujer interesante, Delilah —dijo—. Una vez estuviste nerviosa alrededor de las velas, pero ahora eres una devoradora de gatos grandes.

Eso la hizo reír. —Baby es un gatito. Estoy pensando en cambiar su nombre por algo más teatral como Cleopatra o Nefertiti, pero me preocupa que pueda confundirla.

—Delilah Jones es un nombre muy teatral —comentó—. ¿Es tu nombre real o un nombre artístico?

—Lo escuché en la Biblia y me gustó, así que lo tomé cuando me uní al circo. Te diré mi nombre real, si juras que lo mantendrás en secreto. Si lo pones en el artículo, te encontraré y te mataré mientras duermes.

—Te lo juro.

—Louisa. Louisa Jones. Mi abuela, que había sido una esclava hasta después de la Guerra Civil, me puso el nombre por una tía mía, su primera hija, que nunca volvió a ver, después de que ella fuera vendida río abajo. Más tarde, alguien le dijo que Louisa Jones había muerto luchando en la Guerra Civil. Ella había fingido ser un hombre para alistarse.

—¡Wow! ¡Qué mujer tan valiente! —dijo—. Mi tío abuelo John era un soldado de la Unión. Mi tío abuelo sobrevivió a la guerra, aunque murió joven de todos modos; Con sus cincuenta años. Después de la guerra, abrió un pequeño negocio de cerámica y fue tan bien que con el tiempo, se convirtió en May Dishware.

—Ese es un negocio enorme y gigante —dijo ella, impresionada—. Debe valer una fortuna. Pensaba que toda la gente rica heredaba el dinero. Yo no conocía a ninguno de ustedes que realmente se lo mereciera.

—Mi padre y yo no lo ganamos. El Tío abuelo John ganó primero el dinero, y luego el resto de la familia lo heredó —admitió Bert, con una risa irónica—. El tío abuelo John se divorció de su esposa y nunca se volvió a casar, por lo que mi padre heredó las fábricas de loza. Esa es el destino que estoy tratando de evitar en este momento.

—¿Al escribir? —preguntó ella.

—Sí. Yo escribo artículos, pero mi gran amor es escribir canciones. Mi sueño es de alguna manera vivir de ello.

—No es como un sueño imposible. ¿Puedo ver algunas de tus canciones?

—Claro, pero están en mi habitación del hotel. ¿Quieres volver allí? Te las mostraré. —Casi al mismo tiempo que las palabras salieron de su boca, pudo sentir el calor aumentando en sus mejillas y maldijo el hecho de que él se sonrojara tan fácilmente. Con la sonrisa en su cara, ella se había dado cuenta definitivamente—. Sé que sonaba como una excusa barata —se apresuró a balbucear—. Prometo que me comportaré.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —respondió ella, sin dejar de sonreír.

—Bueno, ahora no tengo otra opción. Tengo que comportarme.

—Vamos —dijo ella, tomándole su abrigo de la parte posterior de la silla.

Su habitación estaba en una calle miserable, pero se sentía a gusto con él mientras subían las escaleras empinadas y estrechas. La conversación del almuerzo la había dejado con la sensación de que ella lo conocía mejor de lo que

realmente hacía. —De vez en cuando conoces la gente que sientes que las has conocido toda tu vida —comentó ella cuando entró en su habitación. Los documentos, libros, cuadernos y se apilaban en montones sueltos en las sillas, aparadores, y sobre la única mesa.

—Sé lo que quieres decir —admitió él.

—¿Está sucediendo ahora? —se atrevió a preguntarle.

Él asintió con la cabeza lentamente, mirándola a los ojos. —Creo que así es, sí —murmuró, como si cayera en un sueño.

Segura de que iba a besarla, ella se preparó para responderle al beso, pero después de que un momento pasara, él se dio la vuelta. —Déjame encontrar esas canciones.

Un aguijón de decepción dio paso a la admiración. Sin duda él no quería que ella pensara que se estaba aprovechando de la situación. Tenía clase. Y él había prometido comportarse.

Tomó un libro de tapa dura de la mesa y leyó su portada. —Siddharta de Hermann Hesse ¿Sobre qué trata?

—Se trata de la vida de Buda y su camino hacia la iluminación —respondió él, hurgando en el desorden de sus papeles—. Fue escrito hace unos quince años.

—¿Estás interesado en el budismo?

—Me gusta lo que escribe Hesse y he leído algunos de sus otros libros. Pero yo no sé acerca de éste. Parece un poco predecible. Siempre puedo adivinar lo que va a pasar, aunque no sé mucho sobre el budismo. Es extraño.

Encontró su cuaderno de tapa dura con las canciones. —Aquí está. —A pesar de que no tenía piano, cantó las canciones para ella y ella se apresuró a entender las notas, cantando con él. Estaban tranquilos juntos, fluyendo sin problemas el uno con el otro por lo que era imposible decir quién estaba dirigiendo y quien seguía. Simplemente estaban juntos sin esfuerzo.

—Mi voz nunca sonó mejor.

—Mis canciones nunca sonaron mejor.

Ellos hablaron al mismo tiempo, sus voces superponiéndose, y entonces se rieron por la confusión de sus palabras. Mientras seguían riendo, seguían mirándose a los ojos del otro.

—Estas canciones son geniales —dijo ella, después de un momento, y continuó—. ¿Realmente me dejaría cantar una de ellos en mi actuación?

—Todas ellos, si lo deseas. Nunca soñé que pudieran sonar tan maravillosas hasta que te acabo de escuchar cantarlas.

—Son maravillosos —admitió—. Me gusta especialmente este sobre los amantes que se acaban de conocer, sintiendo que se conocían desde antes. ¿La escribiste sobre alguien en especial?

Él negó con la cabeza. —No, sólo vino a mí un día. Divertido... Yo podría haberla escrito hoy mismo, porque ese sentimiento es tan fuerte. —El rojo apareció en sus mejillas de nuevo—. No es que estemos juntos, por supuesto.

—Por supuesto —ella se hizo eco, aunque ella ya sabía que era inevitable que ellos lo serían.

Otro momento tenso, con la posibilidad de que pasara entre ellos pasó, mientras estaban de pie y un poco demasiado juntos, sin hablar. Deseando darle un beso, ella decidió no dar el primer paso hacia adelante.

—¿Podría ir al club mañana por la mañana? —preguntó, rompiendo el hechizo—. Podríamos utilizar el piano para comprobar las canciones.

—Es una idea genial —dijo ella, con desenfado—. Ve a las diez de la mañana. Espera —hazlo a las doce. Duermo hasta tarde.

—Genial. Iré hasta tu casa.

—No tienes que...

—No. Quiero...

—Muy bien, entonces. No iré a casa, sin embargo. Tengo una cita: Es una especie de un médico que he estado viendo, un psicoanalista.

—He oído hablar de Sigmund Freud. ¿Cómo él?

—Sí. —Ella miró hacia él, de repente preocupada—. No menciones eso en tu artículo. ¿Lo Prometes?

—Lo prometo. ¿Es por algo que te molesta, si no es mucho preguntar? ¿Es la cosa fuego?

Ella negó con la cabeza. —Algún día, cuando te conozca mejor, te lo diré.

—Está bien. —En la escalera, el sujeta su brazo para detener su descenso hasta el primer rellano, donde el dueño del hotel estaba barriendo—. Espera hasta que se termine, ¿de acuerdo? —susurró Bert.

Ella le sonrió. —¿No puedes pagar?

Él asintió con la cabeza, enrojeciendo un poco, de nuevo. —Aún no.

—Sé cómo te sientes —le aseguró ella—. No te preocupes. Vas a ser famoso muy pronto. Ambos lo seremos. —Metiendo la mano en su bolso, sacó unos billetes—. ¿Quieres un pago inicial por sus canciones?

—Gracias. Esperaré, —se negó.

—¿Por qué?

Él sonrió. —Págame cuando hagas tu primera grabación de las canciones.

Esto no era falso; Delilah sabía que quería decir cada palabra. —¿De verdad crees que podría hacer un disco? —le preguntó.

—Tienes talento. Ahora que tienes las canciones. Todo lo que necesitas es un buen control —le respondió con seguridad—. Vendrá.

La idea misma de su propio disco la hizo suspirar con añoranza. ¿No sería eso maravilloso?

A las tres de la tarde siguiente, Bert se apresuró escaleras arriba a su habitación de hotel seguro de una cosa: estaba enamorado de Delilah Jones.

Habían trabajado juntos desde el mediodía en el club. Tocaba el piano mientras ella cantaba cada una de sus canciones. Si había creído alguna vez que las canciones eran buenas, ahora que estaba seguro.

Su voz hizo que todas las palabras adquirieran un significado más profundo. No podía imaginar cómo una mujer tan joven, podía respirar tanto sufrimiento mundano e intensidad en cada frase. Las cosas que ella debía haber pasado y visto, traían demasiada profundidad a su interpretación. Era un largo camino de Isis, la más bella en el Nilo.

El escucharla hoy, le hizo explotar con amor y deseo por ella.

Él no la había besado, porque no había querido causar chismes en el club. Lenny estaba al acecho, buscando excusas para pasar cerca, al comentar que él no estaba seguro de que las canciones fueran lo mejor para el club. Del le había dicho que tenía que abrir la mente.

Por último, a las dos y media, Lenny les había dicho que se tenían que ir. Necesitaba el escenario para las coristas, que ensayaban un nuevo número.

—Déjame seguir estas —dijo ella, recogiendo las canciones—. Las repasaré y luego ensayaré con Al, nuestro pianista.

—Muy bien. Nos vemos esta noche —dijo, agarrándola de la mano—. Sé que estarás genial.

—Si lo estoy, será por estas canciones —respondió ella—. Son hermosas.

—Tú eres hermosa.

En ese momento, las coristas llegaron taconeando en el escenario y Al, el pianista, un hombre negro y delgado, vino a reclamar su piano. Dejando libre su mano, Bert se levantó... a pesar de que quería quedarse profundamente.

Al llegar a su cuarto, se arrojó sobre el raído sillón. Cerró los ojos con el fin de evocar la imagen de su rostro, y volver a escuchar los tonos de su voz melosa.

Ella tenía sus canciones. Tal vez ella estuviera cantándolas ahora mismo. ¿Estaba pensando ella en él, como él la estaba imaginando? Él esperaba que sí.

Esta noche después del show, después de que ella debutara con sus canciones, iba a decirle lo que sentía. Él iba a encontrar el momento adecuado para darle un beso. Estaba bastante seguro de la forma en que ella miraba a sus ojos mientras cantaba, que ella sentía lo mismo por él.

Esa noche, Del tenía lágrimas de felicidad en sus ojos, cuando la gente en el club se puso de pie, aplaudiendo. Ellos la habían animado antes, pero esto era diferente. No pisadas fuertes o silbidos, como cuando ella hacía su material cómico. Ella había encantado a esta gente cantando las canciones de Bert. Algunas de las mujeres lloraban con abandono.

De pie en el piano con Baby sentado frente a ella, presentó al público a Al animándoles a darle su parte de los aplausos. Vio a Bert entre el público y le indicó a que vinera hacia adelante. Él negó con la cabeza.

—Muchas gracias, señoras y señores —dijo, secándose los ojos con rapidez—. Son muy amables. El genio que escribió estas geniales y nuevas canciones está entre el público esta noche. Por favor, darle las gracias a este brillante compositor, Bert Brody. —Ella señaló el hombre que dirigía el foco, para que lo dirigiera hacia Bert.

Atrapado en un círculo de luz, Bert saludó tímidamente al público que le estaba aplaudiendo.

Más tarde, cuando todos se habían ido, ella se cambió de ropa, ató a Baby, y volvió a salir al club. Bert estaba esperándola, sentado solo en una mesa. Se puso de pie cuando la vio.

No se le ocurrió nada para decirle. Lo había dicho todo en sus canciones y ella había hecho eco, diciéndolo de nuevo hacia él. Cuando llegó a su mesa, él puso sus brazos alrededor de ella y la atrajo hacia sí.

Ella puso sus manos alrededor de su cuello, cayó en sus brazos, besándole. Algo dentro de ella se abrió y permitió que la energía de este beso, de este contacto, fluyera a través de ella. Se sentía extraño y nuevo y familiar y seguro, todo a la vez. En ese momento, sabía que lo amaba.

Tres semanas más tarde, Bert silbaba mientras subía las escaleras. No había más necesidad de esconderse en su habitación, evitando al dueño el hotel. Lenny había duplicado el salario de Del, desde que el club estaba lleno, noche tras noche. Del había insistido en darle una parte del mismo por sus canciones.

Se habían pasado todas las noches desde entonces tomando cenas tardías y dando paseos iluminados por la luna a lo largo del Sena, disfrutando de la

alegría de su nuevo amor. Por las tardes, cuando ella no estaba viendo a su psicoanalista, ellos trabajaban en el nuevo material. A veces él le leía, sobre todo poemas de amor.

Cuando él abrió la puerta, se encontró con el hombre de la Inteligencia Británica sentado en el sillón de terciopelo rojo junto a la ventana que miraba a la calle. —¿Cómo has entrado? —exigió saber.

—No es importante —respondió el hombre de la Inteligencia—. Yo no quería perder el tiempo fuera, llamaría la atención. —Abrió un maletín para revelar libras esterlinas, perfectamente empaquetadas. En estas últimas semanas en el club, había oído fragmentos de la sospechosa conversación que mencionaba cuando se pasaría este hombre a comprobar. No parecía muy importante para Bert, pero el hombre le aseguró que nada podía ser importante.

—Esta noche le darás este dinero a tu contacto. Ella te pasará los planos del cohete. —A Bert le habían hablado acerca de estas copias días antes. No sabía que habría un intercambio esta noche—. Tu contacto pagará a los científicos que le dieron las copias a ella. No quiero ser responsable de lo que sucede si ella no consigue este dinero.

—¿Cómo voy a reconocer mi contacto?

—Ve a El Pantera esta noche. Un agente te pasará una nota diciéndote cómo reconocerla.

—¿No puedes decirme quién es?

El hombre de la Inteligencia dejó la maleta cuando se dirigía hacia la puerta. —Cuánto menos sepas, mejor. El agente no puede hacerlo por ti, porque podría ser reconocido. —En la puerta, se volvió—. Y no le echés ni una mirada al maletín, ni siquiera un poco. El importe total debe ser entregado.

Bert haría esto tal como había sido solicitado. Inglaterra y Estados Unidos eran aliados, así que él sintió que era su deber patriótico. Y los nazis lo habían rechazado. De ninguna manera podría ser permitido que ganaran la superioridad militar que este cohete podría proporcionarles. Nazis en Inglaterra... el pensamiento le hizo estremecerse.

El Dr. LeFleur miró a Del través de sus gruesas gafas. Líneas de color naranja de la puesta del sol naranja rallaban la pequeña habitación de madera oscura a pesar de que el anciano doctor había bajado las persianas para bloquearlas. A continuación, Del era vagamente consciente del rumor del tráfico por la noche como la cascada de un río constantemente cayendo sobre rocas.

A ella le gustaba ver al Dr. LeFleur una vez por semana, pero hasta ahora no había hecho nada para calmar los sueños aterradores que plagaban su sueño. Ella los había tenido desde la infancia, pero últimamente estaban empeorando. Se despertaba gritando, impotente. Llegó a estar tan histérica que algunos de los vecinos habían pedido incluso que el propietario la desalojara. La única razón por la que no lo había hecho era que ella llegaba a casa desde el club tarde y estos ataques se producían por la mañana cuando la mayoría de los otros inquilinos estaban trabajando.

—Dime, ¿cómo te sientes ahora? —Solicitó el analista con suavidad—. Veamos si no podemos llegar al corazón de esos sueños inquietantes.

Del se movió un poco en el sofá de cuero verde y cerró los ojos. —Es divertido, —dijo ella—. Este sitio me recuerda a una cueva sobre la que soñé anoche, aunque nunca he estado en una cueva.

—Imagina la cueva. ¿Qué más hay en ella? —le preguntó.

—Hay una mujer allí conmigo. Ella es mi madre, pero tal vez no... Ella es la madre de alguien.

—No recuerdas a tu verdadera madre, ¿verdad?

—Eso es correcto. Ella me dejó con mi abuela cuando era una niña. Mi abuela era maravillosa, pero ella murió cuando yo era pequeña.

—Tal vez busques una figura materna fuerte en tus sueños, que pueda tomar su lugar.

—Tal vez. En el sueño ella me está diciendo algo, pero no entiendo lo que quiere decir. —Abriendo los ojos, Delilah se volvió hacia él—. ¿De dónde vienen estas imágenes, Dr. LeFleur?

—Surgen de lo más profundo de tu mente inconsciente. A lo largo de estas semanas que hemos estado hablando, veo que eres una mujer joven que está inusualmente en contacto agudo con el inconsciente; muchas personas creativas lo están. Estas imágenes pueden ser manifestaciones de tus más grandes miedos y deseos. Puede que estés convocando símbolos que son universales para todas las personas, pero se manifiestan de diferentes maneras. O hay otra posibilidad.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—Es posible que sean recuerdos.

—¿Recuerdos? Pero te dije que nunca he estado en una cueva. Sueño con todo tipo de cosas que no pueden ser reales.

—Me gustaría probar algo contigo hoy. Se llama una regresión hipnótica. Puede ser que te ayude a recordar una vida pasada.

—¿Qué vida pasada? —le preguntó ella.

—En mi último viaje a América, me oí hablar de un hombre llamado Edward Cayce. Él se queda dormido y afirma que tiene visiones en sueños de vidas pasadas de una persona. Fui testigo de una de estas lecturas y me impresionó mucho.

—¿Podrías leer mis vidas pasadas? —pidió Del.

—No, no tengo ese don. Pero he estudiado los métodos de hipnosis establecidos por Erickson Milton, e incluso me reuní con el hombre en mi viaje. ¿Te importaría si te hipnotizo?

—Supongo que no.

—Bien. Cierra los ojos una vez más. Ahora relájate. Cuenta hacia atrás desde diez. Bien. Tú sientes... sueño, mucho sueño...

Entrecerró los ojos para concentrarse, Lenny lanzó el dardo de su mano. Voló directo y rápido a la diana en la pared de su oficina. ¡Al centro de la diana! Una vez más. Él era tan bueno en esto, que se estaba haciendo aburrido. Pero los dardos calmaron sus nervios y lo ayudaron a pensar.

Dos problemas pesaban sobre él en ese momento.

Tenía que deshacerse de este personaje de Brody. Lo odiaba, pura y simplemente. Una vez se hubiera marchado, Lenny podría recuperar el afecto de Del. Pero mientras Brody rondara por ahí, Del tenía ojos sólo para él.

Ahora, una manera de hacer esto se le había presentado. La llamada telefónica que acababa de recibir había llegado en el momento perfecto.

Él se acercó a la puerta de la oficina, mirando a los salones donde las coristas, músicos y tramoyistas se estaban preparando para el desempeño de la noche. —Ivette —gritó cuando él la vio, arrastrando su boa de plumas amarillas detrás de su traje de grifo—. Una palabra, por favor.

Ella taconeó hacia él en sus zapatos de tacón, inclinando la cabeza como un canario alerta. —¿Fuera?

—Entra. —Ofreciéndole un asiento, se sentó detrás de su escritorio. Inclinandose en la silla hacia atrás casualmente, le hizo una proposición. Por una gran cantidad de francos, ¿estaría dispuesta a ser muy amiga de Bert Brody esta noche? ¿Tal vez le gustaría que lo llevara hasta la azotea con ella?

—Le mostraré las luces de París —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué quieres que haga esto?

—Quiero que Del lo olvide —dijo él, a pesar de que sólo era una parte de la verdad —y ver que no se puede confiar en él.

—¿Y si se puede confiar en él?

—Él te llevó a cenar, ¿no? Tú le atraes, aunque no le interese a su mejor naturaleza.

—Puedo llegar hasta allí y luego tirarme en sus brazos cuando Del aparezca. De una forma u otra, voy a hacer que funcione. Tengo una condición, sin embargo. Lo voy a hacer si me haces la protagonista del espectáculo. —Yvette creía que era una negociadora astuta.

—No puedo hacer eso; Del es mi obra de más éxito. Aunque ella quiere una noche libre. ¿Y si se lo doy a ella el domingo y protagonizas esa noche?

—¿El domingo? El lugar está vacío los domingos.

Se encogió de hombros. —Es lo mejor que puedo hacer.

—Está bien —aceptó ella—. El domingo... ¿Protagonizo y consigo el dinero?

—Y el dinero —le aseguró.

—¿Esta noche? —comprobó ella.

—Esta noche.

—Muy bien. —Lanzando sus rizos detrás de sus hombros, le sonrió—. Un placer hacer negocios contigo.

Meciéndose en su silla, Lenny se frotó el mentón. Se había asegurado de que Del pillara a Bert Brody en una posición comprometedoramente con Yvette. Y esto resolvía también su segundo motivo de preocupación. Uno de sus partidarios en Chicago, un hombre de negocios inmigrante alemán, tenía un hermano de vuelta en Berlín, un oficial nazi. El empresario se refería a su hermano nazi con Lenny como un hombre en el que se podía confiar para llevar a cabo lo que se le pedía. Este oficial simplemente le había telefoneado, revelando que Bert Brody estaba trabajando para la Inteligencia Británica. —Nos han dicho que viene a tu club cada noche. Esta noche será la entrega de dinero para los británicos. Está en un caso que va a tener. No le dejes hacer esa entrega.

Esta noche le traería Del hasta la azotea. Ella encontraría a Bert con Yvette. Lenny provocaría una pelea con él. En la escaramuza, él bajaría de la azotea. Lenny obtendría su maletín y tomar parte del dinero para sí mismo antes de entregarlo a los nazis.

Él se dirigió a su caja fuerte y giró el seguro hasta que se abrió. Sacó su pistola y pistolera de hombro. Si algo salía mal, dependería de esto.

Bert llegó temprano a La Pantera. No podía esperar a entregar ese maletín de dinero. La ansiedad lo llenó. Parecía tan obvio que llevaba dinero, como si el propio maletín tuviera un signo de dólar brillando en él. ¿Y si le robaran? ¿Cómo explicaría eso?

¿Por qué no habían elegido a un tipo duro, alguien más formidable... un boxeador, tal vez? Los dos únicos deportes en los que era bueno eran en vela y tiro con arco. A pesar de sus nervios, arqueó los labios en una sonrisa mientras

se imaginaba paseando por las calles de París con el arco y la flecha colgando de su brazo. Ridículo como parecía, por lo menos sería algún tipo de protección.

Él entró en el vacío club. Un portero en frente estaba quitando las sillas que habían sido apiladas en las mesas. De lo contrario el lugar estaba vacío.

En media hora, estaba programado para comenzar el espectáculo. Habría unos cuantos actos con las coristas, un cómico, un acto con una corista y, a continuación Dalila aparecería y permanecería en el escenario para el resto del acto.

Tomó una de las sillas apiladas de una mesa y se sentó, poniendo el maletín a su lado. Mantuvo su mano derecha en la parte superior de la misma, sin perder el contacto con él ni un segundo.

Yvette salió de las alas del centro de la escena y hacia abajo. —Bert, necesito hablar contigo —le dijo ella, balanceando las piernas por el lado y dejando caer sus pies al suelo. Se quedó sentado, pues no quería que el maletín fuera visible—. Del vio que viniste. Ella me envió con un mensaje. Ella quiere que la encuentres en la azotea. Es muy importante.

Él no podía irse, no hasta que el agente le diera la información para poder identificar a su contacto. —¿Podrías decirle que tardaré un poco? —preguntó él.

—¿Qué estás esperando?

—No es nada. Si quieres decirle que tardaré algo, te lo agradecería en gran medida.

—Te costará otra cena.

—Por favor.

—Se lo diré. La puerta de la azotea está a la derecha detrás del escenario, sube las escaleras detrás de la primera puerta que veas. Me aseguraré de que esté abierta. —Con su mensaje transmitido, Yvette paseaba fuera del escenario, en las alas.

Tal vez era mejor salir a la calle, consideró. El agente podría estar esperando allí. Ahora él estaba ansioso por saber lo que Del quería, deseoso de pasar el maletín y terminar con este espionaje.

Se levantó para irse cuándo, mirando hacia abajo, se dio cuenta de un papel doblado sobre la mesa frente a él.

¡No había estado allí antes! Él estaba seguro de ello.

Comprobándolo todo, él no vio a nadie. El único cambio en el club era que el conserje había terminado su trabajo y se había ido.

El conserje. ¡Por supuesto!

Él desdobló el papel. La nota decía: collar de esmeraldas.

Se imaginó a una mujer ricamente vestida con una gargantilla de esmeraldas en el cuello. Entonces recordó: Baby llevaba un collar adornado con esmeraldas.

¡Del era su contacto!

Del rascó detrás de las orejas de Baby con las cortas uñas de color rojo. Contuvo la correa con fuerza, ya que paseaba por el callejón detrás del club. Baby estaba nervioso y siempre recogido en sus emociones con una simpatía extraordinaria.

No tenía idea de quién sería su contacto. El hombre de la Inteligencia Británica había asegurado a ella que era lo mejor. Un hombre se acercaría con un maletín lleno de dinero. Ella había recogido los planos del cohete ya de un hombre que había llegado a su apartamento aquella noche. Él regresaría esa noche por el dinero. Le advirtió que si ella no lo tenía, él la mataría.

Lenny salió al callejón. —¿No deberías estar a punto de subir al escenario? —le preguntó.

Ella abrió su abrigo para mostrar su vestido rojo. —Estoy lista.

—Muy bien. Sube a la azotea conmigo por un momento. Hay algo que creo que deberías ver.

—¿Qué?

—Ya lo verás.

No tenía tiempo para esto, ¿pero que si Lenny era la persona que iba a la mano de su dinero en efectivo? Él era un americano, después de todo... que podría ser el único. —Está bien —aceptó ella, siguiéndolo al interior.

Bloqueando a Baby en su camerino, se fue con Lenny por las escaleras hasta la azotea.

En el otro lado de la puerta hasta la azotea, alguien estaba discutiendo, aunque no podía decir lo que se decía. ¿De qué trataba todo esto? Impulsivamente, ella abrió el cerrojo y abrió la puerta. Yvette y Bert estaban uno frente al otro.

Yvette saltó a su lado, agarrando su brazo. —¡Me dijiste que ella nunca descubriría lo nuestro! —exclamó.

—¿De qué estás hablando? —respondió Bert enfadado. Se volvió a Del—. Yvette dijo que te encontraría en la azotea. Tú no estabas aquí, así que estaba a punto de irme, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

—¿Cómo puedes mentir así? —Le acusó Yvette—. Me has traído aquí para que pudiéramos estar solos. Eso es lo que me dijiste.

—¿Por qué mientes? —Replicó Bert—. Me dijiste que Del estaba aquí.

Con los ojos como dardos, Del vio el maletín en la mano. Con una mirada casi imperceptible en ella, confirmó que era con quien tenía que contactar.

Fuera lo que fuera que estaba pasando, lo importante era que ella consiguiera ese maletín y darle los planos. Este otro negocio podría ser resuelto más tarde. Ella estaba segura de que era una especie de truco. Lenny probablemente había puesto Yvette a la altura. Estaba celoso como cualquiera de estos días.

—Está bien —dijo Del fríamente—. Bert y yo nos acabamos de conocer. No es como si me debiera una explicación. Él puede perder el tiempo contigo todo lo que quiera, para lo que me importa.

Volviéndose para entrar, se encontró cara a cara con un hombre que caminaba hacia la puerta de la azotea. Otro hombre entró por la puerta situada detrás del primer hombre y llevando una pistola en sus manos.

—¿Qué es esto? —Les gritó Yvette a los hombres—. Baja la pistola.

Con una explosión ensordecedora de sonido, él le disparó en el hombro, tirándola contra una chimenea. Sollozando de dolor, se agarró el hombro y se desmayó. Del no podría decir si estaba viva o muerta.

El primer hombre habló en un fuerte acento alemán. —Hemos interceptado a los traidores que te dieron los planos. Están muertos ahora. A menos que también quieras estar muerta, por favor, dame los planos.

Apuntó con su arma a Del mientras ella saltaba sobre la pared que rodea la azotea. Ella sabía que había un de salida de emergencia directamente debajo de ellos.

El hombre disparó contra ella.

Lenny saltó sobre el hombre que se hizo el disparo, protegiendo a Del con su cuerpo. La bala lo echó hacia atrás antes de cayera con fuerza sobre la azotea de alquitrán negro.

El agente alemán volvió a disparar. Echaba de menos a Del pero su tobillo se volvió debajo de ella. Ella había desaparecido.

Agitándose violentamente, cayó hacia atrás, y el mundo se arremolinó a su alrededor mientras ella caía de la azotea. Llegando desesperadamente, ella se aferró a la barandilla exterior de la escalera de incendios, gritando mientras su brazo salía de su zócalo y su cabeza golpeó de regreso. Sus tacones resonaron hacia abajo, rebotando en las escaleras de metal en las piernas tiradas, colgando en el aire.

Mirando hacia arriba, vio venir Bert del techo hacia ella.

Sonó otro disparo y se embarcó en la pared del techo, abriéndose su maletín en el aire, con el dinero girando alrededor de él, dando vueltas toda la noche.

Dos disparos más.

¡Oh Dios, Oh Dios! Él voló más allá de ella. Se volvió hacia fuera y casi la cogió de la manga, pero él dejó escapar sus dedos.

¡¡No, No, No, No, No!! Volviendo la cabeza, le oyó tocar el suelo.

—¡Ayuda! —gritó, moviendo allí en un brazo—. ¡Que alguien le ayude!
¡AYUDA!

Nadie vino. Tenía que ayudarlo.

Con su corazón latiendo violentamente, Del pasó su segunda mano colocándola sobre uno de los pasamanos. Pateando duro, ella trató de conseguir un equilibrio en la escalera de incendios, pero no lo consiguió.

Alguien estaba pisando por las escaleras de metal hacia ella. Aterrorizada, ella levantó la vista bruscamente.

—Espera. —Lenny la agarró por las muñecas y la levantó hacia la escalera. Su camisa blanca estaba cubierta de sangre.

—Tenemos que ayudar a Bert —sollozó, empezando a bajar.

—Yo no creo que importe —contestó Lenny.



Entonces

Traducido por Virtxu

Corregido por Sera

Estoy en el callejón y miro hacia abajo, hacia mi cuerpo cubierto de dinero. La sangre está formando un charco cada vez mayor bajo mi cabeza. Asqueado. Me aparto, pero luego tengo que mirar hacia atrás, fascinado por verme a mí mismo destrozado.

Del está viniendo hacia mí, y Lenny la sigue. Luego ella se sienta en el callejón al lado de mi cuerpo sin vida, sacudiéndome.

—¡Bert! ¡Despierta! ¡Despierta! —grita—. ¡Bert! —ella está histérica.

Lenny se arrodilla a su lado, poniendo su brazo alrededor de ella para consolarla.

Lo siguiente que veo es duro de ver. Ella apoya la cabeza sobre su pecho y solloza, llora y llora mientras su corazón roto se abre y todo el dolor se extiende.

Sabía que ella también me quería. Ahora me doy cuenta de cuánto.

Tengo que dar crédito a Lenny; aunque la sangre brotaba de su hombro, se sentó allí frotando su espalda. Esa es una de las cosas locas de la gente: Siguen engañándose.

Nadie dispara hacia nosotros o se acerca a la pared. Creo que Lenny ha disparado a los agentes enemigos. Su arma está enfundada a su lado. Levantándome de nuevo, me decido a ir a la azotea y ver qué pasó.

Efectivamente, los dos alemanes yacen muertos. La bolsa de terciopelo con los planos no está y tampoco Yvette. No es difícil encontrarla, sin embargo, porque hay un rastro de sangre bajando por las escaleras.

Abajo, en el club, nadie parece saber lo que ha sucedido todavía, pero el director de escena está buscando a Del porque se supone que debe salir en

breve. Encuentro a Yvette en un oscuro rincón apoyándose pesadamente en el hombre de la Inteligencia Británica⁹. Ella le está entregando los planos de los cohetes.

Bueno, ya lo sabes, la superficial, astuta y egoísta de Yvette está trabajando para la Inteligencia Británica. Salgo afuera y veo como al mismo tiempo el tipo de Inteligencia se mete en un taxi con ella. Juntos, se van. Espero que la esté llevando a un hospital.

Bueno, ella trató de seducirme y, posiblemente matarme, pero tengo que admirar su coraje. Cuando ya estás muerto, estas cosas no parecen importar tanto. Tienes un punto de vista más amplio.

Y yo estoy muerto.

En ese momento, esto realmente me golpea.

M-U-E-R-T-O... y bien muerto, una expresión que nunca tuvo sentido para mí.

Esto me da una perspectiva única. Podría escribir una canción acerca de estar muerto desde la postura de alguien que realmente lo sabe.

Pero creo que ese es el punto de estar muerto, uno de ellos, de todos modos. No se puede... escribir una canción o cualquier otra cosa. Porque estás muerto.

Vuelvo a bajar al callejón. Del todavía está allí, cubriendo mi cuerpo. Sollozando.

Lenny se ha movido contra la pared. Está pálido. Supongo que la pérdida de sangre le está afectando.

—Oye, Del —digo suavemente—. No llores. Estoy aquí. Me quedaré contigo.

Ella levanta la vista como si me escuchara y tantea como un niño a tientas en la oscuridad en busca de un interruptor de luz. Su mano pasa a través de mí.

—Bert —susurra—. ¿Bert?

Trato de coger su mano. Ahora es mi mano la que pasa a través.

⁹ Se refiere al Servicio de Inteligencia Británico.

No la estoy ayudando de esta forma. ¿Qué bien le va a hacer si me quedo con ella? Sólo le impedirá amar a alguien que está vivo. No sería justo. Ella ya ha tenido una vida dura. No se merece estar sola.

—Adiós, Del —digo, tratando de echar hacia atrás un poco de su pelo que ha caído delante de sus ojos—. Te amo.

—Te quiero, Bert —susurra, como si de alguna manera ella me hubiera escuchado.

No estoy seguro de a dónde ir después de eso. Entonces, como respuesta a esa pregunta, un gigante ángel blanco aparece en el otro extremo del callejón.

Extiende una mano y me hace señas para que vaya hacia él.

Y luego en el segundo siguiente me pregunto si es un ángel. Podría ser una columna de luz.

De cualquier manera, sé lo que quiere.

Niego con la cabeza y me alejo. No a mí. No voy a irme.

Estoy demasiado apegado a esta vida para pensar en entrar en esa luz.

Me doy la vuelta y me alejo.

Ya es oficial, pienso. Soy un fantasma.

En las próximas semanas, meses, años... es muy difícil llevar la cuenta cuando eres un fantasma, vago alrededor. Las cosas que veo llenarían un libro. Durante un tiempo, narro algo de lo que veo a un escritor. Él piensa que las ideas son suyas, por supuesto. Sus libros se venden bien. Incluso logra escribir algunas canciones más, sentado junto a un muy conocido letrista mientras forcejea, susurrando inspiraciones al oído.

Quiero quedarme, porque el mundo es demasiado hermoso para abandonarlo. Lo que estoy viendo, sin embargo, es cada vez menos hermoso cada día. Guerra y más guerra, muerte, hambre. Miseria de todo tipo.

Veo judíos y a otros siendo detenidos y llevados a espantosos campos, hacinados en vagones de ganado sin comida ni agua durante días. Me quedo en

los trenes. Tratando de reconfortar cantando a los niños; recitando poesía a los ancianos.

Veo a otros fantasmas haciendo lo mismo. Veo ángeles. Muchos ángeles.

Un día en 1942, Yvette es introducida en un tren que se dirige hacia el Centro de Deportación Dancy, justo al norte de París. Desde allí, ella y los demás serán transportados a uno de los campamentos más grandes: Auschwitz, Dachau, Treblinka¹⁰.

Ella es más mayor pero todavía es hermosa. Sus rizos rojos están cortados hasta la barbilla. Lleva una boina y un abrigo azul marino de cuello alto. Me siento a su lado. —No tengas miedo. Yo me quedo contigo —digo. Es alguien a quien conocía, después de todo.

Ella levanta la vista rápidamente. Me había escuchado. —¿Eres un ángel? —susurra.

—Sí —miento. Parece una respuesta más reconfortante; y siendo un fantasma podría asustarla.

Yvette se sienta en el suelo, con los brazos envueltos alrededor de sus rodillas. Me siento a su lado. Mientras habla en un susurro suave, la gente la mira como si estuviera loca. Parece que nadie me oye. Se da cuenta de las miradas, pero no le importa. Además, dadas las circunstancias, ¿quién la culparía si ella se hubiera convertido en una loca?

—¿Has visto a Del? —No puedo resistirme a preguntar. A través de todo mi itinerario fantasmal nunca me olvidé de nuestro amor, aunque resisto la necesidad de vigilar a la chica. Pensando que podía haber sido demasiado doloroso.

¹⁰ Cómo ya se habrá supuesto, la guerra a la cual se refiere Brent es la Segunda Guerra Mundial en la cual los judíos y otros enemigos de los nazis eran enviados a campos de concentración dónde los trataban como animales hasta matarlos en las cámaras de gas. Auschwitz fue junto con Dachau y Treblinka los campos de concentración que recibían a más personas.

—La veía de vez en cuando. Las dos espiábamos para los Franceses Clandestinos¹¹.

—Eres una heroína —comentó, recordando cómo había robado los planos del cohete para los británicos.

—En realidad no lo soy. Ya sabes —dice ella—, siempre he sido de muchas maneras una chica traicionera. Parecía estúpido preocuparse por nadie más que mi misma. Cuidar de mí suponía un gran trabajo. Nunca he pensado en mí como una buena persona. Pero esta situación es demasiado atroz, incluso para que yo la pueda soportar. He ayudado a algunas personas en estos últimos años. Si muero ahora, me iré sabiendo que mi vida no ha sido en vano. Nunca había sentido eso antes.

Ella no es la misma Yvette que me llevó a cenar. La guerra la ha cambiado... para bien.

Aprieto su mano. No sé si ella lo siente. —Todos estamos en un viaje —le digo, dándome cuenta por primera vez que esto es cierto.

Antes de Dancy, el tren se detiene en un campo. Miro a todas las víctimas de la Gestapo nazi¹², todos condenados a destinos impensables.

Soy presa de un ardiente deseo de hacer algo por estas personas. Soy un fantasma, un rebelde desafiando las leyes del universo. Puedo intervenir, cambiar el destino.

¿Por qué nunca me di cuenta antes?

Con ese pensamiento, paso a través de la pared del tren, desbloqueo la puerta, y trato de abrirla de par en par. Permanece cerrada. Me falta solidez física para la tarea.

¹¹ Se refiere a la Resistencia Francesa que luchaba en contra de la ocupación de Francia, por los nazis alemanes, en la Segunda Guerra Mundial.

¹² La Gestapo era la policía secreta oficial de la Alemania nazi. Su función era la de investigar y combatir "todas las tendencias peligrosas para el Estado". Investigaba los casos de traición, espionaje y sabotaje, además de los casos de ataques criminales al Partido Nazi y al Estado.

Luego, más tarde esa noche, el tren golpea algo y se tambalea. La puerta se sacude fuera de sus goznes y la gente desde dentro la empuja. Un golpe satisfactorio la desbloquea, cayendo en el campo.

La gente sale del tren, luchando por el inclinado campo.

—¡Vamos! —le grito a Yvette, pero ella no está prestando atención. Un niño de unos cuatro años tiene miedo de saltar del tren. Su madre está esperando desesperadamente mientras Yvette se lo pasa hacia abajo.

Un agente de la Gestapo entra en el coche, con la pistola levantada. Yvette es la única de pie junto a la puerta y la dispara inmediatamente.

Ella salta de su cuerpo antes de que toque el suelo.

—¡Bert! ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que habías muerto —llora.

—Lo estoy, y tú también.

—No, yo no lo estoy. Vamos. —Ella trata de apurar a los niños, poniendo sus manos en las manos de sus padres que huían. Intenta ponerles la zancadilla a los agentes de la Gestapo, que están disparando contra la gente en el campo.

—Esa bala pasó a través de mí. ¿Lo viste? —me pregunta, mirando alegremente a su delgada cintura en estado de shock—. Debería estar muerta.

—Estás muerta.

—Estás loco. ¿Cómo voy a estar muerta? Eso fue suerte.

Muchos muertos aparecen... cada vez hay más. Ellos están ayudando a Yvette a tratar de ayudar a las personas que huyen. Ella está mareada por su reciente invulnerabilidad después de que bala tras bala pasen a través de ella. —Deben ser espacios en blanco de tiro —decide.

Los muertos de repente se quedan de pie inmóviles en el campo. Una altísima columna de luz aparece. Su tarareo es una oscura llamada de reverberantes cuerdas de violín. Ellos comienzan a moverse hacia la llamada de la columna.

—Mira. La Torre Eiffel —me dice Yvette, señalando.

—Yvette, no es la Torre Eiffel. Ve hacia ella —le digo con urgencia—. No pierdas el tiempo.

El mundo que está por venir podría ser una cosa horrenda. Lo más probable es que lo sea. No quiero pensar en ella como fantasma vagando por las cámaras de tortura de este nuevo mundo.

El miedo nubla su cara y ella se aleja. —No, estoy asustada. No.

Yo no quiero estar en este mundo durante más tiempo, tampoco.

Tomo su mano. —Vamos a ir juntos. Confía en mí. Esto será mejor.

—Muy bien. Confío en ti —dice ella, asintiendo con la cabeza. Juntos entramos en la columna de luz. Y el bendito proceso de olvidar comienza.



Mississippi, 1964

Traducido por andre27xl, Petty y Vanille

Corregido por Melo

Mike Rogers llegó a una encrucijada de tres vías y detuvo el coche. Una de las tres chicas en el asiento trasero se inclinó hacia adelante para presionar el botón de bloqueo a su lado.

—Sube tu ventana —le recordó.

—Hace mucho calor —objetó Mike. El ventilador del auto se había dañado en algún lugar cercano a Kentucky.

—El manual lo dice —insistió ella—. Debimos haber hecho esto kilómetros antes, pero acabé de hojear el libro y lo recordé.

Al lado de él, su hermano mayor Ray resopló desdeñosamente.

—No me voy a cocinar hasta la muerte en este carro. No estamos en la Unión Soviética. No seas tan paranoica.

—Cállate, Ray —dijo Mike, medio molesto (como siempre estaba cerca de Ray)—. Ni siquiera viniste al entrenamiento en Ohio.

Ray se frotó el mentón, un hábito que irritaba mucho a Mike. Cada vez que lo hacía, Mike podía estar casi seguro de que estaba a punto de decir algo especialmente idiota.

—No vine a tu estúpido entrenamiento porque nunca habría venido a este estúpido viaje en primer lugar si no fuera porque mamá me rogó que viniera y me asegurara de que no te mataras.

Esta era la vez número cien que le recordaba a Mike esto, implicando que Mike era incapaz de ir solo. No era un gesto que Mike apreciara. Principalmente, la verdadera motivación de Ray por venir era porque lo veía como un tesoro oculto de mujeres jóvenes disponibles. Cada vez que se giraba hacia las tres en

el asiento trasero, mostraba su sonrisa de tiburón a cada una de ellas. Hacía que Mike quisiera matarlo.

Ray había aparecido el último día de su entrenamiento en el Western College para Mujeres en Ohio. Había sido organizado por el Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos, al que los estudiantes se referían como “Corte”. Ray fue bienvenido calurosamente, como todos ellos, pero había sido particularmente bienvenido porque se veía como el mariscal de fútbol estrella, tal como lo fue hasta graduarse el año pasado. Un americano saludable, grande, bien parecido como Ray podía ser provechoso si las cosas se ponían feas—y ya se habían puesto así. Tres voluntarios de Derechos Civiles habían sido asesinados solo en los primeros diez días de su camino para registrar a los votantes Negros aquí en Mississippi. Dos fueron blancos, uno negro. Además, ha habido palizas, detenciones y atentados.

Subiendo su ventana, Mike vio los tres letreros en la encrucijada:

Salvaje – Caimán - Agua fría.

Una de las chicas del asiento trasero había sacado un mapa.

—Nos dirigimos a Ruleville, así que creo que deberíamos tomar ese camino —dijo, señalando.

—¿Allí no fue donde golpearon a Fannie Lou Hamer solamente por registrarse para votar? —preguntó otra chica.

—Creo que sí —dijo la tercera—. ¿Puedes imaginarlo?

Se dirigieron por un camino de dos carriles pasando chozas caídas de madera y papel alquitranado. Visiones de campos de algodón infinitos se extendían a ambos lados. En la mayoría de los casos, el algodón crecía justo en las puertas delanteras de las chozas.

—Recuerda, ve cinco millas bajo el límite de velocidad, —la primera chica mandó desde el asiento trasero.

—¿Eso es de tu manual, también? —preguntó Ray desdeñosamente.

—Sí —replicó ella—. No queremos darle ninguna razón a la policía local para arrestarnos.

—Paranoica —murmuró Ray.

Se detuvieron en la dirección que les habían dado, fuera de Ruleville. Era una simple, destartalada, casa de madera con un porche abierto. Otros tres autos estaban estacionados en el frente. Un hombre con barba, usando jeans, sandalias, y una camiseta con SNCC en ella, bajó del porche y los saludó.

—Bienvenidos, soy Dave —saludó mientras Mike bajaba su ventana—. Hay un tazón con chile dentro y soda fría.

—¡Hallelujah! —Una de las chicas gritó, saliendo del asiento trasero y alisando su vestido de cambio estampado. Ella los guió hacia arriba, donde coincidieron con otros voluntarios.

Mike se detuvo en el porche a tomar aire de un ventilador eléctrico viejo en precario equilibrio sobre una mesa desvencijada. Al lado del ventilador había una grabadora abierta. Al menos el lugar tenía electricidad. Eso era algo.

Dentro había otros doce voluntarios, cinco chicos y siete jóvenes mujeres. Todos ellos estaban en edad de universidad, blancos, con estilos de clase media. Saludaron a Mike y a su manada con sonrisas y ofrecimientos de comida y bebidas. Aunque sus amigos idealistas eran todos extraños, Mike se sentía como en casa.

La casa estaba dominada por una habitación central grande, la cual contenía una cocina pequeña y anticuada, una mesa con una tapa de linóleo, y un sofá de terciopelo verde claro.

Dos habitaciones pequeñas estaban tras esta habitación.

Después de comer, el hombre alto barbudo sacó su guitarra y lideró algunas canciones.

Encaramados sobre la mesa y en el sofá o con las piernas cruzadas en el suelo cantaban las canciones de protesta:

“Ojos en el premio, Oh, Libertad, Soplando en el Viento, Debemos Superarlo”.

Inspirado por su héroe, Bob Dylan, Mike había escrito tres canciones de protesta por su cuenta. Estaban en la maleta de su auto, y por un momento jugó con la idea de mostrárselas al grupo. Pero antes de que pudiera superar el miedo, se movieron a canciones populares como “Quiero sostener tu mano” por los Beatles y “Capilla de Amor” por los Dixie Cups. Ray sonrió a las tres chicas del asiento trasero cuando se levantaron e hicieron una versión de “Líder de la manada”. Mike supuso que Ray asumió que ellas estaban pensando en él cuando cantaban, “Por eso fue que me enamoré...del líder de la manada”.

—Mañana irán puerta por puerta a registrar votantes —les dijo Dave como a las diez—. No será fácil. Esta gente ya ha sido amenazada de no registrarse y saben muy bien que no son amenazas vacías. No confiarán en ustedes de inmediato. Son blancos. ¿Por qué lo harían? Debemos levantarnos temprano para evitar lo peor de este calor. Es mejor dormir un poco.

—¿Deberíamos cerrar la puerta delantera? —preguntó la chica del manual.

Durante sus sesiones de entrenamiento en Ohio habían sido instruidas a no dejarse tomar por sorpresa durante la noche. La sedes improvisado como ésta ya había sido incendiada, bombardeadas, o asaltadas.

Dave negó con la cabeza.

—No tiene cerradura. Además, moriremos de calor aquí dentro si cerramos la puerta de adentro. Quizás uno de nosotros debería mantenerse despierto. Cambiaremos de turno cada dos horas.

—No estoy cansado —Mike se ofreció de voluntario. Esparció su bolsa de dormir en el suelo de la habitación principal donde los chicos estaban durmiendo y se paró con sus manos en la cabeza. En minutos, escuchó el reconocible sonido del ronquido de Ray, seguido de la versión farfullada de Dave.

La luz de la luna de plata bordeaba todo como inundándose por la puerta y ventana de la cocina. Todavía hacía un calor brutal. Los grillos eran casi ensordecedores y un mosquito se había metido en la habitación. Cuando el rumor estridente se detuvo, sabía que alguien sentiría el círculo rojo de la picadura en la mañana.

Con miedo de poder quedarse dormido, caminó hacia el porche, donde los grillos sonaban aún más fuertes. El ventilador todavía estaba encendido y se permitió un momento de brisa antes de dirigirse a su auto.

Dentro de su maletero había una mochila de ropa ubicada al lado de su arco sin guardar y el carcaj de flechas, que había dejado allí después de su última competencia. Como siempre, había ganado el primer lugar. Aunque no era el súper atleta que era Ray, al menos había un estante en su sala de paneles para muchos de sus premios de tiro con arco.

Del interior de su mochila sacó copias de bolsillo de "Siddharta" de Hermann Hesse y de "The Dharma Bums" de Jack Kerouac. Todos los que conocía estaban leyendo "Kerouac On the Road". Encontró que prefería The Dharma Bums. Había hecho algunas investigaciones y se enteró de que el dharma es un concepto importante en las religiones hindú y budista. Significaba su lugar espiritual en el universo, o lo que una persona debe hacer para cumplir con su deber espiritual.

Después de todo había muchas religiones del este interesantes. Siddhartha era acerca del viaje de Buddha para convertirse en... bueno, Buddha. El budismo interesaba a Mike pero no estaba seguro de entenderlo por completo. Le parecía a él que podría tomar toda una vida para entenderlo por completo.

A Mike le gustaba pensar, o esperaba, al menos, que venir a Mississippi fuera parte de su deber espiritual.

Todo estaba en juego estos días. El último álbum de Dylan lo decía todo: Los tiempos son un, cambio. Por lo menos esperaba que lo fueran. Había venido a Mississippi para ser parte de ese cambio. Podría mejorar su karma, o quizás su dharma. No estaba seguro, pero tenía esperanzas.

Se sentó en el porche, pensando estas cosas, dejando que el ventilador le pegara.

Recordando por qué estaba despierto, se levantó y caminó hasta el borde del porche, vigilando millas de campos de algodón por alguna clase de movimiento. Le ofreció gracias silenciosas a la luna por brindarles tan buena noche de sueños.

Regresando a la silla, vio de nuevo el grabador en la mesa.

La cinta en él parecía tan desgastada y vieja como el grabador, pero quizás era más vieja. Su abuela había tenido cintas como aquellas. Era una colección de canciones de una cantante femenina de la que nunca había escuchado.

Delilah Jones.

Curioso, lo encendió, bajando rápidamente el volumen para no despertar a nadie.

Inmediatamente una voz de jazz llenó la noche, cantando acerca de un amante que se fue. Lentamente se sentó, paralizado por la voz creciente que cortaba a través del tiempo y el espacio para alcanzarlo como nunca antes había sido alcanzado.

Louisa Raymond se sentó en el porche de la misma casa en la que había vivido cuando era una niña muy joven, meciéndose y abanicándose. El joven hombre caminando por el sendero de tierra hacia la casa había estacionado en la calle. Entrecerrando los ojos por la luz del sol, trató de verlo más claramente. Últimamente las cosas se habían vuelto más borrosas de lo que habían sido alguna vez, aunque en su estimación, en los cuarenta y siete estaba lejos de ser vieja. Ella estaba segura de que otros, en especial la gente joven, estaría en desacuerdo. Buscando en el bolsillo de su vestido de algodón, sacó las gafas de gato en forma de ojos y los mantuvo frente a su campo de visión.

Inmediatamente, supo a qué venía.

Era uno de esos chicos de registro de votantes del Norte. Estaba escrito por todo él: la camisa de algodón a cuadros, el pelo ligeramente alargado, el portapapeles, y la manera de moverse, de manera nítida y alerta.

—Buenos días, señora, —se dirigió hacia ella con un pie en su escalera—. Soy Mike Rogers. Me estaba preguntando: ¿está registrada para votar?

—No, joven hombre, no estoy registrada ni deseo estarlo, —replicó ella.

—¿Estaría bien si preguntara por qué no? —dijo educadamente.

Ella sonrió ligeramente. Estos jóvenes voluntarios tenían una forma tan cordial de hablar. Ella admiraba eso. Alguien les había enseñado bien.

—Sí, puedes preguntar. No deseo registrarme para votar porque ya hay suficientes problemas en este mundo sin provocarlos.

—¿Y qué pasa con sus derechos como americana? —preguntó él.

—¿Cómo una qué? —preguntó ella, levantando la voz con un grito de risa burlona.

El joven hombre no sonrió.

—¿Es americana, cierto?

—Supongo que lo soy, pero siempre me he considerado una ciudadana del mundo. Es aquí donde tengo que soportar las indignaciones de tener una ciudadanía de segunda clase.

—¿Y eso no la molesta? —presionó él.

—¿Qué escuela vas, muchacho? —Ella contrarrestó, preparándose para señalar el gran abismo cultural que los dividía, qué tan ignorante era acerca de su vida y de cómo era—. ¿Pasas tus fines de semana cantando “All Hail Harvard” o “Yippee for Yale”?

—Voy a Princeton —replicó él.

—Entonces es “¡Pip, Pip! Princeton”.

Mientras ella hablaba, el mundo se inclinó, en realidad parecía volcado a un lado. Ella se aferró a los lados de la silla para mantener el equilibrio.

En un salto, estaba al lado de ella.

—¿Señora, está bien? ¿Puedo traerle algo?

—¿Podrías traerme un poco de agua de adentro? —requirió ella—. Hay vasos limpios en el fregadero.

Lamiéndose los labios, frunció el ceño por el campo brillante sol. ¿Qué fue eso?, se preguntó. Podría haber sido una manifestación nueva del cáncer en su pecho,

pero no lo creía. Se sentía como otra cosa. Sí, era otra cosa y se dio cuenta de lo que era en un repentino destello de comprensión.

Mike Rogers regresó rápidamente con un vaso de agua.

—¿Es el calor? —preguntó, agachándose para dárselo.

Mientras bebía el agua estudió sus ojos avellana y su cabello castaño rizado.

—¿Te conozco? —preguntó ella.

—No lo creo. No soy de los alrededores.

—Acabo de experimentar el *déjà vu* más sobrecogedor. ¿Conoces esa expresión?

—¿Sintió que había vivido el mismo momento exacto antes? —ofreció él.

—Sí —justo cuando estabas hablando acerca de Princeton. Fue impresionante.

Sus ojos se agrandaron.

—Lo sentí, también.

¿Se estaba burlando de ella?

Él continuó.

—Cuando dijiste esas palabras, una imagen vino a mi mente. Estabas diciéndome lo mismo. Tenías un gran gato negro contigo. ¿Raro, eh?

Louisa cogió el bastón colgado al lado de su silla y se paró bruscamente. Esta vez el mundo giró una vez, luego dos veces. Ella agarró su brazo al girar de nuevo.

Y luego todo se volvió negro.

Él acostó a la mujer en su sofá en la sala de estar. No estaba seguro de si eso era lo correcto, pero no la podía dejar afuera en el calor. Apurándose hacia la cocina, encontró un paño limpio, lo empapó con agua fría, y regresó a la sala para ponerlo en su frente.

Sería mejor si se fuera, pero tampoco parecía lo correcto. ¿Y si no volvía a estar consciente? Debería llamar a un doctor pero no sabía a quién llamar. Le daría otro minuto.

Esta era la casa más bonita que había visto desde que llegó, al menos de esas que le pertenecían a los negros. Estaba construida sólidamente con suelos de madera pulida. Tonos color ámbar se mantenían fuera del sol abrasador, dando al lugar un brillo dorado. Estaba amueblada de manera interesante, también, con piezas de varias décadas recientes y otras que tuvieron que ser antigüedades.

Una vitrina de cristal estaba llena de exquisita cerámica: piezas modernas, como un florero de vidrio soplado a mano en remolino de colores y una gran placa con un grabado de Picasso en su centro, una urna griega de aspecto antiguo, y una botella de whisky de la Guerra Civil, había hasta un hipopótamo de piedra azul que se veía como si fuera de Egipto.

Vio un libro de tapa dura en la mesa: "Sus ojos miraban a Dios" de Zora Neale Hurston. No conocía el autor. Leyendo la cubierta posterior se enteró de que había sido escrita por una mujer negra en 1937. El libro se estaba cayendo a pedazos. Verificando el interior, descubrió que era una primera edición firmada por el autor.

Sus ojos lentamente se ajustaron a esta habitación oscura. Pequeños ventiladores zumbaban suavemente desde estanterías y desde elegantes mesas cubiertas de tapetes. Era agradable estar ahí.

Sobre una de las mesas había una colección de fotos en blanco y negro. Una mujer que claramente era una versión más joven de esta mujer estaba parada con un vestido de bodas al lado de un hombre blanco con cabello negro peinado hacia atrás. Se veía como un gánster de las películas antiguas que le gustaba ver a sus papás en El Show de la Noche. Había muchas otras fotos de la mujer con mucha gente distinta. Algunas estaban firmadas para Del; ese debía ser su nombre.

Pero esperen... Revisó sus papeles. Había venido para registrar a la Sra. Louisa Raymond para votar. Vio de nuevo el autógrafo en "Sus ojos miraban a Dios". Decía:

A mi amiga, Delilah Jones. ¡Por siempre amigas!

Zora Neale Hurston.

¿Delilah Jones? ¿Dónde había escuchado el nombre Delilah Jones antes? No era un déjà vu; había sido recientemente.

Cuando se volteó para regresar el libro, una foto voló de sus páginas. Se detuvo para recuperarla y se congeló en el momento en que la volteó. Mostraba a una mujer de aproximadamente diecisiete: radiante, rubia, y encantadora en un vestido rojo de satén. Y a sus pies, estaba sentada una pantera negra con un collar de esmeraldas pegado al cuello, ¡el gato negro que había visto en su mente ahí afuera en el porche!

Louisa Raymond, o Delilah Jones, o quien sea que fuera, comenzó a estirarse en el sofá.

—¿Eres Louisa Raymond? —preguntó él.

—Sí.

—¿Quién es Delilah Jones?

—Yo... Y tú eres Bert Brody.

—No. Soy Mike Rogers.

Ella asintió.

—Él también.

—Regresé a mi primer nombre dado, Louisa —dijo ella mientras le servía un vaso de limonada. Se sentaron en la mesa de la cocina, la luz del sol entraba por la ventana haciendo que el hielo brillara en el vaso. Al otro lado del mantel de vinilo de margaritas impresas, se habían extendido más de las fotografías antiguas.

—Vi su foto de matrimonio —dijo él—. ¿Ese es el Sr. Raymond?

—Lenny, sí.

—¿Su esposo sigue vivo?

Empujó una foto de Jenny hacia él.

—Justo antes de que la guerra terminara, los hombres que fueron sus compañeros, de regreso a Chicago le dispararon. Para ese entonces, estaba espionando para los Aliados y ellos tenían simpatizantes del Eje del Poder. No sentían que habían hecho lo correcto para ese entonces. La guerra era horrible pero buena para Jenny. Creo que por primera vez en su vida estaba claro para él lo que estaba bien y lo que estaba mal. La guerra salvó su alma.

—Encontró su dharma —murmuró Mike.

No sabía lo que quería decir.

—Sé sobre el karma —dijo—. Todo el mundo está en ello por estos días. Las cosas que haces regresan a ti, ¿verdad? ¿Qué es el Dharma?

—Es difícil de explicar, y yo mismo no estoy seguro —respondió—. ¿Cree en el alma?

—Mmm —murmuró pensativa—. Supongo que tendría que creer en ella para decir lo que estoy diciéndote ahora mismo de haber vivido antes. ¿Crees en ella?

—No estoy seguro.

—Por supuesto que no lo estas —dijo—. Sólo los tontos creen que tienen todas las respuestas—universo y más allá del universo—. Es tan vasto, tan misterioso ¿Cómo puede alguien saber todo lo que está pasando ahí fuera?

—Creo que eso es verdad, —estuvo de acuerdo—. Pero no puedo recordar ninguna otra vida más que ésta.

—¿Te acuerdas de ser bebé, incluso un niño pequeño? —Ella lo desafió.

Él negó con la cabeza.

—No

—Pero sabes que existías.

—Sí —admitió.

—Exactamente —dijo—, y además, hay gente que recuerda otras vidas, especialmente bajo hipnosis. Cuando era una mujer joven en París, estaba bajo el cuidado de un doctor LeFleur. Él me trajo de vuelta a varias vidas durante las sesiones de regresión hipnótica. En la primera sesión hipnótica que tuve ese día yo estaba hablando, era un hombre, un soldado en la Guerra Civil, un Yankee, y una persona blanca.

Mike casi riega su limonada

—¿Era un hombre? —gritó, horrorizado—. ¿Eso es permitido?

Esto la hizo reír a carcajadas. Ella nunca podría obtener lo mismo.

—Aparentemente, masculino y blanco ¿No es eso lo que hacen los locos abajo en el Palacio de Justicia? Solo puedo verlo: “Oficial, también puedo sentarme en los comedores solo para blancos. Ya he sido blanca, negra, y ¡todos los matices en el camino! ¡He sido blanca más veces de las que he nacido! Estoy más allá de todo eso ahora, así que ¡voy a sentarme donde me dé la gana!”.

Mike estaba riendo ahora, también.

—Me encantaría ver eso.

—De todas formas —ella continuó, con su calmada risa —esa primera sesión cambio mi vida.

—¿Cómo? —le preguntó.

—La parte de la vida de la que me acordé más claramente bajo hipnosis fue después de la Guerra Civil, la apertura de una tienda de cerámica. Parece que siempre me ha gustado la cerámica, pero al parecer estaba tan nerviosa en torno al fuego que tenía miedo de trabajar en el horno. Así que me conseguí una compañera. Mientras estaba hipnotizada pude ver su rostro con tanta claridad y escucharla hablarme. Era una antigua esclava. Parece que cumplí una promesa a una amiga por encontrarla después de la guerra.

—¿Cambió tu vida, ya que demostró que la reencarnación era real? —preguntó Mike.

—Sí, pero hay más. Reconocí la cara de la pareja mientras yo estaba hipnotizada. Ella lucía igual que mi abuela, Eva Jones, una antigua esclava. Mi madre me dejó con ella cuando era un bebé y la abuela me crió hasta que ella murió cuando yo tenía unos cuatro o cinco. Era pequeña, pero recuerdo. Además, tengo fotos de ella.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Mike—. ¿Me estás diciendo que en una vida tú fuiste la pareja de negocios de Eva Jones, con un hombre blanco, y luego moriste y reencarnaste como la nieta de Eva Jones?

—Eso es —confirmó ella—. He leído mucho sobre la reencarnación y se considera muy normal que las personas vuelvan a nacer cerca de otras personas que ellas conocían, usualmente en la misma familia. Como el hombre blanco, John Mays, debió haber sentido bastante cariño hacia Eva, yo debí regresar como su nieta con el fin de seguir para estar cerca de ella. Tiene perfecto sentido si se piensa en ello.

—No tiene sentido cuando lo pone de esa manera —admitió Mike.

—Y entonces, cuando era una mujer joven, te conocí, cuando eras Bert Brody, y me contaste como tu abuelo había sido el fundador de Vajillas Mays y que él le había tenido miedo al fuego y tenía una pareja y tal. Hizo una investigación y descubrió que la empresa había existido originalmente, de 1870 a 1910, y fue llamada Mays y Jones Cerámicas, John Mays y Eva Jones.

—¿Tu abuela era socia de Vajilla Mays? —preguntó Mike.

—Lo tienes, John Mays murió en 1910 y Eva Jones vendió su mitad del negocio a su sobrino, que era su heredero, porque ella era demasiado vieja para trabajar. Tenía cerca de ochenta años cuando murió, dejándolo. Nadie sabía que tenía herederos. Pero, al parecer, tenía una gran herencia por venir. Para entonces, el gobierno había tomado la mayor parte de su dinero sin reclamar. Cuando me presenté como su nieta pude reclamar esta casa y escondido en su armario, me encontré con un montón acciones de Vajillas Mays que valían un montón de dinero.

Mike puso las manos sobre la cabeza y la apretó.

—¿Es demasiado confuso? —Louisa le preguntó.

—¿Así que heredó dinero de acciones de una compañía que usted misma había ayudado a fundar en una encarnación anterior?

Ella negó con la cabeza por la incredulidad absoluta de la historia.

—¡Sí! ¿No es eso loco? Mató a mi carrera como cantante, por desgracia. Desde que ya no era necesario trabajar. ¡No lo hice! Ha sido una vida divertida, así que, una vez terminó la Segunda Guerra Mundial, he estado viajando y gritándolo con alegría.

—¿Cómo llegaste a parar aquí?

—Esta era la casa de la abuela. No la podía vender, y como fui creciendo, me pareció un buen lugar para establecerse.

—¿Te arrepientes de algo? —Mike le preguntó.

—Uno. Grabé un álbum de canciones. No está disponible ya. Me gustaría oírlo de nuevo.

—Dijiste que yo era Bert Brody.

—Sí, creo que eres tú.

—¿Por qué piensas eso?

—Lo siento. Tuve unas cuantas sesiones hipnóticas que en el futuro, han estado como premoniciones. Pude haberte visto.

—¿Quién era él?

—Un compositor que conocía. Las canciones del álbum fueron escritas por él.

—Yo escribo canciones ahora.

—Bueno, ahí lo tienes.

Mike se levantó de un salto, golpeando el hielo de su vaso.

—¡Allí es donde escuché el nombre de Delilah Jones antes! —exclamó—. ¡Escuché su último disco anoche!

—¿Dónde?

—Estaba en un viejo tocadiscos. Pensé que era tan genial que quería grabarlo yo mismo. Está en el maletero de mi coche. ¡Estaré de vuelta!

La cabeza de Mike daba vueltas cuando regresó al sofocante mundo exterior soleado. Adentro, en la oscura y fresca casa de Louisa, era fácil creerle. Aquí, en la dura luz de la realidad empezó a dudar. Su historia era tan fantástica.

¿Él era Brody Bert?

¿Había ella heredado dinero de su propia vida pasada?

Se apresuró a bajar las escaleras a su coche, su mente elaboraba diferentes conexiones. ¿Estaban cada uno tan involucrado en el pasado, conectados por una vida anterior?

Se detuvo y sacudió la cabeza. Ella solo estaba bromeado, teniendo un buen rato con el chico ingenuo, tonto universitario blanco.

Eso era todo.

Tenía que ser.

Ella probablemente había prestado este disco a un amigo y sabía que estaba en el tocadiscos del lugar que se alojaban.

¡Ja, ja! Muy gracioso. Había tenido una gran risa del norte.

Él se quedó asombrado de su propia estupidez.

Sin embargo, la mujer realmente lo había atrapado. ¡Qué idiota fue! ¡Qué buena actriz era!

En su rostro creció el calor desde el interior y sabía que se ruborizaba. Mortificado y avergonzado, se metió en su coche y se alejó a toda velocidad.

Louisa estaba en su ventana y observó a Mike marcharse. Lo había asustado. No fue su culpa. Le había llevado más de veinte años llegar a aceptar las revelaciones que le habían llegado bajo hipnosis con el Dr. LeFleur.

—Hummm... —Una risa burbujeaba en su interior—. Imagínese, yo una monja. Si eso no le gana a todo. —En primer lugar, esa vida había sido la más dura para ella de creer, pero había llegado finalmente a entenderlo. Su devoción como monja a María la Virgen Madre de Jesús era totalmente apropiada cuando estaba en línea con las otras vidas que había descubierto.

Ella tomó una estampa que mostraba una Virgen Morena y el niño del bolsillo de su vestido. La imagen era conocida como Nuestra Señora de Czestochowa de Polonia, y databa del siglo XIII o XIV. Dándole vueltas en la mano, miraba a las figuras de piel oscura. Amaba a esta imagen y, a veces se preguntaba si la había amado cuando ella era la Madre Abadesa María Regina. Para ella era María y todas las otras diosas que había venerado siempre en una. En cualquier caso, le resultaba reconfortante y le gustaba verla a menudo.

Alguien llamó a la puerta principal. Sin esperar una respuesta, una mujer asomó la cabeza por la puerta.

—¿Louisa?

—Aquí, Birdy. Entra.

La delgada muchacha en uniforme de enfermera entró en la habitación. Era de raza mezclada, obviamente, con un espray de pecas en la piel oliva oscuro. Sus rizos rojos ajustados estaban recogidos cuidadosamente en la parte posterior de su cabeza, aunque quedaban hilos sueltos en espiral graciosamente alrededor de las mejillas y de sus ojos verdosos-ámbar. Llevaba una chaqueta de punto amarillo sobre su uniforme.

—¿Cómo está hoy, señorita Louisa? —preguntó ella.

—No mal —contestó Louisa—. Acabo de tener una visita de una de esos jóvenes de registro de votantes.

—Les doy crédito —dijo Birdy, dejando su bolso—. Los blancos aquí abajo estamos teniendo un tiempo terrible. Es como si la Guerra Civil todavía se estuviera luchando. Hay un montón de ellos viviendo en el viejo lugar de la abuela de Arthur Adams, el que estuvo vacío durante tanto tiempo.

—Conozco el lugar.

—¿Cómo está el tobillo?

—Me duele

—Siéntese, vamos a desenvolver esa venda y a mirarlo.

Birdy era una auxiliar de enfermería que trabajaba en la clínica Colored Only. Un día cuando Louisa estaba allí para consultar con el médico acerca de su cáncer, ella entabló una conversación con Birdy mientras esperaba. Cuando Birdy le preguntó por qué Louisa utilizaba un bastón, ella le dijo que su tobillo derecho nunca había estado bien. Birdy había dicho:

—Paso por su casa camino a la mía. Debería pasar y comprobar que no se haya caído. Ahora, con sus problemas, podría estar demasiado débil para levantarse.

—No tienes que hacer eso. —Louisa había respondido.

—Me gustaría, —Birdy había insistido—. Me daría un poco de experiencia. Si alguna vez puedo ahorrar el dinero, me gustaría ir a la escuela de enfermería para mi grado RN y convertirme en una completa enfermera. Tal vez podría ir a la Universidad de Howard.

Así que ahora Birdy llegaba a revisar a Louisa dos veces por semana.

Louisa se sentó en una de sus sillas tapizadas y alzó su pierna en la otomana.

—Esto parece un poco hinchado —comentó Birdy mientras desenvolvía el vendaje. —¿Has estado mucho sobre el hoy?

—No, pero tuve una caída más temprano.

—¿Una caída?

—Me desmayé.

—¿El calor? —Birdy le preguntó.

Louisa no tenía fuerzas para entrar en la historia.

—Probablemente.

Birdy se puso de pie.

—Voy a arreglarle una baño y poner las sales de Epsom en el. Te hará bien para absorber el tobillo, y un baño fresco en este tiempo no podía hacerte daño, tampoco. ¿Se golpeó la cabeza cuando se cayó?

—No lo creo. No me duele.

Birdy preparó el tobillo Louisa y la ayudó a levantarse de la silla, dándole el bastón.

—Birdy, —Louisa preguntó—: ¿Alguna vez has oído hablar del dharma?

—No.

—¿Escuchado del karma?

—Como... ¿lo que va, vuelve?

—Sí. ¿Cuánto tiempo crees que se necesita para lo que se va, regrese?

Birdy se echó a reír mientras caminaba con Louisa a las escaleras.

—Estoy segura de que no tengo ni idea.

—El joven que estaba aquí me dijo acerca del Dharma. Eso significa cumplir con el deber espiritual que se te fue puesto en esta vida y hacerlo.

—¿Esta vida? —Birdy preguntó—. ¿Qué otra vida hay?

—Bueno, dicen que no hay nada. Es lo que te pusieron en esta vida a hacer, —dijo Louisa. Birdy era una mujer joven y una práctica una estricta Bautista estricta. La idea de otras vidas, sin duda, sería rápidamente rechazada—. ¿Sientes que estás haciendo lo que debes hacer en esta vida?

—Esa es una gran pregunta, señorita Louisa, —Birdy respondió con una sonrisa—. Lo único que sé es que ahora mismo le estoy ayudando con estas escaleras y atendiendo ese tobillo.

Esa noche, de vuelta con los otros voluntarios, Mike se sintió agotado. Había cubierto cincuenta casas después de dejar el lugar de Louisa y habían firmado sólo diez votantes. Los otros voluntarios habían tenido experiencias similares.

—Pensaba que tu hermano iba a golpear al policía que nos detuvo, —dijo una de las chicas que habían salido con Ray—. Ese policía estaba simplemente molestándonos, exigiendo el registro del coche y mi licencia, queriendo saber todo acerca de nosotros. Fue acoso.

—Quería golpear al tipo, —afirmó Ray—. No lo podía creer.

—Ahora, ¿crees que soy paranoica? —la chica del manual le preguntó.

—Supongo que te debo una disculpa—, admitió Ray.

—Disculpa aceptada —dijo ella.

Wow, cool, pensó Mike, impresionado. Ray pidiendo disculpas a alguien—nunca acaban las maravillas. Por supuesto, él se disculpaba con una chica, probablemente tratando de ganar puntos con ella. Sin embargo... Mike no lo hubiera esperado de Ray.

—Es importante mantener la calma con la ley local, —aconsejó a Dave—. Están buscando cualquier motivo para la detención. Y si no se quieren quedar encerrados...

A lo largo de la cena, Mike mantuvo una conversación social, pero su mente no estaba realmente en él. Finalmente tuvo la oportunidad por la que se había estado muriendo durante todo el día. Después que los platos se limpiaron y examinaron las actividades del día siguiente, estaba libre para grabar a Delilah Jones cantando las canciones de Bert Brody de vuelta en el tocadiscos.

No podía dejar de pensar en ella, y no fue sólo por la extrañeza de lo que ella le había dicho. Era la propia mujer. Era demasiado mayor para él, pero la encontró hermosa de una manera que nunca podría imaginar tener el mismo sentimiento hacia una mujer de su edad. La idea de esto lo puso fuera, pero la realidad de ella se dibujó en él. Lo había cautivado.

La voz de Dalila Jones emanó desde el reproductor. Es curioso que ella le haya tenido miedo al fuego, porque su voz le recordaba a humo. Cerró los ojos, cuando se elevaba a su alrededor. ¿Podría realmente haber escrito estas canciones? Ellas eran diferentes de las canciones que escribía ahora, en muchos aspectos mejores.

Ray se paseaba por el porche, dejando que la puerta de tela metálica golpeará detrás de él.

—¿Qué estás escuchando?

—Dalila Jones cantando las canciones de Bert Brody —respondió—. Lo encontré en el tocadiscos.

Ray parpadeó dos veces, como si estuviera tratando de entender lo que Mike le estaba diciendo. Él se recostó en la barandilla del porche y miró hacia el campo.

—Es un viejo disco de los años treinta —explicó Mike.

—Del Jones tiene algunas gaitas —comentó Ray.

Mike se volvió hacia él bruscamente.

—¿Por qué la llamas Del?

Ray arrancó su mirada del campo y, miró a Mike, se encogió de hombros.

—No sé. ¿Por qué estás tan nervioso al respecto?

—Algo realmente extraño me pasó hoy —comenzó.

—¿Más extraño que casi darle una paliza a un policía?

—Sí. Más extraño que eso. —A medida que el disco sonaba, Mike comenzó a decirle a su hermano acerca de haber conocido a Louisa... Delilah Jones.

—¿Tú conociste a esta mujer, la que está cantando ahora? —preguntó Ray.

—Estuve en su casa. Había cosas por todos lados con el nombre de Delilah Jones. Ella dijo que yo era Bert Brody.

—¿Qué?

—Ella dijo que me conoció en otra vida.

—Eso es una locura —comentó Ray, volviendo a mirar los campos—. Qué chiflada Tal vez ella es una bruja. ¿Parece una vieja hechicera arrugada?

—No... Ella era hermosa.

—Apuesto a que sí —se burló Ray.

Mike siguió para decirle lo que había Delilah había dicho.

—¿Qué tal si es cierto? —Mike se preguntó en voz alta cuando había terminado—. Si ella conoció a Bert Brody y yo soy él. Quizá ella y yo tenemos asuntos inconclusos. Su marido podría haber renacido también. ¿Por qué no?

—No seas tan inocente —dijo Ray.

Había un nudo en la voz que llamó la atención de Mike.

—¿Pasa algo? —Mike preguntó.

Ray siguió mirando hacia los campos sin responder, por lo que Mike se levantó y se fue a su lado.

—¿Estás bien?

Los ojos de Ray estaban húmedos y su nariz había enrojecido como si quisiera llorar, pero estuviera luchando contra ello. Mike nunca había visto a Ray ni siquiera cerca de las lágrimas.

—¿Qué es?

Se sorbió la nariz con fuerza y apretó el brazo en sus ojos antes de girarse a Mike.

—Es ese disco idiota. Está irritándome. —Se deslizó fuera de la barandilla y se dirigió a la puerta—. Apágalo, ¿sí? Es enervante.

Desconcertado, Mike lo vio entrar. Detuvo el disco y lo sacó del tocadiscos. Con el disco bajo el brazo, se metió en su coche y condujo a través de la brillante luz de la noche hacia la casa de Louisa.

La casa estaba a oscuras, pero el porche estaba iluminado desde arriba. Louisa se sentó en el escalón del porche frontal, como si lo estuviera esperando.

—Aquí está el disco. —Habló de manera casual, como si se hubiera ido al auto y regresado directamente.

Louisa le sonrió.

—¿Qué te tomó tanto tiempo?

—Me asusté —admitió.

—No te culpo.

Se sentó junto a ella en el escalón, entregándole el disco.

—Sí, bueno... estoy de vuelta ahora.

Ella apoyó su mano sobre la de él.

—Me alegro —dijo.

Las semanas siguientes estuvieron llenas de altas y bajas de Ray. La joven con la que él salió a reclutar se llamaba Linda. Él se había aferrado a ella, pensando que era la muchacha más bonita de allí. En otras palabras, su pareja perfecta. En el proceso, yendo de puerta en puerta con ella, también descubrió que tenía un don con la gente, era inteligente y estaba bien informada. Y descubrió que tenía un novio en casa. Pero para entonces él ya no tenía problema con eso. Había llegado a pensar en ella más como una socia y amiga.

Además, él había conocido a una joven en la ciudad, una enfermera llamada Birdy. Había ido al hospital para conseguir ayuda con un hombro seriamente lesionado. Había caído sobre él cuando un perro guardián lo persiguió desde el porche delantero de una de las casas destartaladas a las que él y Linda se acercaban.

La enfermera en el escritorio de admisión lo había juzgado inmediatamente por su acento del norte.

—¿Usted es uno de los voluntarios? —ella había preguntado. Cuando él lo admitió, ella dijo—: Prueba la Clínica Sólo De Color. Ellos son tus amigos. Nosotros no.

—Muy bien. Lo haré —le había dicho.

Linda lo había llevado a un destartalado edificio a las afueras del pueblo.

—Es contra la ley que nosotros lo tratemos aquí —le dijo la enfermera—. Pero le enviaré a alguien. Espere afuera.

Birdy salió y atendió su corte, aplicándole yodo que le ardió. Hablaron como si se hubieran conocido toda su vida.

—¿Cuánto tiempo dura tu turno? —le preguntó él.

—Trabajo hasta las cuatro.

Ray dejó a Linda de regreso en la casa cuartel y se fue de nuevo a la clínica a las cuatro.

—¿Quieres un aventón a casa? —le ofreció mientras Birdy salía de la clínica.

—No puedo ser vista con usted —le dijo ella—. Es demasiado peligroso. A la gente no le gusta ver parejas de razas mezcladas.

—Tú no te ves como un negro —señaló él.

—Soy mestiza, y todo el mundo por aquí lo sabe. Mamá conoció a mi padre, quien era blanco, en el Norte, pero él salió huyendo, así que ella volvió aquí, a casa, conmigo.

—¿Cómo puedo verte entonces? —le preguntó.

Ella pensó en eso, mirándolo de arriba abajo.

—Mi casa está de camino a las afueras de la ciudad. Vivo allí con mi madre y mis hermanos pequeños. Si alguien pregunta... y espero que no, usted pudiera decir que está tratando de convencernos de que votemos. No queremos tener nada que ver con ello, pero no se dará por vencido.

Ella garabateó la dirección en una libreta médica y luego se alejó.

—Comemos a las siete. Es usted bienvenido si gusta —dijo ella sobre su hombro mientras se iba.

Ray llegó esa noche a su sencilla y limpia casa con una caja de chocolates y un ramo de flores que había comprado en la ciudad.

—Estoy agradeciendo con su hija por haber arreglado mi hombro —dijo a la madre de Birdy para desviar las sospechas sobre sus posibles motivos ocultos.

Su madre sólo se sorbió la nariz con desconfianza, asintiendo con la cabeza como diciendo: No me estás engañando, joven.

Sus dos hermanos pequeños estaban jugando un juego que involucraba lanzar una rama recta sobre una línea que habían dibujado en la tierra.

—¡Muy bien! —Ray vitoreó—. ¡Lanzamiento de jabalina! ¡Déjame hacerlo!

Él dio a los niños algunas sugerencias para aumentar su éxito.

—Yo lanzaba la jabalina en la universidad —explicó mientras se dirigía a buscar una vara que se había salido de su curso.

—¡Cuidado! —escuchó que la madre de Birdy le advertía a su hija mientras ellos observaban el juego desde el banco del exterior—. Ustedes están buscando problemas.

Louisa debería haberse sentido peor de lo que se sintió. En su último viaje al médico, él le había dicho que creía que no le quedaba mucho tiempo.

—Podrían ser meses. Podría ser semanas —le había informado.

Ella asintió con la cabeza.

—Está bien. —Esto no era realmente algo nuevo. Su cuerpo le había estado diciendo durante algún tiempo que las cosas estaban empeorando.

A la salida de la clínica, se encontró con Birdy.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó ella.

Birdy se veía especialmente optimista.

—Simplemente genial —dijo.

—Birdy tiene un nuevo novio —otra de las enfermeras espetó.

—Cállate —le susurró Birdy—. Es un secreto.

—Es cierto. —Otra enfermera le dijo a Louisa—. No dejaré que ninguna de nosotras lo conozca. Los rumores dicen que él es un voluntario.

—Dije silencio —dijo Birdy—. No es un voluntario.

—A mí no me importaría que uno de esos hombres negros con buena educación universitaria me sacara lejos de aquí y me llevara al Norte —dijo la enfermera—. Ese Julian Bond es bastante guapo.

—¿El joven con el NAACP? —Louisa le preguntó.

—Sí, él —dijo la enfermera—. ¿Estás saliendo con Julian Bond, Birdy?

—¡Cállate! —Birdy fingió estar enojada, pero su sonrisa la delató.

Louisa estaba feliz por Birdy. Sentimientos de romance, tanto recuerdos como emociones nuevas, estaban muy cerca de ella estos días.

—Escucha, Birdy, no necesitaré que vengas esta semana —dijo—. Tengo un huésped de visita.

—Bueno, si estás segura de estarás bien.

—Por supuesto. Gracias.

Mike había estado yendo todas las noches durante las últimas dos semanas. Ella hacía que se fuera si Birdy iba, para no causar ninguna habladuría. No es que Birdy fuera a esparcir el chisme, pero Louisa no quería correr el riesgo de que mencionara algo en su casa y que su madre esparciera el rumor.

Ya sería lo bastante impactante que ella estuviera teniendo la compañía de un hombre blanco, sumare el hecho de que era casi treinta años más joven que ella sería una atrocidad. Nadie creería que nunca se tocaron, a pesar de que era la verdad. Su diferencia de edad los hacía demasiado tímidos al respecto. Pero ellos se amaban, no obstante.

Cuando volvió a su casa, el coche de Mike ya estaba estacionado afuera. Él salió desde el interior de la casa y la ayudó en su caminata.

—¿Cómo te fue? —preguntó, tomando su codo.

—El tobillo está bien —dijo. No mencionó el cáncer. Él pensaba que su tobillo malo era el único problema.

—Hice algunos fricasé de pollo para la cena —le dijo—. Y una mujer a la que inscribí para votar me dio una tina de su helado hecho en casa.

—Suena divino.

Los días pasaron así. Louisa se sentía más feliz de lo que se había sentido nunca. Para ella, la pérdida desgarradora de su viejo amor había sido reparada, restaurada para ella. Su corazón se sentía completo de nuevo.

Mike habló sobre todos los sentimientos y pensamientos que él juró que nunca le había revelado a otra persona.

—A veces no sé por qué estoy aquí haciendo esto —le admitió a ella—. Parece tan desesperanzador.

—Siempre has odiado la esclavitud —dijo ella—. Creo que has estado lidiando con la esclavitud de una forma u otra durante varias vidas.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Por qué piensas eso?

Ella no estaba muy segura de cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Lo percibo —dijo—. Esto es lo que debes hacer para estar bien con tu pasado.

—No tengo mucho pasado en este momento.

—Tienes más de lo que crees —le dijo ella—. Tráeme una de esas formas de registro. Creo que voy a registrarme para votar, después de todo.

Entonces, un día mientras él tocaba la guitarra para ella en la sala de estar y cantaba una de las canciones que había escrito, un coche llegó hasta la carretera e hizo una parada rápida y abrupta.

Agachándose debajo de la correa de la guitarra, Mike se acercó a la ventana y empujó a un lado las cortinas de encaje.

Louisa ya estaba cerrando puertas y ventanas.

—Está bien —él le dijo—. Es Dave de nuestro grupo.

Louisa siguió a Mike al porche.

—Vamos rápido —dijo Dave sin aliento—. Ray ha sido arrestado. Ha estado viendo a una mujer negra local y trataron de sentarse en la sección exclusiva para gente blanca de la sala de cine.

—¿Ray? —Mike preguntó.

—Sí —dijo Dave—. No podemos permitir que cualquiera de ellos se quede en la cárcel durante la noche. No quiero pensar en lo que podría suceder. Se ha fijado una fianza de seis mil dólares por cada uno.

—¡Doce mil! —Mike exclamó—. Puedo llamar a casa, pero yo no creo que mis padres tengan esa cantidad de dinero.

—Hemos iniciado una colecta, pero no tenemos lo suficiente —le dijo Dave.

—Sólo un minuto —le dijo Louisa a Dave—. Déjame hablar con Mike adentro.
—Tomando la muñeca de Mike, ella volvió a entrar en la casa—. Escúchame —dijo—. He regalado casi todo lo que queda de mi herencia, por razones que te puedo decir más tarde. Pero tengo algo de valor que me quedé por razones sentimentales.

Abrió la puerta inferior de un gabinete de China para revelar una caja fuerte. Con dedos hábiles abrió la combinación y sacó una caja de madera brillante. Dentro había un grueso collar salpicado con ocho esmeraldas brillantes.

—Lleva esto al centro a la joyería de O'Hara. El Señor O'Hara sabe lo que vale. Yo lo había tasado allí. Él va a querer comprarlo de inmediato. Me lo dijo muchas veces.

Escribió la dirección de la tienda en una hoja de papel.

—Voy a llamar para decirle que vas y así que no crea que lo robaste —dijo ella, entregándole el papel.

—No puedo tomar esto —objetó.

—Es mi dharma dártelo —dijo—. Ve.

Mike corrió al edificio de la policía detrás de Dave. Una multitud de voluntarios entraron detrás de él.

—Tenemos el dinero de la fianza de Raymond Rogers y Bernadette Towers —gritó Dave al escritorio del sargento—. Exigimos que sean puestos en libertad inmediatamente. ¡Si alguno de ellos ha sufrido daños traeré una demanda que dejará en bancarrota a este condado!

—Tranquilícese. Están bien —murmuró el sargento, mirando a todos con asco—. Ven aquí y completa el papeleo. Vas a tener que enviar a alguien de color para sacar a la señorita Towers. Tienes que enviar a alguien de color para entrar por la puerta de color.

Dave se volvió a Mike.

—Ernie Long está enlistando votantes en el auditorio de la escuela —le dijo—. Dile que venga aquí para sacar a la señorita Towers.

—De acuerdo —asintió Mike. Contó el dinero que había recibido del señor O'Hara. Ernie Long era una buena elección. Aparentemente no tenía miedo. Él podía negociar cualquier problema que surgiera.

Mike salió corriendo de la comisaría. El sol ardía, cegándole. Su brazo se elevó para proteger sus ojos cuando cruzó la acera.

Nunca vio el auto a toda velocidad que dobló la esquina y lo arrojó al aire.



Entonces

*Traducido por flochi
Corregido por Dessy.!*

Estoy volando. Mi cuerpo cae al suelo... pero sigo adelante, ligero como una pluma.

No me molesto en mirar la conmoción de abajo. Necesito volver con Louisa.

Cuando me elevo sobre su casa, ella está sentada en el techo. Extiende sus brazos hacia mí. Es joven otra vez como cuando la vi por primera vez cantar en La Pantera: Isis, la más bonita del Nilo.

¡Ahora recuerdo! ¡Recuerdo! ¡Todo lo que me dijo es verdad!

Debajo, sobre el porche, ella misma más mayor duerme en su mecedora. Su rostro está contento.

Me siento al lado de su espíritu en la cima del techo.

Mis brazos la rodean. Nos besamos... un beso profundo y largo.

¿Cómo es posible que no reconociera el verdadero amor de mi corazón en el minuto que lo vi? ¿Cómo me tomó tanto tiempo?

Debajo del porche, alguien tose.

Deslizándome en el borde del techo, me inclino hacia delante para ver quién es.

La Louisa mayor ha despertado, ¡no está muerta como había creído! Se frota los ojos y lentamente sale de su mecedora.

Frenéticamente, reviso el techo.

¡Mi Louisa joven ya no está ahí!

Me deslizo hacia abajo hacia el suelo al lado de ella mientras renguea hacia el camino.

—¡Louisa! —grito—. ¿Qué pasó?

Sé que pasó.

Su cuerpo se repuso y llamó a su espíritu para que volviera

Debería estar contento, pero no lo estoy. Por un momento, tuve a mi amor y ahora ya no. Estoy decepcionado y enojado.

—Estoy aquí —digo desesperadamente. Se gira hacia mi voz, casi oyéndola, aunque no muy segura de qué la esté llamando. ¿Son los gorgojos de algodón susurrando en el césped, el zumbido sofocante del calor aumentando en la calle?

Louisa se queda de pie en la polvorienta calle, apoyándose en su bastón, esperando por mi regreso, para volver a ella. Una brisa caliente alisa su falda contra sus piernas. Ella sabe que algo está mal. Se ve en su rostro.

En el medio del campo de algodón se encuentra un ángel.

Sé que debo ir. Permanecer como un fantasma sería ser testigo de más pesar, tener más tristeza de la que puedo soportar.

—Adiós, mi Louisa. Me has enseñado cómo es. Ahora sé que tuviste razón sobre las vidas pasadas, sobre todo. Perdóname por pensar que estabas un poco loca. No me importó, de todos modos, si lo estabas. Te amé esta vez más que el tiempo anterior. Eres mi dharma¹³, mi amor.

El ángel está a mi lado. Como un ave grande se eleva, llevándome consigo.

¹³ Es una palabra que significa religión, orden social o virtud que se utiliza en casi todas las doctrinas como el hinduismo, budismo...



Nueva York, el presente

Traducido por flochi y AndreaN

Corregido por kuami

Samantha Tyler cerró sus ojos y dejó que la música de su iPod inundara su cabeza. Fuera del autobús escolar en movimiento, los edificios aumentaban lentamente de altura a medida que se aproximaban a Manhattan para su clase de excursión sénior de geología al Museo Americano de Historia Natural.

Deseó poder haber faltado a la escuela este viernes. Su audición para la división del colegio de música de Juilliard era al día siguiente. Hubiera sido mejor si pudiera haber practicado sus canciones de prueba o incluso descansado. Pero esta excursión era obligada por su profesor de ciencias, por lo que no había manera de escaparse de eso. Un golpecito sobre su hombro la hizo pegar un brinco. —Estabas cantando con el iPod nuevamente —dijo su amiga Zoë desde el asiento junto a ella—. Alto —Zoë subió la cremallera de su campera con capucha Abercrombie amarilla y sacudió sus largos rizos rojos—. Tengo que hablar contigo. Es grave.

—¿Qué?

Zoë bajó su voz. —Me dijiste la noche pasada que estabas pensando en romper con Chris, ¿verdad?

—Cierto —Samantha se agachó en el asiento para que nadie viera que estaban hablando—. No se lo digas a nadie. No quiero que Chris lo descubra antes que hable con él. Sería desagradable.

—No lo haré —aseguró Zoë—. ¿Estás segura que quieres hacerlo? Él es el capitán del equipo de fútbol, después de todo. Quiero decir, es sexy.

—Es un tipo fantástico, también. Pero... no sé. Él simplemente no me entiende —dijo Samantha. Era difícil explicar la diferencia lo que ella no podía entender. Chris era agradable pero de alguna manera no conectaban.

—Tal vez tú no lo entiendes —sugirió Zoë.

—Podría ser —admitió Samantha.

—¿Realmente estás decidida a romper con él?

—No. ¿Por qué?

Zoë puso mala cara. —Oh. Solamente estaba pensando que si has decidido que quieres romper con él, podrías hacerlo hoy mientras estamos en el museo. Entonces, si no se lo toma bien, podrías zafarte de él durante el resto del día y no sería tan incómodo como si rompieras en un día normal de escuela.

—Claro —estuvo de acuerdo Samantha—. ¿Por qué es tan importante para ti?

—Eres mi amiga —contestó Zoë.

Samantha la miró con sospecha. Zoë quería salir con Chris. Samantha lo había sospechado hacia un tiempo y ahora ella estaba segura. Ella no podía decir que no le importaba. Sería raro que su amiga saliera con su ex-novio. Pero no rompería su corazón, tampoco—. Te haré saber lo que decida —le dijo a Zoë.

—Pienso que realmente te gusta ese chico nuevo, Jake Suarez, más —sugirió Zoë.

—¿Quieres decir el que ganó el torneo de tiro al arco el sábado pasado?
—preguntó Samantha.

Zoë la codeó. —Estás tan segura de eso. Sabes exactamente a quién me refiero. Te vi mirándolo en la cafetería el otro día.

—No le conozco —dijo Samantha—. Él no está en ninguna de mis clases. Pero parece agradable y es guapo.

—Sé que te gusta —dijo Zoë.

Samantha se giró en su asiento y miró a Chris sentado en la parte trasera del autobús con sus compañeros de fútbol. Él la vio y la saludó con la mano.

Ella devolvió el saludo e intencionadamente atrapó un reflejo de Jake mientras ella se volvía. Tenía conectado un reproductor de MP3 y estaba leyendo al mismo tiempo: un desgastado libro de bolsillo llamado Siddhartha.

Zoë tenía más razón de lo que sabía. Jake era nuevo en la escuela y desde el primer instante que Samantha lo vio, él le había llegado a ella. Ella sabía exactamente cuando fue. Había sido simplemente fuera en el campo de arco, probablemente practicando para el torneo en el que eventualmente consiguió el primer lugar.

Ella había detenido su caminata a través del campo, fascinada por la imagen que él daba: los oscuros rizos brillantes, la espalda recta y fuerte, sus brazos hacia atrás, y su enfoque total en el blanco delante de él.

Golpeó en el centro del blanco del objetivo.

En ese momento ella estaba completamente ida; él era todo en lo que pudo pensar desde entonces. Su relación con Chris sin vida al día siguiente. No era

justo para él, ella lo sabía. Pero su atracción hacia Jake era ferozmente innegable. No se sentía como si ella tuviera alguna opción en esta materia.

—Tienes razón —le dijo a Zoë—. Voy a romper con Chris.

—¿Me odiaría si yo...? Ya sabes —preguntó Zoë, mirando hacia abajo a sus manos cruzadas inquietas sobre su regazo.

—Te gusta, ¿no?

Zoë asintió.

—Estaría bien para mí —dijo Samantha.

Alzando la vista hacia Samantha, Zoë sonrió. —¿Estás segura?

—No es la gran cosa. Chris y yo sólo hemos estado saliendo durante un mes. Creo que tú y Chris sois más apropiados el uno para el otro, de todos modos.

Pasaron por el túnel Midtown en Manhattan y manejaron hacia la zona residencial, atravesando Central Park hasta que llegaron al museo. El majestuoso edificio con sus columnas y amplios escalones asombraron a Samantha, tan extrañamente familiar, pero no pudo evitar pensar por qué podría ser.

Entraron por la puerta principal con sus colosales e imponentes esqueletos de dinosaurios y pagaron la entrada, la que incluía acceso al planetario, todas las salas y espectáculos especiales, y la película IMAX que se iba a poner ese día: Cometas - Choques y Colisiones.

Samantha le pidió a Chris si podían hablar antes de que entraran a la parte principal del museo. —No sé cómo decirte esto —empezó ella.

—Quieres romper —dijo él.

—¿Lo sabes?

—No fue difícil saberlo cuando ni siquiera quisiste sentarte conmigo en el autobús —explicó él.

—Lo siento —dijo ella, arrugando la frente—. Eres fantástico pero creo que somos realmente...tú sabes...diferentes.

—Sí, lo somos —estuvo de acuerdo—. Bien. Nos vemos.

—Nos vemos —Samantha miró mientras él corría tras un grupo de amigos, golpeando a uno de ellos en la espalda como saludo. Dio un suspiro de alivio. Había sido más fácil de lo que esperaba.

Mirando alrededor de la sala, se dio cuenta que ninguno de sus compañeros de clase o maestros quedaba allí. Sin querer estar por su cuenta todo el día, se apresuró a entrar al museo.

¡El lugar era enorme! ¿A dónde habían ido los otros tan rápido? Agarró un plano del piso y un calendario de eventos del museo de la pila de un stand. Había ciertos lugares que eran obligatorios para sus maestros para ir ese día, los chicos probablemente habían corrido hacia esos lugares en primer lugar para salir del camino.

Se apresuró a través de las salas oscuras y las altas salas revestidas de vidrios con miniaturas tamaño real de diferentes animales disecados ubicados como si estuvieran en sus hábitats naturales. Los murales de la parte posterior aparecían asombrosamente vivas.

Más adelante, espío a Jake Suarez parado solo, mirando uno de los contenedores.

¿Cómo de perfecto era esto? ¿Cuándo tendría ella otra oportunidad de hablar con él a solas de esta manera, con un pretexto completamente plausible?

Con su corazón latiendo mientras el tiempo se aceleraba, se aproximó a él.

—Gracias a Dios que encontré a alguien de nuestra escuela —dijo ella, llegando junto a él—. Soy Samantha. Eres nuevo en la escuela, ¿no?

Él se giró hacia ella y sus ojos color avellana estuvieron desenfocados, como si ella hubiera perturbado los pensamientos que lo habían llevado lejos. —Sí, soy Jake. Hola.

—¿Sabes a dónde se fueron todos? —preguntó ella—. Es como si hubieran desaparecido.

—Creo que todos corrieron a la Sala de las Gemas para ver sobre que esmeralda tendremos que hacer un informe. Estaba en camino, también, pero me detuve para mirar esta pantalla.

Dentro del cristal, un bisonte peludo pastaba tranquilamente. El resto de la manada había sido pintado en el mural detrás del búfalo. —Qué hermoso animal —remarcó él.

—Mucha gente pensaría que era feo —señaló Samantha—. Pero veo lo que quieres decir.

—Tienen dibujos de ellos en las paredes de la cueva que existen aún hoy en día.

—Igual que nosotros —mencionó ella.

Él la miró bruscamente, como sorprendido por sus palabras.

—Las personas, quiero decir —aclaró ella—. Todavía existimos, también. ¿Qué pensaste que quise decir?

—No lo sé...nada. Supongo....me confundí por un segundo. ¿Quieres ir a esa cosa de la gema?

—Podríamos —dijo ella, haciendo lo mejor para no revelar cuán emocionada estaba de estar caminando el final de la sala junto a él. ¡Era el destino! ¡Tenía que ser! ¿Cuáles eran las chances de que se encontrara con él a solas así? ¿Sabría lo mucho que le gustaba? ¿La había notado mirándolo cada vez que él pasaba?

Entonces, un pensamiento nuevo y excitante la golpeó: ¿se había rezagado intencionadamente, notando que ella estaba detrás de él? ¿En realidad, la estaba esperando?

Ella lo miró por el rabillo del ojo. ¿Fue eso lo que pasó? ¿Sintió él la misma atracción, la misma conexión, que sintió ella? Oh, cómo esperaba que fuera así.

Mientras se dirigían a la Sala de las Gemas hablaron sobre las aplicaciones para la Universidad. Él había sido aceptado en el Departamento de Teatro de la Universidad Pace. —No puedo esperar para tomar los cursos de Arte dramático y guiones —dijo él.

—¿Has escrito alguna obra? —preguntó ella.

—Tengo una beca escolar basada en el guión que escribí desarrollado durante los Juicios de Brujas en Salem.

—¿Qué pasó en ese? —preguntó ella mientras doblaba la esquina.

—Trata sobre este marinero que conoce a una chica por la que se vuelve loco y le da a ella estos aretes como signo de su amor. Pero el padre de ella no lo aprueba y una noche cuando él está tratando de ver a la chica, el padre lo persigue con un arma.

—Bastante dramático —comentó ella.

Él rió. —Ya lo sé. Tengo una imaginación alocada. Espera. Se vuelve más salvaje. El padre embarca a la hija hacia América para casarla con este desagradable abogado y él descubre los aretes que la chica había escondido. Él está tan consumido por los celos que acusa a la chica de bruja y ella es quemada en una hoguera.

—Oh, eso debe ser un horrible, horrible modo de morir —dijo Samantha mientras un escalofrío la traspasaba. De alguna manera, ella podía verlo, como si estuviera mirando a través de los ojos de la mujer; vio los rostros burlándose de ella. Ella olió el acre abrazador de la paja cuando comenzó a incendiarse.

El pasillo pareció girar y Samantha perdió el equilibrio. Agarró el brazo de Jake para recobrar el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó él, guiándola hacia un banco.

—Lo siento, tuve vértigo de repente. Simplemente necesito sentarme un minuto. Sigue con tu historia.

—Bien —él estuvo de acuerdo—. ¿Estás segura que están bien?

—Lo estaré. Sigue.

—De todos modos, ella no sabía que el marinero había llegado buscándola. Él llega demasiado tarde para salvarla, pero ve los aretes entre las cenizas del fuego y sabe que ella los llevaba puesto en la hoguera como una señal de su amor por él. Sacó los aretes del fuego y los lanzó al Océano Atlántico.

—¿Él volvió por ella y ella no lo supo? —preguntó Samantha. Ella quería llorar. ¿Por qué esta historia estaba afectándola tan fuertemente?—. Esa es una historia muy triste —dijo ella.

—Lo sé —él estuvo de acuerdo—. La parte más triste para mí es que ella murió sin saber que él había ido a buscarla. El marinero se sentía tan horrible, como si tan sólo hubiera llegado antes, él podría haberla salvado. Culpándose a sí mismo durante el resto de su vida.

—Él no debería hacerlo —dijo ella—. Hizo todo lo posible.

—Él nunca debió dejarla ir, en primer lugar. Fue un idiota —dijo Jake apasionadamente—. Merecía sentirse miserable durante el resto de su vida.

—Eres demasiado duro con él.

—Él es mi personaje. Puedo ser duro con él. —Se sentó al lado de ella, aparentemente perdido en sus pensamientos. Luego se giró hacia ella—. ¿Te sientes algo mejor?

—Uh-huh, —dijo ella de pie—, es una gran historia.

—Obtuve mi beca, de todos modos.

—¿Cómo se te ocurrió?

—No lo sé. Las historias siempre llegan a mi cabeza.

Mientras caminaban a través del museo, ella le contó acerca de su próxima audición. —No estaba segura de si aplicar para su departamento vocal o su departamento de danza —confesó—. Probablemente pueda estudiarlo todo bajo Artes Escénicas.

—Te vi en la obra escolar —le dijo él—. Estuviste increíble. También te vi en la prueba de gimnasia en la barra de equilibrio. Hombre, tú mandas. ¡Primer lugar!

—Gracias. ¿Por qué estabas ahí?

—Mi hermano, Ato, estaba en los aros.

—Oh, sí, él es bueno —ella recordó.

—Tienes unos pies muy firmes —comentó.

—Gracias. Es algo bueno que usara zapatos ortopédicos de niña. Nací con un pie girado hacia adentro, pero el ortopeda lo corrigió y ahora está bien.

—Uno nunca sabe.

Ellos habían llegado al Salón de las Gemas. El gran cartel en frente del salón anunciaba el programa especial que había montado en el museo. Decía: *LAS FAMOSAS ESMERALDAS DURANTE SIGLOS*. Así como había pensado, muchos de sus compañeros de clase se encontraban dentro, tomando notas de las muchas muestras.

Ellos sacaron sus cuadernos mientras se movían juntos a través de las muestras. La habitación estaba fuertemente cargada con guardias de seguridad que mantenían sus ojos en las invaluable esmeraldas encerradas en las vitrinas de cristal.

Una de las más grandes era de Perú. —Puedo ver porque adoraban a esta cosa —dijo Samantha mientras leía la placa debajo de ella—. Es tan asombrosa.

Las riquezas verdes eran casi abrumadoras, cada esmeralda era más grande y más espectacular que la anterior.

Sus ojos se atascaron en un ítem en su propia vidriera. —Mira este collar de esmeraldas —dijo ella, mirando dentro de la vidriera.

—Eso es una locura, —admitió él, inclinándose para examinar más de cerca—. Puedo imaginarlo en una clase de gran gato.

—Debes ser psíquico —comentó ella, acercándose a una foto en el letrero al lado de ella. La foto en blanco-y-negro mostraba a una hermosa mujer de piel oscura con un vestido sin mangas de raso. Ella tendría como diecisiete años. Y a sus pies se sentaba una pantera negra con un collar de esmeraldas.

—¿Déjame ver eso? —dijo Jake, de pie junto a ella—. Delilah Jones —leyó. Levantó la vista agudamente hacia Samantha—. Te pareces a ella.

Samantha miró la foto. —No creo que exista ningún parecido —ella no estaba de acuerdo.

—Está en los ojos —insistió él—. Tienes los mismos ojos.

Ambos estudiaron la foto. Tal vez él tenía razón. Había algo en los ojos de Delilah Jones que le hablaba profundamente, como si estuviera mirando directamente en su interior más íntimo.

—¿Qué estas tarareando? —él le preguntó.

—¿Estaba tarareando? —preguntó, avergonzada—. Ni siquiera me di cuenta.

—Sí, estabas tarareando. Conozco la canción pero no recuerdo su nombre. Suena como una canción vieja.

Ella sacudió su cabeza, desconcertada. —Lo siento. No sabía que lo estaba haciendo. Se ha ido de mi cabeza ahora.

—Que lastima. Era bonita —dijo él, mirándola atentamente.

—¿Por qué me estas mirando así? —le preguntó.

Él sonrió disculpándose. —Lo siento. Cada vez que te miro siento como si estuviera tratando de recordar algo que no puedo conseguir agarrar

—Yo también —dijo ella.

—¿En serio?

—En serio. —Cuando ella lo miró, también lo sintió. Era algo que sentía que solo estaba fuera de su alcance, como intentar recordar el nombre de alguien que una vez conociera pero que no podía traer a su mente.

—Qué extraño —él remarcó, todavía estudiándola.

—Lo es —ella estuvo de acuerdo.

Ellos continuaron caminando a través del pasillo. Había anillos y collares de esmeralda rescatados de los restos de naufragios de galeones españoles. El colgante Ojo de Horus con una esmeralda en el centro había sobrevivido del antiguo Egipto. La tarjeta de información decía que pertenecía a uno de los tesoros que Alejandro Magno había enviado de regreso a Atenas después de que conquistó Egipto en 332 a. C. Un tocado llamado la Corona de los Andes fue creado con 453 esmeraldas. Fue nombrada así por Atahualpa, uno de los últimos emperadores de los Incas, que fue capturado por Pizarro en 1532.

—Hay tanta muerte y peleas atadas a estas esmeraldas —observó Samantha.

—Lo sé —Jake agregó.

Bajo una pancarta que decía *FABULOSAS IMITACIONES* había joyas que a menudo eran confundidas con esmeraldas.

Había una talla de Buda tallada en una esmeralda alta, con la etiqueta de Buda de Esmeralda. —En realidad es jade verde —le dijo Jake, leyendo la tarjeta de información debajo de ella.

Un grupo de cristales verdes decían *CRISTALES DE ESMERALDA EN CALCITA DE MATRIZ CON FORMACIONES DE PIRITA*.

—Lee esta tarjeta, —le dijo Jake.

Inclinándose más cerca, Samantha leyó. Los cristales habían sido encontrados encerrados en los dedos del esqueleto de un macho Neandertal que había sido enterrado por la corriente de agua en la cual él aparentemente había caído de un acantilado que se encontraba por encima. Sus huesos estaban enredados con

otros de otro esqueleto que se cree que fue de una hembra Cro-Magnon¹⁴, la figura prehistórica más importante de hoy en día. Los arqueólogos que los desenterraron sospechan que estos dos murieron luchando por la roca.

—Escribe una obra sobre eso —le sugirió Samantha a Jake—. Eso es tan trágico como pone. Murieron luchando por una roca.

—Lo sé. Estúpido ¿no?

Llegaron a una vitrina marcada como PERIDOTO, SE CREE QUE ES ORIGINARIO DE LA ISLA DEL MAR ROJO DE ST. JOHN. SE ENCONTRÓ ENTERRADO EN LA COSTA ATLANTICA. Era un único pendiente, hermoso en forma de gota. Se quedaron juntos, en silencio, con la mirada fija en él. Era extraño: Samantha sintió un nudo formándose en su garganta y casi se pone a llorar.

Jake lo notó. —¿Estás bien? —le preguntó.

¿Acaso en su voz también había pesar?

Sin querer hablar por miedo a llorar, ella asintió con la cabeza. Después de un momento, se sintió capaz de hablar. —Tal vez es sólo que... así es como me imaginé el pendiente de tu historia.

—Yo también — admitió él en voz baja—. Ni siquiera es una esmeralda real.

—A quien le importa —dijo Samantha—. Es hermoso.

—Lo es —él estuvo de acuerdo—. Y lo encontraron aquí en el Atlántico, incluso aunque viene del Caribe.

—Como en tu historia —dijo Samantha.

—Como en mi historia. Raro.

—En tu obra, él regresa a por ella ¿no? —ella comprobó.

—Uh-huh. Pero llegó demasiado tarde.

Ellos siguieron mirando el pendiente. Ella quería sostener su mano, repentinamente sintiéndose extrañamente cercana a él, pero luchó contra la urgencia. No lo conocía lo suficientemente bien como para eso.

—Hey —dijo él, levantando la vista después de un rato— ¿a dónde fue todo el mundo?

Samantha chequeó el horario de eventos. —La película del cometa de IMAX empieza en dos minutos —le dijo—. ¿Quieres intentar llegar a verla?

—Sí.

¹⁴ Cro-Magnon: nombre con el cual se suele designar al tipo humano correspondiente a ciertos fósiles de Homo sapiens, es decir, la especie humana actual.

Siguiendo el mapa del museo, se dirigieron al teatro IMAX, mostraron sus tickets, y se apresuraron hacia el teatro ya oscuro.

—¿Pues ver algún asiento vacío?

—No.

Después de un momento, sin embargo, ella notó un solo asiento vacío al final. Fue hacia él al mismo tiempo en que Jake intentó sentarse en él. Chocaron en la oscuridad, sus cabezas golpeándose dolorosamente.

—¡Ow! —se quejó ella.

—¡Shh! —llegó un coro de voces.

—¿Estás bien? —susurró él. Ella podía notar que él también se estaba sobando la cabeza.

—Sobreviviré —dijo ella.

—¿Quieres compartir el asiento? —ofreció él.

—Sí.

Cuidadosamente, ambos se sentaron en las esquinas del asiento, apretados el uno contra el otro. Ella encontró estar tan cerca de él emocionante y extrañamente fácil todo al mismo tiempo.

En la enorme pantalla, el planeta Tierra se levantaba delante de ellos desde el punto de vista de un cometa pasando. Se apresuró en la oscuridad en su completo esplendor azul y verde, un verde que era mucho más brillante y hermoso que el de cualquier esmeralda.

Esta vez, ella no dudó. Tomó su mano.

Él se giró hacia ella en la oscuridad. Ella esperó, sin atreverse a respirar. ¿Qué haría?

Él apretó su mano. —¿Sólo soy yo? —susurró—. ¿Te conozco desde siempre?

—Estoy tan feliz de que también lo sientas —le susurró ella en respuesta, aliviada de escucharlo decir lo que sentía—. Esta cosa entre nosotros... ¿Es real?

—Es real —le aseguró él—. No me preguntes como lo sé, pero lo es. Los dos no estaríamos sintiéndolo si no lo fuera.

Samantha sabía que este era el comienzo del resto de su vida. Su vida sería con él desde ahora en adelante. Ellos nunca se separarían de nuevo.

No importaba porque o cómo lo sabía. Ella lo sabía.

Esto era todo. Ellos lo lograron.

Juntos miraron la pantalla delante de ellos como si estuvieran fuera del universo: La Tierra y el vasto, insondable universo, la misteriosa joya verde

girando en la oscuridad, todo ahí para que ellos compartieran, como había sido desde el comienzo.

FIN

Acercas de la autora



Suzanne Weyn es una escritora de Estados Unidos. Ella escribe sobre todo para niños y jóvenes novelas de ciencia ficción para adultos. Ha escrito más de cincuenta novelas y cuentos, y es mejor conocida por los libros del El Tatuaje de Código de Barras y La Rebelión del Tatuaje de Código de Barras. El Tatuaje de Código de Barras ha sido traducido al alemán, y en el 2007 fue nominada para el Jugendliteraturpreis de literatura juvenil propuesta por el gobierno alemán.



Traducido, Corregido y Diseñado.
En el Foro:

<http://purplerose1.activoforo.com/>

¡Te esperamos!

FORO PURPLE ROSE